

Venezuela 🐾 Venezuel



Antonio
Arráiz

Tío Tigre y
Conejo Bs.55 Tío Conejo

1997

ARBITANO

TÍO TIGRE Y TÍO CONEJO

enezuela 🐾 Venezuel

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200
BATALLA DE
CARABOBO

Antonio Arráiz (1903-1962) Narrador, ensayista, poeta y periodista barquisimetano. En su juventud vivió en Estados Unidos, donde desempeñó varios oficios. A su regreso a Venezuela, publicó su primer poemario, *Áspero* (1924), que se convertiría en un hito de la poesía venezolana. Participa en los eventos de la Semana del Estudiante en Caracas y en el intento de toma del Cuartel San Carlos (1928). Por estas acciones, sufrió presidio en las cárceles del gomecismo. De esta experiencia surgieron las novelas *Puros hombres* (1938) y *Todos iban desorientados* (1951). Especialmente interesado en la vida y obra del Libertador, publicó *Culto bolivariano* (1940) y *Bolívar: 32 lecciones para jóvenes americanos* (1952). Murió en Estados Unidos, donde vivió exiliado desde 1948.

« Estampillas alusivas a *Tío Tigre y Tío Conejo* emitidas por Instituto Postal Telegráfico de Venezuela en 1997.



29

Tío Tigre y Tío Conejo

ANTONIO ARRÁIZ

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Tío Tigre y Tío Conejo

ANTONIO ARRÁIZ



Contenido

11	NOTA EDITORIAL
15	EL POBRE CUCARACHERO
39	LA PERIQUITA JULIETA
65	LA CUCARACHITA MARTÍNEZ Y RATÓN PÉREZ
89	LOS FLAMENCOS
117	TÍO TIGRE ENFERMO
141	LA FUNDACIÓN
167	EL TORO PARAPARA
201	VOCABULARIO

Nota editorial

Cuando Antonio Arráiz publicó Tío Tigre y Tío Conejo, venía de conocer el horror de las cárceles de Juan Vicente Gómez, a quien se enfrentó abiertamente, primero en la protesta callejera del movimiento estudiantil y luego en la conspiración para derrocarlo que llevó a un puñado de militares y universitarios a intentar la toma del cuartel San Carlos, ambas acciones en 1928. Por la primera fue encerrado unos días en el castillo de Puerto Cabello. La segunda le costó muy caro: siete años de infierno en La Rotunda de Caracas, que comenzaron con días de intensa tortura.

De esa experiencia nació *Puros hombres* (1936), una novela tan cruda como las cosas que vivió. Como si se tratara de una cámara escondida, el texto muestra escenas de desazón, angustia, rabia, dolor y crueldad. Pero del mismo modo, encuentra un ángulo para mostrar la entereza y la solidaridad de hombres que son llevados al extremo del suplicio y aun así bregan para no perder su dignidad, como lo ilustra este diálogo:

“-Todos aquí somos como hermanos que estamos tratando un asunto de nuestra casa.

–Los presos somos hermanos –porfía Silvita.

–Sí, y por eso nos debemos mutuo respeto y consideración”.

Esa voluntad de hermanarse para no matarse se da en medio de situaciones que Arráiz no intenta suavizar: “A las tres de la tarde se calla, extenuado. Al atardecer, antes de la formación, ha fallecido sobre un inmenso charco de sangre y de porquería”. Así busca ponernos en la carne de quienes habitan la novela. En el prólogo lo advierte: “Ya lo sabe usted, lector o lectora, cuyos delicados sentimientos respeto: si no quiere usted asistir a espectáculos repugnantes, si no quiere escuchar palabras desacompasadas ni chocar en toda su trágica crudeza con los seres que se revuelven en un mundo abominable, no vuelva usted la página. Este libro es la cárcel”.

Así como abrió ese acceso al horror, Arráiz supo liberar su espíritu de ese veneno, como lo prueban el humor y la ironía con la que escribió Tío Tigre y Tío Conejo (1946). Aquí va armando una fiesta en la que va metiendo a las lectoras y los lectores, que no tardan en darse cuenta de que estos animales de fábula se parecen a ciertas personas cuya actuación pública puede llegar a ser ridícula, pero tiene lamentables consecuencias para la gente y para el país.

La fantasía y la gracia de Tío Tigre y Tío Conejo son todo lo opuesto al realismo y la fealdad de su relato de la cárcel, pero son igualmente un reflejo de la realidad que el autor cuestiona y contra la que ha luchado. Solo que aquí elige a dos personajes del imaginario popular que ya Rafael Rivero Oramas había llevado a la literatura escrita para construir una sátira en la que, a través de siete cuentos que al principio parecieran “infantiles”, presenta una entretenida contraposición entre la fuerza y la astucia, el poder y la libertad, la ingenuidad y la maña. Y también denuncia la arrogancia y la banalidad de ciertos círculos sociales y una dirigencia política decadente. Y lo hace con un lenguaje festivo:

“Se levantó con un movimiento lleno de gentileza, se envolvió en su capa de maravillosos tonos azules, amarillos y rojos, y, dejando detrás la estela de su elegancia, la embriaguez de sus costosos perfumes y el pasmo de la novedad de que era portadora, con aire de emperatriz subió la Guacamay a Rosada a su lujoso coche y se dirigió a su mansión.

—¡Qué dichosa es la Guacamaya Rosada! —suspiró la Marimonda, después que ella hubo sa ido—. ¡Tan linda, y con tan buenas relaciones de parentesco!”

Esta edición se basa en la que versión que publicó Monte Ávila Editores Latinoamericana en 1975. Se han hecho las correcciones necesarias.

Los editores

El Pobre Cucarachero

Llovía a torrentes. Gruesos goterones oblicuos, aplastantes y duros bajaban como escupitajos. Caía la lluvia sobre las laderas verdes, sobre los rojos cerros, sobre las vertientes húmedas, oscuras y apacibles, sobre las vegas juveniles y sobre las voluptuosas hondonadas. Las quebradas se hinchaban y empezaban a lanzar piedras a los transeúntes, víctimas de una súbita fatuidad. Al pie de los barrancos de color ocre se arremolinaba el barro espumoso, salpicado de envidia y movido de un incomprendible furor. Los peñones se lavaban la negra cabeza y aparecían brillantes, triunfales, deslumbradoramente limpios: sólo para ellos la lluvia era fiesta. En cambio, las débiles hojas se doblegaban con aspecto lamentable: ya no soportaban más; y se miraban unas a otras con aire de desolación.

Al abrirse el día ya estaba aquí la lluvia, madrugadora, infatigable, tenaz, desesperante. Cuando al sol le tocaba calentar los huesos, ella se lo impedía, situándosele por delante; y le era imposible al astro catarroso echar ni una ojeada furtiva a la tierra entumecida. Cuando caía la tarde la lluvia se acentuaba, creciendo con la sombra. Por la noche ella era la única que andaba a sus anchas, de un lado para el otro, enseñoreada

de las vastas extensiones. Llovía de día, llovía de noche; y parecía que, en cualquier momento, bajo el peso implacable de la lluvia, iba a ser derrumbada la inmensa, la hermosa y dulce Venezuela.

Cuando llovía de esta manera, los zamuros se agrupaban en el rincón de la sabana, al abrigo de una miserable palmera, y deploraban su triste situación:

—Es estúpido que no tengamos siquiera un chiribitil donde meternos —decían—. Todos los animales, hasta los más menesterosos, poseen alguna vivienda para guarecerse: sólo nosotros, a pesar de nuestra importancia, carecemos de un pedazo de techo bajo el cual vivir. Esto no puede continuar así.

—Yo siempre lo he dicho —interrumpía un zamuro viejo— pero ustedes no me hacen caso. El que no tiene casa es como el que no tiene nombre: ni la gente lo respeta, ni el frío le tiene la menor consideración, ni la lluvia se detiene a meditar si puede mojarlo o no. Uno no puede ni dar su dirección cuando quiere que le escriban.

—Toda la vida he soñado con tener una casita bien preciosa —suspiraba una linda zamura de esbelto talle y ojos adormecidos—, una casita donde pudiera invitar a mi amiga la Catalineja y a mi amigo el Doctor Oripopo y hasta a mi amigo el Coronel Caneare a comerse unos buenos pastelitos de burro de tres días de muerto. Una casa es necesaria para sostener buenas relaciones.

—No se trata ahora de convites ni de tonterías —le replicó un enorme y desgreado zamuro que sufría del hígado—, sino que no se nos estropee el paltó-levita viviendo a la intemperie. Miren cómo tengo el mío: los faldones se me han roto, saltando charcos, y el fango me ha salpicado hasta las solapas de horribles lamparones.

—Tan pronto como brille el sol nos vamos a reunir todos los zamuros y construiremos un soberbio edificio para vivir — proponía un joven

zamuro a quien se le respetaba mucho, teniéndosele, no obstante su juventud, por una autoridad en materia de economía y de finanzas—. Un edificio que nada tenga que envidiar a la mejor cueva de cachicamo, al más elegante nido de arrendajo, ni a la quinta aérea de la ardita, hecha con musgo, ni aun al tornasolado alcázar del caracol.

Todos estaban de acuerdo, y designaban una comisión de urbanismo que estudiaría el proyecto de una vivienda para los zamuros. Pero luego pasaba la lluvia, levantaba el tiempo, el alegre sol resplandecía sobre las llanuras perfumadas, y los zamuros exclamaban:

—No. ¡Qué va! ¿Quién se ocupa en fabricar casas con este sol que cosquillea en los ojos y que ensancha el corazón? Vámonos a jugar un buen partido de bolos a la orilla del río. Siempre hay tiempo para hacer las casas antes de que vuelvan las lluvias.

—¡Qué absoluta falta de responsabilidad! —murmuraba, molesta, Doña Danta, calándose los impertinentes para contemplar, desde lejos, sus despreocupadas travesuras.

—Esos zamuros serán siempre lo mismo: calaveras, vagabundos, seres sin fundamento, condenados a no tener jamás una posición decorosa en sociedad —apoyaba Ña Guacharaca—. Yo no me explico cómo es que todavía hay gentes que los saludan. Se necesita no tener ni pizca de dignidad.

—Ay, niña: lo que dices es muy cierto —terciaba la Marimonda, abanicándose con un aire de petulancia—. El mundo está perdido. Los jóvenes de hoy en día no se cuidan al elegir sus amistades. ¡Qué diferencia con nuestros tiempos! ¿Te acuerdas, querida Zorra, cómo éramos nosotras? Nunca nos hemos codeado sino con familias muy principales.

—Es verdad, Marimonda —contestaba la Zorra—. Sin embargo, te diré: yo estaba muy pequeña en esos días que mencionas. Soy bastante joven, todavía, y puedo perfectamente alternar con la gente moderna.

Pues yo sí —declaraba la Garza Morena—. No tengo a menos conversar alguna que otra vez con los zamuros. Les aseguro que entre ellos hay algunos muy elegantes y de finos modales. Me encanta su existencia aventurera, su frivolidad y su concepto deportivo de la vida. Me agrada-
ría que un apuesto zamuro me raptase.

—¡Jesús, niña! ¡Qué cosas dices! ¿Te has vuelto loca? —la reprendía la Culebra Sobadora.

—Los zamuros toman de la vida lo que ella tiene de efímero y gozoso —afirmaba el Cigarrón—. Y, a decir verdad, ¿qué otra cosa puede ofrecernos la vida sino goces efímeros?

—Don Cigarrón, Don Cigarrón, usted siempre con sus alardes de inmoralidad... —replicaba Doña Macaurel, envolviéndole en una suave, prolongada mirada—. Usted es un empecatado corruptor, y, lo que es más peligroso, un seductor irresistible. De creerle, nada habría santo en el mundo, ni puro en el corazón de nosotras, las damas. Por fortuna, yo sé que todo eso lo dice de labios afuera: en el fondo, tiene usted un corazón de oro.

—El Cigarrón no es más que un viejo verde —sentenciaba, malhumorada, Doña Danta.

Los zamuros no se cuidaban poco ni mucho de tan sensatas reflexiones. Describían animadamente vuelos circulares bajo el cielo fresco y claro, embellecido por pequeñas nubes, y se alzaban luego en el aire liviano para otear desde la altura nuevos parajes placenteros con el fin de celebrar un *picnic*.

De esta manera descubrieron cierta vez un miserable animalejo que se encontraba tendido, exánime, al lado del tablón de tierra removida por donde el campesino pasaba todos los días con sus bueyes y su arado.

—¡Ay, mira: esta pobre criatura echada aquí! —gritó, sorprendida, la Zamurita adolescente—. ¡Tan minúscula y tan feúcha! Tiene una pata rota, en el pecho se le ve un golpe terrible, y una gota de sangre ya seca le aparece cerca de la oreja. Sin duda que está muerta.

—¡Bah! No me serviría ni siquiera de abre boca —comentó, despectivamente, el Zamuro padre—. Déjala ahí. No vale la pena abrir el pico por tan poca cosa.

Y hubiera permanecido, en efecto, abandonada en el sitio donde yacía, de no ser porque la Zamurita exclamó de repente:

—¡Ay, ay! ¡No! Mira, papá: no está muerta. Se mueve. Ha abierto un ojo, y parece que respira. Sí, evidentemente: ¡respira!

El Zamuro padre se aproximó con más interés.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué te ha sucedido? —le preguntó.

—Yo soy el Cucarachero —dijo débilmente—. Canto al sol, a la luna, a las estrellas; a la tarde que se evapora sobre las colinas; a la mañana que abre los malabares y echa a volar las mariposas; a la noche que se desviste entre los bambúes, se contempla desnuda al fulgor de los luceros y se echa a nadar de bruces en el agua fría de las lagunas.

Se detuvo un instante para tomar aliento.

—Por acercarme demasiado —concluyó—, llevado de mi loca temeridad, a los bueyes del campesino, la cola de una de esas tristes y sucias bestias me ha alcanzado de lleno y me dejó en este estado.

—¡Ay! Sabe cantar... Sabe componer lindas poesías, y decirles madrigales a la luna, a la noche y a los luceros... Tenemos que llevarlo con nosotros —suspiró la Zamurita.

Y el Zamuro padre, después de observarlo un buen rato, hundido en sabias cavilaciones, asintió:

—No se dirá que alguna vez los Zamuros hemos faltado a las leyes de la hospitalidad.

—Sí; lo llevaremos con nosotros —dijeron todos—. Haremos que amenice con sus delicadas músicas nuestras fiestas, y por la noche, cuando estemos fatigados de las correrías del día, nos sentaremos en su torno y le pediremos que le haga poesías a la luna, a las nubes y a los luceros.

Sin meditarlo más, los Zamuros se llevaron consigo al Cucarachero. Le vendaron la pata, le restañaron la herida, le dieron abrigo y alimento. Poco tiempo después el animalillo estaba sano y fuerte. Saltaba y corría junto con ellos, riendo jubilosamente; y por la noche, cuando caían las sombras, se sentaba en medio de ellos, alzaba al aire la cabecita jacarandosa, esponjaba su trajecito aleonado lleno de menudas pintas blancas y negras, y cantaba:

¡Qué linda luce la luna
enredada entre las cañas!
¡Qué loca fue mi fortuna
que se enredó en tus pestañas!

La noche tiene una luna.
La luna tiene un lunar.
Tiene un cantar la laguna.
Tiene tu nombre el cantar.

¿Quién te mojó con la luna?
¿Quién te envolvió con la brisa?
¿Quién me diera, una a una,
las cuentas de tu sonrisa?

¡Qué enamorada la luna
que se muere en el juncal!
¡Quién me diera la fortuna
de morir del mismo mal!

Ña Guacharaca fue al punto a comunicarle la noticia a la Culebra Sobadora.

—¿No sabes? Esos perdidos de los Zamuros se han encontrado a un pobre ser desamparado, y lo tienen de su cuenta. Dicen que se llama el Cucarachero, y que sabe componer preciosas canciones. ¡Qué triste porvenir el que le aguarda en manos de esos libertinos!

—Es verdad —contestó la Sobadora—. No podemos tolerarlo de ningún modo. Sería un crimen. Te propongo ir sin pérdida de tiempo a la casa de nuestra amiga, la Marimonda, que es tan razonable. A ella se le ocurrirá algún recurso.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron defraudadas.

—¿En poder de los Zamuros? —dijo la Marimonda—. Sí, ustedes tienen razón: no harán más que enseñarle malas costumbres.

Bostezó con disimulo, porque se disponía a dormir una siestecita cuando llegaron sus amigas. —

¿Qué podemos hacer? —preguntó después.

Ña Guacharaca tuvo una idea luminosa.

—¿Por qué no vamos todas en comisión a consultar a Doña Pava del Monte? —insinuó.

Cuando llegaron a la mansión de Doña Pava halláronse con que una nutrida representación de las damas más religiosas de la culta sociedad de los animales se había congregado en ella: de tal modo, y tan velozmente, circulaba la novedad.

—¡Ave María Purísima! ¿Con los Zamuros? —inquirió Doña Pava del Monte, escandalizada, y se persignó—. El problema es tan grave que debemos ir a pedirles su opinión a Misia Boa y a Misia Baba.

Misia Boa no acertó con ninguna solución, por más que ondulaba y ondulaba su enorme cuerpo, prisionero en una faja demasiado estrecha, enarcaba el busto y apretaba el abdomen para parecer aún flexible y juvenil; pero Misia Baba respondió sin pensarlo dos veces:

—Hagan una junta de beneficencia.

Pronunció la frase anterior con un estilo contundente y conciso de sibila, abriendo apenas un instante el ojo para sumirse de nuevo inmediatamente en las profundidades de su beata digestión; pero la semilla había caído en surco propicio.

—¿Una junta de beneficencia? ¡Ya lo creo! ¿Cómo es que no habíamos pensado en ello antes? —gritó Ña Guacharaca—. Una junta de beneficencia da mucho tono. No me explico que hayamos podido existir nosotras las damas hasta el presente sin una junta de beneficencia donde ir a tomar un coctel por las tardes, mientras discutimos cuestiones de filantropía. Una junta de beneficencia hace tanta falta como una bonita salida de teatro o un sombrero de última moda.

—Yo siempre he anhelado tener un desvalido a quien socorrer —dijo la Sobadora—. Es tan elegante...

Pronto la tuvieron organizada. Nombraron presidenta a Doña Pava y presidente honorario a Tío Tigre; y solicitaron el concurso moral y material de todos los habitantes de los bosques, las sabanas, las montañas, los ríos, el aire y el mar. Sólo que cuando ocurrieron a Tío Conejo, éste les respondió:

—No: yo no me entrometo en vidas ajenas. Si el Cucarachero es feliz cantando y bailando para los Zamuros, que se quede con ellos. Cada cual es libre de vivir como le da la gana.

Y cogiendo su serrucho y sus tablas dio las espaldas a sus aristocráticas visitantes, y prosiguió su trabajo.

—¡Qué vulgar! ¡Qué falta de la más elemental cortesía es! —rezongó en voz alta Ña Guacharaca, mirándolo por encima del hombro.

—Y tan mezquino en sus alcances, tan estrecho en su concepto de la vida... —le apoyó la Culebra Sobadora.

—Tío Conejo nunca pasará de ser un mediocre carpintero —pronosticó Doña Danta.

Y Tío Tigre, cuando supo su contestación, emitió también su parecer:

—A mí no acaba de gustarme ese mocito —manifestó.

Por fortuna para la noble causa que los movía, no hubieron menester de él. El Coronel Querquerre, quien ejercía el cargo de jefe civil, les dio una orden firmada y en papel sellado; y con tan poderosa arma en su poder, la junta de beneficencia se apersonó en la tertulia de los Zamuros a reclamar al infeliz.

—Pero, ¿por qué? —interrogaba, sollozando, la Zamurita—. ¡Si él no ha hecho daño ninguno! Se pasa todo el día mirando el correr de los arroyos y embebido en el sonido de sus aguas que chocan contra las peñas, y los versos que escribe son tan bellos que ahora no podré vivir sin oírlos...

Desgraciadamente, la tierna Zamurita se vio precisada a encontrar la forma de seguir viviendo sin oírlos. Sus generosos protectores confiaron el Cucarachero a la custodia del Profesor Mochuelo, a quien habían elegido por administrador; y esa noche, cuando se despedían, la Culebra Sobadora confió a su amiga, Ña Guacharaca, con un suspiro de satisfacción:

—¡Qué feliz se siente una al acostarse el día que ha hecho una buena acción!

Clavando en él los ojos torpes a través de los gruesos anteojos, el Profesor Mochuelo preguntó a su pupilo:

—Vamos a ver, ¿qué sabes hacer tú?

—Yo sé cantar lindas canciones. Yo sé alabar las hermosas flores, los besos refrescantes de la brisa que alivian las fatigadas frentes y el rico espectáculo de los atardeceres, de donde nacen las ensoñaciones. Mío es el secreto de las palabras que iluminan los ojos de las muchachas bonitas y adormecen a los niños en sus cunas.

—Bueno, pero me refiero a algo práctico, a algo útil —le interrumpió el Mochuelo—. Eso que dices no es ningún oficio. ¿Qué otra cosa sabes hacer?

El Cucarachero le miró asombrado; abrió la boca, estuvo pensando un rato, sin dejar de ver al Profesor, en cuyas gafas jugueteaba un reflejo de luz. Aquel destello no se estaba quieto en un solo punto, sino que se deslizaba de un extremo al otro. Sin embargo, el rostro de su severo tutor no acusaba ni el más imperceptible movimiento, lo que hubiera explicado, a la vez la movilidad de la luz. A menos que fuera que... El Cucarachero lanzó una rápida ojeada al sesgo. Sí, efectivamente: del lado afuera de la ventana abierta se mecía una esbelta palmera, y el agitarse de sus grandes hojas era lo que proyectaba el vaivén sobre los vidrios. ¡Qué curioso! ¡Cómo una lejana causa exterior, el retozo del viento con la verde planta, era lo único capaz de producir una ilusión de vida en semejante cara de palo! El alegre Cucarachero se echó a reír:

El profesor Mochuelo salió de la pieza dando un portazo, furibundo.

—Ahora sí que la pusimos de oro —fue a comunicarles a sus superiores—. El zángano ese nos ha resultado un poeta, que no sirve para nada. Habrá que alimentarlo toda la vida. Y además, cuando se le pregunta algo, se le queda mirando a uno, y por último le suelta la risa encima. O es un cretino, o es un atrevido.

—Un atrevido, sin duda —corroboró el Azulejo—. ¿Poeta? ¿Dice que es poeta? —y la vistosa levita de terciopelo azul se le encrespaba ante tanta pretensión—. Vamos a ver: ¿qué academia lo ha aceptado nunca en su seno? ¿Qué docta corporación ha tributado jamás un lauro a su talento, ni en qué juegos florales, en una velada de gala, ha sido puesta sobre su ojal la flor natural?

—Que se aplicara siquiera al barrido y a la limpieza de casa —ofreció la Culebra Sobadora—. Entonces yo me lo llevaría conmigo y me haría cargo de él.

—Sí, pero ni siquiera eso. No sabe más que escribir. Es un perfecto inútil —insistió el Profesor Mochuelo. Se quitó los anteojos y se puso a limpiarlos, gesto con el que revelaba la contrariedad—. En menudo lío nos hemos metido con la tal junta de beneficencia.

—La caridad es la más distraída de las distracciones —susurró el Cigarrón— pero no hay que olvidar que toda distracción cuesta algo, y la caridad en comandita es la más cara de las caridades.

Tío Tigre fue quien salvó la situación.

—¿Dicen ustedes que sabe escribir poesías, y todas esas ridiculeces? —preguntó con afectada indiferencia, en tanto que jugaba con la gruesa leontina de oro que le cruzaba de un bolsillo al otro—. Pues yo consentiría en llevármelo, y darle habitación, comida y ropa limpia. Tal vez me sirva de secretario. Ustedes saben que a menudo me veo obligado a pronunciar discursos, dictar conferencias, contestar memoriales, y, francamente, entre las reuniones de gabinete, los consejos, las sesiones del parlamento y las continuas interpelaciones de estos endemoniados congresantes de ahora, que no tienen otra cosa mejor que hacer, no le queda a uno tiempo para detalles de redacción.

—¡Oh, qué personalidad tan importante es la de nuestro querido jefe Tío Tigre! —prorrumpió con un silbido admirativo Ña Guacharaca; y

todos los demás se apresuraron a aplaudir con entusiasmo su generoso ofrecimiento, ansiosos de endosarle aquella pesada filantropía.

De este modo el pobre Cucarachero pasó al despacho del ilustre personaje. Dábale éste sus escritos para que los sacase en limpio y corrigiese; hacíalo con tanta perfección, que poco a poco Tío Tigre se fue abandonando en su secretario. El Cucarachero le escribía las cartas, le redactaba las notas oficiales, le componía las esquelas y las tarjetas de cumplimiento o de pésame, le aderezaba las piezas oratorias con las cuales debía inaugurar un monumento público o agradecer una condecoración. El estilo de Tío Tigre mejoró de una manera visible; los críticos hallaban giros brillantes y nuevos, de imprevista originalidad y su lenguaje se mostraba matizado con toques de lirismo que constituían su mayor seducción.

—Nuestro querido Tío Tigre está en el apogeo de sus facultades intelectuales —declaraba respetuosamente el doctor Rabipelado.

Y sus numerosos partidarios le comenzaron a proponer para ministro.

En cuanto al pobre Cucarachero, cada día su trabajo era más fatigoso. Desde muy temprano en la mañana se sentaba ante una montaña de papeles; y por la noche, ya estaban encendidas hacía tiempo las luces en el cabaret del Guácharo, y los Sapos andaban dando serenatas a todas las niñas bonitas de la vecindad, cuando él no había terminado aún su tarea. Pocas ganas le quedaban después de salir a cantarles a la noche, la luna y los luceros.

—Pero, ¿no lo han visto ustedes en estos últimos tiempos? —inquiría, atribulada, la Zamurita—. Ese pobre muchacho se está matando. No es ni la sombra de lo que era. Está desencuadernado de flacura; ha perdido el brillo de los ojos y la alegría del alma, y ya no entona aquellas dulces músicas que nos deseaba.

—Pues, mi hijita: eso es cosa de él —respondió el Oso Melero—. ¿Por qué no se va de la casa de Tío Tigre? La esclavitud está abolida. Si permanece allí, es porque le gusta.

—Pero, hermano Oso; ¿y cómo se podría ir? ¿Quién se atreve a desafiar la cólera y el poder de Tío Tigre? Es imposible... —objetaba el Chigüire.

—¿Imposible por qué? Nada hay imposible para el animal libre —protestaba, arrogante, el Caballito del Diablo, y sus enormes ojos le relumbraban de inspiración.

—¿Qué haría el pobre Cucarachero si se va de casa de Tío Tigre? —insistía el Chigüire.

—¡Hombre! Trabajar... ¿No trabajamos todos nosotros? Trabajar para ganarse su vida —replicaba el Comején.

—La situación está tan mala... —observó la señora Lapa, quien tenía una casa de pensión bastante próspera.

—Sí, pero siempre se encuentra algo que hacer —apoyó el Cachicamo, dueño de la pulpería donde esta conversación tenía lugar.

—No sabe hacer nada. Es un poeta —recordó la Zamurita.

—También los poetas deben trabajar —sostuvo el Comején.

—Lo cierto es que deberíamos hacer algo por el pobre Cucarachero —sugirió benévolamente el Puerco-espín.

—Sí, algo deberíamos hacer —convenía la Pereza entre bostezos.

Tío Conejo nada decía. Escuchaba a sus compañeros, fumando su cachimba; dejaba vagar por el espacio su mirada pensativa, y, cuando la conversación había terminado, cogía su gorra y regresaba a su taller a terminar un juego de dormitorio que le tenía encargado Doña Pava del Monte.

Pero luego, cuando el Cucarachero salía de casa de Tío Tigre a comprarle unos tabacos o a ponerle una carta en el correo, Tío Conejo le abordaba por la calle:

—Oye, tío: ¿por qué no te vas de casa de Tío Tigre? ¿No te da vergüenza esa especie de esclavitud en que vives? Tú eres libre: libre naciste, y libre debes vivir. Es impropio de la dignidad animal el estar sometido a otros animales, como sucede entre los hombres.

—¿Qué puedo yo hacer? —le preguntaba lastimosamente el Cucaracho—. No sé hacer nada: sólo tengo habilidad para desentrañar la belleza secreta que se encuentra oculta en las misteriosas combinaciones de las palabras; poseo la magia de las frases y la clave de las estrofas cadenciosas; y estoy dotado de la facultad de cantar al sol, a la alegría, a la vida fecunda y anchurosa, a los animales libres que pueblan las comarcas del mundo y al rumoroso trabajo que realizan los demás.

—Tu canto es alimento, tónico y elixir que necesitamos en igual grado que las frutas, las raíces, la carne palpitante o fiambre o los granos que los torpes hombres siembran para que nosotros los comamos —le contestó Tío Conejo—. Tu canto es una dádiva que has recibido para consagrárnosla: nos pertenece a nosotros, y no a ese espantapájaros de Tío Tigre que te acapara el día entero, obligándote a verter en un lenguaje fluido y bello, hediondos expedientes. Vente con nosotros. La Lapa tiene una casa de pensión, el Araguato es maestro de escuela, el Comején trabaja en las obras públicas, el Mato vende verduras y legumbres, mi compadre el Cachicamo tiene una bodega, yo hago sillas, camas y mesas: tú montarás un puesto en el mercado, te procurarás escritorio, pluma y papel (¡yo te hago el escritorio!), y les escribirás las facturas al Cachicamo, las relaciones de entradas y salidas de la Lapa, las cartas amorosas que el Caballito del Diablo, estudiante de derecho, le hace a la graciosa Coralito, estudiante de química; y por la noche, cuando te hayas ganado tu jornal, te sentarás en medio de nosotros, y le cantarás a tu escritorio, a mi torno, al serrucho, al pico, a la pala, al taller activo y lleno de vida, a la fábrica, al laboratorio, al trabajo rumoroso, y al placer de cumplir cada día, fervorosamente, el trabajo del día...

El pobre Cucarachero no contestaba: estaba extasiado, oyéndole; y allá adentro, en su alma, algo había que temblaba como si le hubiesen tocado una fibra virginal.

Apenas de regreso en el despacho, tartamudeó:

—Señor Tío Tigre: yo desearía comunicarle algo, pero... El caso es que... A mí me ocasiona muchos escrúpulos el que usted me esté dando casa y comida, como si yo... No crea, yo puedo muy bien... No quiero ser una carga para usted... En suma: vengo a rogarle me dé licencia para irme de su casa... Yo montaré un puestecito en el mercado, y perfectamente puedo ganarme mi vida...

Tío Tigre enrojeció de ira:

—¿Cómo te atreves, desgraciado? ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Después que te he recogido, que te he vestido, que te he alimentado, que te he salvado la vida... ¿en qué forma piensas corresponder a mi generosidad? Malagradecido, malcriado: eso fue lo que aprendiste con esos vagabundos de los Zamuros. ¡Pero de aquí no te irás! Ahora te castigaré por tu maldad. Te he amparado solamente por compasión, pero ahora te retendré a la fuerza para corregirte y enseñarte lo que quiere decir la palabra gratitud.

Y salió, excitadísimo, a relatárselo a Doña Danta y sus otras amigas, pidiéndoles que le sirviesen una merengada para refrescar su sofoco.

—Esos son los frutos de la fulana democracia que tenemos de moda —le contestó, tan indignada como él. Doña Danta.

Entonces el Cucarachero adoptó un procedimiento más astuto para el logro de sus deseos. Siempre de acuerdo con Tío Conejo, quien le aconsejaba diariamente, comenzó a mostrar, de propósito, deficiencias en su trabajo.

Así, resultaba que, de repente, en lo más emocionado de su discurso. Tío Tigre tropezaba con la siguiente frase:

«La comisión de trigo tres tristes tigres intégranla, testigos de tétreos trueques, trucos, trastornos y triquiñuelas».

Tío Tigre se detenía; recomenzaba cuatro o cinco veces la oración; se le trababa la lengua; secábase el sudor; resoplaba, observaba de reojo al auditorio; volvía a intentar la pronunciación; y por último terminaba por saltar el obstáculo, con lo que se perdía el hilo de su exposición.

—¿Qué le pasará a nuestro ilustre jefe? —interrogaba, en el fondo de la mayor consternación, el Doctor Rabipelado; y a pesar de lo quedo de su comentario, el Licenciado Titirijí quien se sentaba muy cerca, se volvía en su silla giratoria y respondía con sarcasmo:

—Que está perdiendo los estribos...

A manera de excusa, Tío Tigre informaba por todas partes:

—No sé: se me ha echado a perder el Cucarachero. Se la pasa flojeando: no saca su trabajo, y, cuando lo hace, comete tal cúmulo de errores, que lo embarulla todo, y no hay quien lo entienda. Se me ocurre que está enamorado.

—¿Enamorado? —preguntaba, estupefacta, Doña Pava del Monte—. ¿Y de cuando acá esos pordioseros tienen derecho a enamorarse?

—Lo peor de todo —arguyó el Profesor Mochuelo— es que se quiere ir de la casa de su magnánimo protector, nuestro gran Tío Tigre, dizque para establecerse por su cuenta.

—¿No ve? ¡Ese es el todo de la charada! —decía la Guacharaca—. Ahora cualquier quídam pretende vivir independientemente. No hay jerarquías, no hay respeto, no hay consideración social... Los animales más andrajosos quieren alternar con la gente decente, y todo desarrapado bicharraco presume de libre. ¡Libre! ¡Como si pudiera ser libre quien no tiene qué echarse encima, ni dónde evitar la lluvia, ni sitio para pasar la noche, ni con qué desayunarse al día siguiente!

Y el Cigarrón observó:

—Es curioso que existan seres tan locos que se afanen por echarse sobre los hombros tan pesada y fastidiosa carga como es la independencia. La única libertad apetecible es la del espíritu, y el espíritu está tanto más libre cuanto menos necesita preocuparse de la materia en un comfortable cautiverio.

Pero lo que vino a colmar la medida de las desesperaciones de Tío Tigre fue su célebre cuanto desgraciado incidente con la Dama Viudita. Un día la preciosa Guacamaya Rosada recorrió los salones elegantes anunciando:

—Queridas mías: vengo a darles una noticia sensacional. La Viudita... ustedes saben: mi prima, la Dama Viudita, nos visitará en breve. Regresa de una gira de turismo, y pasará por nuestra ciudad. Así que prepárense.

—¿La Viudita? ¿La Dama Viudita? ¿La famosa Viudita? — pudo apenas proferir, atragantada por la emoción, la Culebra Sobadora.

—¿La riquísima Viudita, que tiene posesiones principescas en el Orinoco, y palacios de invierno cerca de San Fernando de Atabapo? —balbuceó la Guacharaca.

—Sí, señores: la misma, la famosa, la riquísima Viudita — ratificó la Guacamaya. Dejó que transcurriese un minuto, a fin de que sus palabras surtieran efecto, y agregó:

—*Mi prima*, la Viudita. Viene a pasarse una semana conmigo, en mi casa.

Se levantó con un movimiento lleno de gentileza, se envolvió en su capa de maravillosos tonos azules, amarillos y rojos, y, dejando detrás la estela de su elegancia, la embriaguez de sus costosos per-

fumes y el pasmo de la novedad de que era portadora, con aire de emperatriz subió la Guacamaya Rosada a su lujoso coche y se dirigió a su mansión.

—¡Qué dichosa es la Guacamaya Rosada! —suspiró la Marimonda, después que ella hubo sa ido—. ¡Tan linda, y con tan buenas relaciones de parentesco!

—¿Buenas? ¿Por quién lo dices? ¿Por la tal Dama Viudita? ¡Bah! A lo mejor es una advenediza —refunfuñó la Danta.

—¿Una advenediza? Pero, ¡comadre! ¿Acaso ignora usted quién es la Dama Viudita? —interrogó Doña Pava del Monte.

—¿La señora más rica del mundo? —agregó la Zorra.

—¿La más bella? —dijo la Garza Paleta.

—¿La que viste mejor? —apoyó la Macaurel.

— Dicen que encarga sus trajes a los más afamados modistas, quienes los confeccionan con los rasos del alba y con los terciopelos del amanecer —recordó la Guacharaca.

—Y que la peinan —añadió la Marimonda— los peluqueros de la noche, la adornan los floristas de la brisa y le pulen las uñas los manicuras que bruñen las cascadas del Orinoco, del Cunaviche y del misterioso Guainía.

—Dicen que se ha divorciado siete veces —apuntó la Garza Rosada.

—Entonces —concluyó el Cigarrón—: no hay más que hablar. Es una dama principal.

La visita inminente de la Dama Viudita puso en agitación a la ciudad; cada cual se aprestaba a admirarla y festejarla a su sabor; y hasta de las poblaciones vecinas acudían romerías de animales, sin otra esperanza que la de contemplarla, durante un fugaz momento, desde las barras de los bailes.

Tal expectación no quedó defraudada: la Viudita era, en efecto, delicada, graciosa y linda, aún más de lo que se podía soñar. Sin embargo, Doña Danta manifestó, al conocerla:

—Es una lechuguina.

La Culebra Sobadora dictaminó:

—Tiene los brazos demasiado largos.

La opinión de la Zorra fue la siguiente:

—Se excede en el uso de la brillantina en los cabellos.

—Le falta... Le falta... ¿Cómo diría yo? —rumoreó Doña Pava del Monte—. Le falta... opulencia...

E infló, con orgullo, su hermoso buche, tan redondo como una rica toronja.

En lo que respecta a Tío Tigre, quedó enamorado de un modo fulminante. En el baile de trajes que, en honor de la conspicua visitante, dio la Guacamaya Rosada, baile que constituyó el más notable suceso de la temporada, apareció la Dama Viudita en forma tan milagrosa, casi tan fantástica, con su hermoso cabello, largo, suave, lustroso, su aire lánguido, aquel hechicero antifaz de seda azul detrás del cual se le dormía la mirada como un beleño, que Tío Tigre ya no pudo más.

—Esa mujer tiene que ser para mí. Profesor —le refería a su regreso al Mochuelo, mientras se despojaba del dominó—. Esa es la mujer que yo necesito para casarme; para que me haga digna compañía, para que comparta conmigo mi nombre, mi prestigio, mi posición social, mi porvenir...

—Manifésteselo, mi querido jefe. Hágaselo saber. Estoy seguro de que la Dama Viudita no le resistiría un momento.

—Sí, sí manifestárselo, pero..., ¡hum! —reflexionó Tío Tigre, en tanto se rascaba la cabeza—. ¡Me es tan difícil hablar a solas con ella! La tienen acaparada entre fiestas, banquetes, bailes, reuniones.

Lo que le preocupaba era, en realidad, su timidez, la que le impedía abordar a la Viudita: pero esto jamás se lo hubiera confesado a su subordinado.

—Entonces escríbale —le recomendó éste.

A la mañana siguiente, Tío Tigre encargó la carta al Cucarachero. Los ojos del ingenioso secretario chispearon de malicia, y en seguida fue a conversar con Tío Conejo; de acuerdo ambos, escribieron la siguiente carta:

«Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma miserable entre tus manos sangrientas lágrimas te imploran lástima eres una sonrisa jamás tus labios entreabrirá más dulce palabra que la que sueño inútilmente de tu bondad anonadada espérala mi alma nunca te dará sinsabores mi pobre enamorada vida llena de males y destrozada te aguarda di que sí yo soy infeliz tú monarca te ejecutaré sinfonías eternamente vanas sombras torturas disípalas no podrás ser benévola mi alma ansia perdona tus manos besa mis pies van hacia ti mis pensamientos te encadenan.

TÍO TIGRE».

El Cucarachero se la leyó de esta manera:

«Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma miserable, entre tus manos, sangrientas lágrimas te imploran lástima. ¡Eres una sonrisa! Jamás tus labios entreabrirá más dulce palabra que la que sueño (¿inútilmente?) de tu bondad. Anonadada, espérala mi alma. Nunca te dará sinsabores mi

pobre, enamorada vida; llena de males y destrozada, te aguarda. ¡Di que sí! Yo soy feliz, tú monarca: te ejecutaré sinfonías eternamente... Vanas sombras, torturas, disípalas!... ¿No podrás ser benévola? Mi alma ansia... ¡Perdona! Tus manos besa, mis pies van hacia ti, mis pensamientos te encadenan.

TÍO TIGRE».

—Magnífico —comentó éste—. Tiene un toque de romanticismo que no le cae mal. Eso de las sinfonías y eso de mi pobre vida enamorada le gustarán mucho a la Dama Viudita, que dicen que es medio poetisa. Va a creerse que me encuentro más enamorado de lo que estoy en realidad, ¡la muy crédula!, y me aceptará en el acto.

Y, en prueba de reconocimiento, le dio un día de asueto al Cucarachero.

La Dama Viudita recibió la misiva, rasgó el sobre con un lindo estilete de oro que le había regalado el Manatí, poderoso millonario de las comarcas legendarias del Meta y del Vichada, y uno de sus antiguos pretendientes; la leyó; lanzó un grito:

—¡Ay!

Y se desmayó.

Apenas volvió en sí gritó, enfurecida:

—¿Quién es este insolente Tío Tigre, amigo tuyo, que se atreve a injuriarme y ofenderme de esta manera, llamándome miserable, infeliz, lástima, pobre enamorada suya, diciéndome que mis manos están ensangrentadas y mi bondad anonadada, que me espera una vida llena de sinsabores, sombras y torturas, y que le bese los pies?

Y se desmayó de nuevo.

Estupefacta, la Guacamaya Rosada había tomado de sus manos la carta fatal, y pudo ver que decía lo siguiente:

«Dama Viudita:

Hundido en el mar de mi alma, ¡miserable!, entre tus manos sangrientas, lágrimas te imploran. ¡Lástima eres! Una sonrisa jamás tus labios entreabrirá. Más dulce palabra que la que sueño inútilmente de tu bondad anonadada, ¡espérala... Mi alma nunca te dará. Sinsabores, mi pobre enamorada, vida llena de males y destrozada te aguarda. Di que si yo soy, ¡infeliz!, tu monarca, te ejecutaré. Sinfonías eternamente vanas, sombras, torturas, ¡disípalas!..., ¡No podrás!... Ser benévola mi alma ansia: perdona tus manos. Besa mis pies. Van hacia ti mis pensamientos: te encadenan.

TÍO TIGRE».

Al volver de su segundo desmayo, y sin querer entrar en ningún género de explicaciones, la Dama Viudita embauló sus lindos trajes, sombreros, capas y pieles, en tanto que sollozaba de sentimiento.

—No me imaginaba que tus amigos fuesen tan incultos y tan atrevidos —murmuraba. Le estampó un beso en cada mejilla a su prima, la Guacamaya Rosada, y agregó—: Por lo que toca al patán de Tío Tigre, hazle saber que en los más remotos lugares del mundo, donde habiten animales civilizados, se hablará y abominará de su grosería sin ejemplo, porque yo me encargaré de propalarla.

Y sin despedirse de nadie más, dejó la ciudad.

—Que le bese los pies... ¡Dios mío! ¡Dios mío! —no cesaba de recordar. Hecho una furia entró Tío Tigre en su morada.

—Pero, señor: si usted mismo leyó la carta, y le pareció magnífica— se defendió el Cucarachero.

La cólera del potentado se encontró en desconcierto.

—Es verdad... Es verdad... Yo no me explico —refunfuñaba, paseando de arriba abajo la habitación. Durante un rato permaneció silencioso, y

miraba de reojo, con las pupilas enrojecidas por la desconfianza y la ira, al Cucarachero. De pronto se le plantó al frente, y vociferó: —Me abandonas en este mismo momento mi casa, ¿lo oyes? ¡en este mismo momento! No quiero verte más, ni escuchar más de ti, ni saber de tu vagabunda vida. ¡Y que me caiga en la trampa de los hombres, y me aspen, y los inmundos perros me muerdan las narices, y los sucios muchachos de los hombres me escupan en la frente, si vuelvo a coger un secretario para que me haga las cartas!

Humilde y contrito en apariencia, el Cucarachero salió de la casa de su protector. Fuese al mercado; armó, con el auxilio de Tío Conejo, una mesa y cuatro tablas; puso un letrero anunciándose, y se estableció como memorialista. Le llovían los encargos, porque entre los animales hay muchos analfabetos. Les escribía sus peticiones a los solicitantes, sus documentos a los corredores, sus libelos a los pleitistas, sus defensas a los acusados y sus epístolas a los enamorados. Hacía madrigales para las niñas bonitas, aguinaldos para las pascuas y epitalamios para las bodas. Componía canciones para decirlas por radio, serenatas para ser entonadas al pie de los balcones, y sátiras mordaces con que un pretendiente desdeñado quería vengarse de la ingrata o del rival.

Con ello, ganaba honradamente el pan de cada día. Y por la noche, cuando apuntaban los luceros y había concluido su tarea se sentaba en el corro de los animales libres, y les cantaba:

Cantaré con dulce canto,
al terminar la jornada,
este cansancio tan santo,
esta dicha tan callada,

esta vuelta, paso a paso,
este regreso sin voces,
este miraje de raso
en las luces de las hoces,

este alumbrarse tan hondo
las casas con un suspiro,
este reír tan redondo,
este tan ancho respiro,

este sabor en la boca
del gusto de la faena,
y esta paz con que me toca
la mano de mi morena.

Empero es cosa sabida que, ni aun entre los animales, un secreto se mantendrá perennemente oculto. Tal vez sería la Culebra Sobadora, que todo lo averigua; o Misia Baba, que todo lo sabe; o quizá la Guacharaca, que todo lo habla; muy probablemente el Camaleón, que todo lo averigua, todo lo sabe y todo lo habla; lo cierto es que Tío Tigre vino a sospechar la verdad, y en oler quién andaba detrás de aquella desagradable jugarreta.

—Tío Conejo me la pagará algún día —amenazó.

Así, la aventura de la Dama Viudita fue el punto de partida de innumerables peripecias. Pero es cosa de contarlas en alguna otra ocasión.

La periquita Julieta

En un enorme samán aislado y majestuoso tenía su escuela el Araguato. Había otros samanes en la misma sabana, pero se mantenían un poco alejados de aquél, como si le respetasen, reconociendo su altura excepcional. Además, ninguno se hallaba en una posición tan excelente: a corta distancia del caño, dominaba el camino que conducía al bebedero. Si alguien subía por allí se lo encontraba de pronto, al coronar el barranco: su inmensa mole le sobrecogía, tenía que pasar por debajo de su sombra fresca y olorosa. Pero si, por el contrario, venía del lado opuesto, desde lejos ya le divisaba, alzado al cielo azul del mediodía en medio de su corte de samanes menores.

El Araguato daba las clases de filosofía. «La Voz de la Antigüedad», así lo llamaba el travieso Curruñatá.

—Aló, aló... Aquí, «La Voz de la Antigüedad». Transmitiendo en su doble emisión de onda larga y onda corta, 3.100 y 55 kilociclos. «La Voz de la Antigüedad», la emisora del sonido selecto...

De este modo gritaba el Curruñatá, escondido detrás del pizarrón, y dejaba oír una serie de silbidos y zumbidos con los que imitaba a perfección las *estáticas* de una radio.

—A ver: ¿Qué es? ¿Qué pasa? —preguntaba el Araguato irguiéndose en la silla, sobresaltado y con los ojos encandilados; y continuaba su lección—: Bueno, como íbamos diciendo, los elementos esenciales del conocimiento...

En realidad, el Araguato estaba demasiado viejo; quedábase dormido en las clases, y la Ardita, la Paraulata y la Mariposa Semíramis aprovechaban para enredarle florecidas y hojas secas en las barbas aleonadas.

—¿Qué le ha pasado, profesor? ¿Cómo que se convirtió en carnestolendas? —le reprochaba la Iguana, muy puesta en razón. La Iguana era maestra de gramática.

La Mariposa Semíramis era muy presuntuosa.

—Valgo mucho más que ustedes —decía a sus compañeras—. Ustedes no tienen una ilustre prosapia como yo. Mi nombre lo dice.

—Bah, Semíramis parece nombre de remedio —le contestaba la Mariposa Pavón.

La Mariposa Pavón extendía la pomposa pedrería de su capa: oro, zafiro, plata, esmeraldas, batiéndolas suavemente; la Mariposa de Colas se acicalaba con coquetería los dentellones negros sobre fondo amarillo de su chaquetita, y la Mariposa del Tabaco, la más pobre de todas, se arreglaba su linda cofia oscura de rayas blancas, y aun ella se veía encantadora.

—Nuestros trajes son mucho más lindos que el tuyo —le aseguraban a la Mariposa Semíramis; la veían por encima del hombro, y le sacaban la lengua.

—Mi traje es todavía más lindo —intervenía la Tara—. Ninguna de ustedes tiene un traje de *voile* transparente como yo. Esta tela es la última moda, y se llama *sueño de Salomé*.

—¡Niñas! ¿De qué están hablando ustedes? Esas no son conversaciones propias de su edad. Vayan a estudiar sus lecciones— les apostrofaba

la Pipa, quien era la ecónoma de la escuela; y se iba a freír los huevos para el almuerzo rezongando por lo bajo—: A estas niñas ricas no deberían admitirlas en una escuela proletaria.

La Pipa pasaba el tiempo rezongando y regañando, pero era una excelente persona. Cuando ponía sus huevos, su marido se los colocaba sobre el lomo. Entonces la espalda se le hinchaba, formando especie de celdillas donde los incubaba, y al poco tiempo los muchachos de la escuela venían a curiosear el extraño espectáculo de una multitud de Pipitos, de color aceitunoso, saliendo, al parecer, del dorso de la madre.

—Es lo que se podría llamar un caso típico de *proliferación*— afirmaba, con aire magistral, el Caballito del Diablo.

El Caballito del Diablo era el alumno más admirado del plantel. Estudiaba derecho, y sus condiscípulos escuchaban embelesados los vocablos siempre científicos y los giros novedosos y atildados con que adornaba su expresión, y se tragaban sus patrañas. Era, además, el caudillo de todos los movimientos estudiantiles. Él fue quien organizó la huelga contra Don Paují de Copete, profesor de francés, debido a que, según dijo, «su copete rizado y su desdeñosa frialdad para con los alumnos no se compaginan con el carácter democrático de nuestras instituciones educacionales».

El Paují de Copete fue destituido de su cargo.

La Semíramis, las Mariposas Pavón y de Colas, la Tara, la Ardita, las siete hermanas Acuritas, y en general todas las niñas de la escuela, estaban insondablemente enamoradas de los grandes ojos elocuentes del Caballito del Diablo; pero, a su vez, él se bebía los vientos por la graciosa Culebrina Coral, estudiante de química.

—¡Qué seductoras son todas esas mocosas! —le decía la venenosa Coralito—. Se han puesto las medias largas sólo para tener derecho a enamorarse de ti. Te apuesto a que si les dedicas una sonrisa, desde esta

misma tarde comienzan a pintarse como lo hacen la Cotorra y la Guacharaca, quienes desearían poder andar más descotadas por las calles para tener más sitio donde colocarse los colorines.

Durante las horas de clase, el enorme samán se convertía en sonoro receptáculo de un mundo populoso y agitado. Allí se hablaba, se reía, se gritaba, se recitaba en alta voz, se murmuraba por lo bajo conspirando contra los maestros, y circulaban a través del aire, órdenes, reprimendas y amonestaciones. Allí se urdían, de una ventana a la otra, confusas iniciaciones amorosas: los varones guiñaban los ojos a las chicas, éstas sonreían evasivamente a los primeros, y en unos y otros nacían desconocidos sentimientos que comenzaban por el sabor casi asustado del orgullo y terminaban por largos desgarramientos de pasión desesperada. Allí se enseñaba y se aprendía, se estudiaba y se olvidaba, engendrabanse afectos, surgían aspiraciones, estallaban efímeras querellas, rompíanse en pleitos y en irreconciliables rivalidades que no duraban un minuto, y se alimentaban, en lo hondo de un reconcentrado secreto, ambiciones y vocaciones terribles que se dispararían en el mismo sentido a lo largo de toda la vida posterior. Todo parecía más grave, más intenso y trascendente, y en efecto lo era. Se abría los ojos a la existencia, y a todo lo que en ella se encontraba ya de establecido: y este descubrimiento causaba al propio tiempo, curiosidad, interés, desconcierto y malestar.

Lo más agradable, sin duda alguna, eran los asuetos. Entonces bajaban al pozo, donde el apuesto Lirón, con su precioso traje de baño a listas negras y blancas, les adiestraba en la natación. El Lirón estaba tan ufano de su gallardía que gastaba el tiempo en contemplarse reflejado en el agua lisonjera.

—Es un narcisista —afirmaba el Caballito del Diablo.

De no ser el asueto, las horas preferidas eran las de geometría, cátedra que daba el Arrendajo, o las de instrucción primaria, a cargo de la Periquita Julieta. El Arrendajo daba, además, las clases de tra-

bajos manuales; su geometría venía a, degenerar siempre, al final de la hora, en el trabajo manual, y sus trabajos manuales declinaban en una fácil y bullanguera tertulia que alborozaba el alma de los niños. El Arrendajo les contaba cuentos de las Toninas, que escoltaban los barcos de los hombres, en previsión de que un niño caiga al mar, para salvarlo; del poderoso Manatí, señor de los grandes ríos; de la Manta, que simula la imagen de la luna en el mar, del Rey Zamuro, del General Moriche, y de otros animales tan interesantes como remotos. Producía, además, los sonidos más heterogéneos: silbaba, cantaba, graznaba, croaba, rugía, imitaba voces articuladas, y hasta los relinchos y rebuznos de las inmundas bestias de los hombres. Los niños reían con tal escándalo que a lo último aparecía en la puerta el Profesor Araguato, severo y alarmado, con su voz de tísico y sus barbas venerables:

—¿Qué es esto, Bachiller Arrendajo? ¿Qué pasa aquí?

Pero apenas había dado las espaldas, ya el incorregible Arrendajo caía de nuevo en su guasa, y cuando los dos Gallitos de Río Negro, que se enzarzaban en una discusión, querían pelear, en lugar de separarlos como hubiera hecho cualquiera otro de los maestros, les iba a buscar guantes de boxeo.

Por último, los alumnos querían entrañablemente a la Periquita Julieta; pero, ¿quién sería capaz de negarle su cariño a la Periquita Julieta? Con su modesto trajecito de color de yerba verde con los extremos plateados, la Periquita se sentaba al frente de sus discípulos, entre los cuales se contaban el Curruñatá, las Acuritas, el bellísimo Siete Colores, que parece una bandera, el Tuqueque, el Cotejo, la Mariposa del Tabaco, el menor de los Macacos y el tímido Congorocho, que se acurrucaba a la mínima señal de agitación. Entonces les hacía repetir:

—Te a ta. Te e te. Te i ti. Te o to. Te u tu.

—Tu Tía Teotiste te ató —saltaba el pequeño Conejito, hijo de Tío Conejo; mas, tan pronto como la Periquita lo llamaba al orden benévolamente, se arrepentía de haberla importunado.

Así, el viejo samán se estremecía, tembloroso de trinos, carcajadas, gorjeos, y se reía silenciosamente para su fuero interno. Un fleco de viento burlón venía y le ensortijaba una rama con la otra, unidas de un modo tan estrecho que después le costaba Dios y ayuda el desenredárselas. Otra bocanada de brisa se montaba a horcajadas sobre sus horquetas, hacía cabriolas, movía sin ningún género de consideración las hojas, obligándolas a que se diesen de topetazos; y luego seguía su camino, feliz de cargar consigo, en su viaje, el júbilo rumoroso de la escuela. El samán soportaba aquello patriarcalmente. Cuando, algunas veces, un venado, una lapa, y en ocasiones hasta alguno de los pobres animales que han caído en poder de los hombres: un perro, una vaca, el célebre toro Parapara, pasaban por debajo de su fronda en solicitud del bebedero, todos los niños interrumpían las lecciones para atisbar su marcha. El toro, la vaca, el venado, la lapa, deteníanse, paraban las orejas; un temblor les estremecía las paletas; un buen rato se quedaban inmóviles, erizados, de vez en cuando, por nerviosos estremecimientos; hasta que, convencidos de lo falso de la alarma, proseguían adelante; bajaban hasta el caño; al cabo de unos minutos cruzaban de nuevo, en sentido contrario, los belfos chorreando agua fría; y en sus oscuros pechos anidaba, grado a grado, un religioso respeto hacia el vetusto árbol.

Tan pronto como desaparecían, tornaba la escuela a su habitual animación. La Periquita Julieta sonreía, paseaba la mirada complacida sobre su pequeño auditorio, y continuaba con su voz de pétalo, que parecía encenderse con las palabras.

—De los flancos escarpados de la Mesa Guanipa salen cuarenta ríos que se dirigen por diferentes rumbos al mar. Sobre la gruta del cerro Cuchu-

vano se cierne perpetuamente una luz. Otra llama corre por las llanuras de Barinas, sin quemar la paja, y la llaman la *Luz del Tirano Aguirre*. Cuando se entra al Lago de Maracaibo se divisa, al fondo, un relámpago continuo que guía a los navegantes. En la cueva del cerrito de Monay se encuentran tufos inflamables que espantan a los que no los conocen cuando les acercan fuego. El Atabapo y el Inírida acarrear aguas negras y transparentes, el Guainía extremadamente negras, el Vichada tiene aguas oscuras, el Casiquiare amarillentas. A veces nubes blancas y negras, que corren en direcciones opuestas con velocidad extraordinaria, envuelven de repente las cumbres de los páramos, en la Sierra de los Andes; o bien, formando remolinos, se precipitan en las hondonadas inmediatas, y se oye un rumor extraño y prolongado: dicese entonces que el páramo *está bravo*. En las montañas de San Camilo y Ticoporo crece espontáneamente la planta del cacao. En invierno, cuando el Orinoco crece de un modo gigantesco, y sirve como de represa al Apure, éste se hincha, se sale de madre, retiene a la vez a sus tributarios, y forman todos un inmenso delta interior, a 600 kilómetros del mar, que no tiene semejante en el mundo entero. Las sabanas de Apure se extienden hasta el confín, sin un peñasco, sin una piedra, sin un cascajo; sabanas limpias, siempre verdes, de paja alta, y la masa vaporosa que se extiende por encima les da el aspecto de un mar lejano que, siempre a igual distancia, parece que huye delante del viajero. En los grandes bosques de Guayana los conquistadores buscaban el imperio fabuloso del Gran Patití, la magnífica residencia de Manoa, con sus palacios cubiertos de placas macizas de oro del lago imaginario de la Parima. Más de mil plantas útiles nacen en la vasta hoya del Ventuari: bálsamos, aromas desconocidos, y el mavacure, que da el curare. Sobre el cerro del Duida, a la entrada y a la salida de las lluvias, se ve una luz que cambia de lugar, ya en uno, ya en otro punto de la cima, y se llama *el volcán* de la Esmeralda. La Sierra Cerbatana está constantemente coronada de nubes eléctricas...

—¡Qué bella es Venezuela! —exclamaba la Ardita, sin poderse contener—, ¡Qué bella, y qué inmensa!

Y por largo rato todos quedaban silenciosos.

Fue aquella circunstancia de dominar el camino al bebedero lo que atrajo el interés de Tío Tigre.

—¿De quién es ese samán? ¿Quién vive ahí? —le preguntó al Pájaro Baco, que estaba inmóvil, estático, con los ojos cerrados y el pico hacia el cielo, entre los juncos de la orilla del río.

—¿Qué samán? —contestó estremeciéndose, como si tornase en sí.

—Ese grande que está ahí.

El Pájaro Baco lo contempló con aire tan maravillado como si el árbol hubiese aparecido en el sitio de improvisado, por arte de magia.

—No sé —dijo al cabo de un buen espacio—. Ignoraba que ese samán estuviese ahí. Me hallo aquí cavilando acerca de la esencia, presencia e inmanencia del Supremo Ser, y no me interesan esas pequeñeces.

Y se volvió a elevar a sus abstracciones.

—Imbécil —dijo por lo bajo Tío Tigre.

Con gran sigilo fue acercándose al samán. Primero dio vueltas a su derredor, con el rabo pegado a los ijares, a fin de que no delatase su presencia. Se aplastaba contra el suelo, y se quitó el kepis para no descubrirse sobre la yerba. Así, poco a poco al pie del árbol: ningún ruido descendía de éste. Evidentemente, el samán estaba desocupado. Tío Tigre se dio cuenta de que, a poca elevación, el tronco presentaba un muñón, seguramente el resto de algún ramo desgajado y perdido de antiguo. ¡Espléndido! Podría encaramarse allí, y ver de alcanzar la primera bifurcación. Así lo realizó con relativa facilidad. Su satisfacción fue grande cuando comprendió que con un ligero esfuerzo podía seguir trepando. Hincó las uñas en la madera, agarró la horqueta y se levantó

a pulso hasta ella. El resto era muy sencillo: en adelante, Tío Tigre pudo continuar deslizándose en medio de las ramas numerosas, como por entre las calles de una ciudad desierta. Su objetivo era el lugar desde donde se dominaba a hilo el sendero que conducía al pozo, y en breves minutos lo alcanzó. Abajo, en la plomada de sus miradas codiciosas, pasaba el caminito estrecho y culebreante, en el que; las huellas de los animales que lo solían transitar simulaban incrustaciones sembradas entre la yerba verde y el polvo amarillento. Tío Tigre se echó a examinarlo, y se relamía de gusto al considerar las ventajas de su descubrimiento.

—¡Soberbio! —se decía—. ¡Pero que ni a pedir de boca! Por aquí desfilarán todos los animales que yo pueda desear, y los estaré esperando, oculto por el follaje. Ni lejanamente se imaginarán mi proximidad. Hasta el propio toro Parapara, con toda su sabiduría, es capaz de caer en esta emboscada. Él dice que le tengo miedo y que no lo podré vencer nunca, que me faltan fuerzas, destreza, agilidad y astucia... Es lo que veremos ahora. No se percatará de nada hasta que no sienta mi mordisco en el cogote.

Y lanzó una estruendosa carcajada.

—¿Qué desea, señor?

Tío Tigre dio un salto, alarmado. Sin embargo, no era cosa de asustarse: en la rama superior aparecía la Periquita Julieta, con un libro en la mano y un dedo metido entre las páginas del libro, y en sus ojos flotaba la interrogación que acababa de hacer. Tío Tigre aguardó un par de minutos antes de contestar; sus músculos en tensión se fueron relajando poco a poco; una sonrisa repulsiva arrugó sus labios.

—¡Hola, buena moza! —contestó por fin—. ¿Y qué haces tú aquí?

—Esta es mi casa —respondió ella, muy digna.

—¿Tu casa? ¿Y tú vives sola aquí?

—No, señor: aquí vivimos muchos. No es mi casa: es la escuela.

—¿La escuela? ¿Y por qué estás sola?

—Hoy es domingo. El profesor Araguato está en la casa de su comadre, el Cachicamo, en su partida de dominó. La Iguana se ha ido para una conferencia en la Liga Femenina. El Arrendajo está viendo un partido de *base-ball*, y la Pipa se fue también hace poco, cuando vio que usted subía. Al parecer, le tuvo miedo...

—¿Miedo? —repitió Tío Tigre, y volvió a sonreír—. ¿Y tú no me tienes miedo, buena moza?

—Yo no —afirmó ella—. ¿Por qué se lo había de tener?

—¿No sabes quién soy yo?

—No, señor.

—Yo soy Tío Tigre.

La Periquita Julieta palideció. Durante unos instantes no supo qué hacer, inmutada. Luego retrocedió un poco, y, brindándole asiento, le invitó:

—Pase adelante. Siéntese.

Ambos se sentaron. Transcurrió un par de minutos en silencio. Tío Tigre había sacado el pañuelo, y se secaba el sudor de la frente y del pescuezo, sin dejar de examinar a la Periquita.

—¿La escuela? —recordó por fin—. Pues no está mal alojada la escuela... ¿Tú sabes una cosa? Me gustaría mucho tener este samán. Ocupa una posición magnífica: dominio sobre el camino, amplio campo de visión y todas esas cosas. Es lo que nosotros decimos: una situación estratégica. Mandado a hacer para garita, o para atalaya, o para cuartel, o para alcabala: en todo caso, que lo controle la autoridad. Situaciones estratégicas como ésta no deben estar en manos de los particulares. ¿Quién les ha dado a ustedes este samán? Supongo que una escuela

puede estar alojada en cualquier parte: en un bucare, en un bambú, en una laja en el suelo, y todavía es bastante.

Y rio de lo último, que consideraba un chiste.

—No, señor —contestó la Periquita—. Una escuela necesita un local adecuado, que llene los requisitos indispensables: que sea amplio, aireado, que tenga salones grandes, corredores, patios para que los chicos puedan jugar y estén a sus anchas... Este samán está muy bien para escuela.

Necesitó Tío Tigre cierto tiempo para reponerse de la sorpresa que le causó el que un animal cualquiera, y menos que nadie aquella criatura insignificante, le replicase.

—¡Hola! ¡Miren la bachillercita tan respondona! ¿Usted, no se ha enterado bien de la personalidad con quien está hablando, niña? —dijo.

—Sí —insistió ella—. Usted me aseguró que era Tío Tigre, ¿no es así?

—Exacto. Tío Tigre. Yo soy Tío Tigre. ¿Y sabe usted lo que eso significa? Yo soy la autoridad.

—¿Y yo? Yo soy maestra de escuela. ¿Usted, como que tampoco lo ha entendido bien? Yo soy maestra de escuela.

Los ojos de la Periquita llamearon y sus mejillas se encendieron; púsose de pie, y prosiguió con mayor énfasis:

—Yo enseño a los niños, ¿me oye usted?, los instruyo, los educó, los voy formando...

De repente le pareció que lo que decía no era suficientemente grandioso para justificar su explosión de orgullo. ¡Hay tantos maestros de escuela! —pensó. Se volvió a sentar, y continuó con un tono más moderado:

—Creo yo que esto es, igualmente, una misión bastante noble.

Hallábase en una disposición de ánimo conciliadora: pero Tío Tigre dio al traste con su benevolencia. La cólera de Tío Tigre es como cuando se

pone leche a hervir: al principio, sube lentamente; pero de súbito se ha elevado, rebasa la paila, y es difícil contenerla. Tío Tigre resopló; quiso ponerse de pie, como había hecho su antagonista; consideró luego más majestuoso permanecer en su asiento; resopló de nuevo, y empezó a borbotar:

— ¿Noble...? ¿Noble...? Miren la bachillercita parangonándose conmigo. ¡No faltaba más! Una maestra de escuela, parangonándose con la autoridad... Enseñarles a deletrear a los mocosos y darles palmeta cuando se portan mal, y ponerse a hacer mejor, ¿quién no es apto para semejantes bobadas? ¿Qué importancia tienen todas esas fruslerías, si se compara con la autoridad? Estar metido uno con las leyes y con los decretos y con las constituciones, y con el cumplimiento de las leyes, y con el principio de la autoridad... ¿Cree usted que es fácil ser político? Métase a política para que vea; para que tenga que estar hablando con los ministros, y con los secretarios, y con los consultores jurídicos, echando discursos en los parlamentos, y conferencias vienen y conferencias van, y después resulta que nada de eso sirve, porque viene el primer mequetrefe de los que están en el Congreso, que no tiene tres dedos de frente, y declara que eso es una medida antidemocrática, y van y se la rechazan a uno...

Resopló de nuevo, agotado por el esfuerzo pero satisfecho.

La soberbia de la Periquita se iba nutriendo de la ira de Tío Tigre.

—¿Y usted cree que es fácil enseñar a los niños? —se levantó de nuevo—. Métase a maestro de escuela, si es que puede, para que vea. ¡Tome, tome! Encárguese del alma de uno de estos niños, tan pequeñita, tan tierna, tan frágil que es como si se le fuera a quebrar a una entre los dedos —y le alargaba el libro—. Los dedos ansían hacerse maravillosamente suaves, tener tersuras de pétalo, delicadezas de música, intuiciones de mujer enamorada; y, sin embargo, ¡cuánta angustia de que se les deshaga, se

les vuelva polvo, como cuando se agarran las vestiduras exquisitas de la Mariposa Pavón! ¡Qué cuidadoso tino para no cometer un paso en falso, para no permitir un gesto torpe o un ademán descomedido! El alma de un niño es como un palacio encantado, ¿lo sabe usted? ¡Qué ha de saberlo, hombre...! El alma de un niño es como un palacio encantado lleno de corredores, galerías, recintos cerrados, sitios recónditos y milagrosos. Se avanza anhelosamente. La sombra, la propia sombra, que se proyecta sobre las paredes lejanas, nos asusta y nos hace detener el aliento. Abrimos con un esmero palpitante puertas misteriosas, como vedadas por telas impalpables de arañas. Y de repente, detrás de la puerta donde menos esperábamos, he aquí que se descubre una perspectiva ilimitada, un paisaje grandioso, por el que es dable distender, con el júbilo desenfrenado de nuestro corazón, las líneas directrices de nuestra mano ductora, los hitos de nuestras palabras y nuestras prédicas y los blancos apuntados en nuestra diaria lección. Entonces, cuando poco a poco vamos tomando posesión de las cámaras deshabitadas, ¡qué gozo el de imprimir por todos lados tenues toques, extraordinariamente leves, y el de ver cómo, no obstante, quedan grabados para siempre; qué placer el de atizar débiles fuegucitos que se hubieran apagado sin nuestro aliento, el de nutrir raicillas, el de regar simientes, el de sentir cómo germinan, brotan, se desarrollan, toman fuerza, mientras las calentamos sobre el pecho...! ¡No! No cambio yo una sola de mis tareas de maestra de escuela por todo el poder y toda la grandeza de las pomposas funciones de la autoridad.

Se sentó, sofocada, y su corazón le latía con fuerza.

Cuando Tío Tigre tomó de nuevo la palabra, lo hizo batiéndose en retirada. La elegancia verbal de la Periquita se le imponía, y las frases con que le contestó estaban dosificadas por el respeto que, sin que nadie lo pueda evitar, fluye siempre de la desmañada torpeza hacia la inteligencia llena de claridad.

—Sí, bueno: todo eso es muy bonito y todo lo que usted quiera —repuso—. Pero nosotros, la autoridad, nosotros tenemos los destinos de los pueblos en las manos. Si un animal necesita que le hagan justicia, ¿a quién acude? a nosotros. Si otro animal tiene hambre, ¿a dónde va? a la autoridad, porque la autoridad da para todo. La autoridad es la que ejecuta los trabajos públicos, crea la riqueza, fomenta la agricultura y las industrias. Ustedes mismos, los maestros ¿Quién es el que les paga a ustedes?. Nosotros la autoridad, porque para eso estamos nosotros. ¿Y la guerra? ¿Qué me dice usted de la guerra? ¿Quién hace la guerra, cuando hay guerra, y cuando termina la guerra, quién hace la paz? Nosotros las hacemos, porque lo que nosotros ideamos es lo que rige a todo el mundo. Nosotros le trazamos rumbo a la colectividad. Somos nosotros quienes la forjamos, quienes la creamos. Nosotros hacemos un decreto, o una ley, dictamos una resolución, y eso se convierte en desgracia o bienestar para todo el mundo, porque todo el mundo lo sigue, porque de ese modo es como nosotros formamos la colectividad...

A lo último estaba algo embarullado. La Periquita Julieta sonrió:

—Nosotros —le contrarreplicó con su límpida, quieta voz—, nosotros los maestros tenemos los destinos de los pueblos en las manos. ¿Qué pueden ustedes sino perfilarles simples rasgos exteriores, accidentales, transitorios? Leyes, reglamentos, estatutos: papeles que el viento trae y que el viento lleva. Al lado de las nuestras, ¿qué son las pobres huellas superficiales que ustedes dejan con tanto trabajo sobre la epidermis de los pueblos? A lo más, es sólo un ropaje que pronto mudarán. Nosotros no: nosotros nos vamos a la entraña de las naciones, que está en el alma de sus niños, y allí comenzamos a labrarlas, desde adentro, a la medida de nuestras esperanzas, a la imagen de nuestros ideales. ¿Qué es la política frente de la cultura? Nosotros plasmamos lo único perdurable de un pueblo, su fisonomía espiritual; lo único que, en fin de

fines, puede implicarle su desdicha o su felicidad. Al enseñar paciente-mente a deletrear a los mocosos, como usted dice, nosotros fabricamos en silencio el porvenir...

—¿El porvenir? ¿El porvenir? Sí, es cierto, el porvenir... Yo creo que el presente, sin embargo... El presente también tiene su... Por lo menos...

Tío Tigre vaciló; ya, francamente, se daba por derrotado. Una circunstancia fortuita vino a cambiar de un modo radical la situación.

En aquel momento el Conejito abrió la puerta, y entró. Venía el Conejito a traerle un ramo de flores a la maestra, para regresar después a jugar con los compañeros a los peñascos de la quebrada. Al mirar a Tío Tigre quedóse cohibido; empero, lo saludó con urbanidad, y ofreció su presente a la Periquita. Esta lo atrajo contra su regazo, le dio un beso en la frente y cambió con él algunas palabras cariñosas. Por su parte, Tío Tigre agradecía en su fuero interno al pequeño intruso la interrupción tan oportuna en aquel embarazoso punto del debate.

—¿Uno de sus discípulos? —preguntó.

—Sí —dijo ella. Este es el Conejito, el hijo de Tío Conejo.

Tales palabras devolvieron a Tío Tigre una inmensa ventaja: la superioridad de la violencia arbitraria y sin escrúpulos ante la desarmada razón. Se le vio esponjarse de odio y de furor: diríase que crecía a expensas de sus inevitables víctimas. Sus ojos se incendiaron; el semblante se le endureció. Con una voz calmosa, fría, que contrastaba con sus anteriores arrebatos, tomó de nuevo la palabra:

—Pues bien, señorita... ¿Cómo me dijo usted que se llamaba?

—Julieta.

—Pues bien, señorita Julieta —repitió, recalcando cada sílaba—. Para resumir lo que hemos conversado: lo que usted me ha contado es muy bonito, sí, señor. Pero resulta que este samán lo necesito yo, ¿me entien-

de usted? Este samán lo necesita la autoridad, y autoridad es autoridad, por más que pataleen. De manera que ya lo sabe: para que lo vayan desocupando.

Y se puso de pie.

La Periquita palideció:

—¿Dice usted...?

—Sí, señor: como lo oye. DESOCUPANDO —y cogió su sombrero.

Julieta se vio obligada a cambiar de táctica: hizo a un lado al Conejito, y dando un paso hacia él, exclamó:

—Pero, señor Tío Tigre, fíjese en lo que le voy a decir. No se vaya, tenga la bondad. En las cercanías de este samán viven casi todos nuestros alumnos. Este, por ejemplo, el Conejito, reside allí cerca, al otro lado de la loma. En su mayoría son chiquitines como éste, que no pueden ir a la escuela si les queda lejos. Si tenemos que abandonar el samán, perdemos a nuestros discípulos, y, lo que es más grave aún, nuestros discípulos pierden la escuela. Yo me explico que la autoridad esté interesada en posiciones estratégicas; pero también lo está en la educación de los niños, ¿no es así?

—Pues si no quieren caminar, que no aprendan —contestó Tío Tigre, y, encogiéndose de hombros, se fue.

La Periquita Julieta permaneció largo tiempo inmóvil, con el Conejito abrazado contra sus piernas. Su mano derecha le acariciaba distraídamente la oreja.

Media hora más tarde el Profesor Mochuelo le explicaba a Tío Tigre:

—Oh, sí: es sumamente sencillo. El problema se resuelve por un simple procedimiento de expropiación por utilidad pública.

—¡Expropiación! ¡Eso es! ¡Magnífico! —exclamó el Camaleón.

—¿Expropiación? ¿Y qué significa eso? —preguntó Tío Tigre.

—La expropiación es la más elevada categoría en la escala del derecho de propiedad —opinó el Cigarrón.

—Déjese de chacotas, Don Cigarrón. Estamos hablando en serio —refunfuó el Mochuelo—. La expropiación es un procedimiento legal por medio del cual se puede privar a una persona natural o jurídica de algo, cuando la posesión que esa persona ejerce sobre ese algo no armoniza con las exigencias de la utilidad pública. Se les quita el samán, sencillamente, y ni siquiera hay que darles una satisfacción.

—Sin embargo —objetó el Pájaro Bobo— en el caso concreto hay que objetar que el destino y uso que actualmente se hace del samán no cae dentro de los términos de esas especificaciones. El procedimiento no es tan claro como usted dice. La parte contraria puede alegar que una escuela también es objeto de utilidad pública.

—Eso depende —manifestó el Camaleón—. Yo conozco muchas escuelas que lo que hacen es perjudicar. Se han prodigado demasiado las escuelas: donde quiera hay una, todo el mundo pretende asistir a ella, ni los pordioseros consienten en que sus hijos trabajen, sino que quieren mandarlos a la escuela. Llegan al abuso. La instrucción puesta al alcance del pueblo es un error: se rebaja la instrucción y se ensoberbece al pueblo. La canalla, en cuanto aprende cuatro letras, se echa a perder: se creen iguales a uno, y no admiten las jerarquías sociales. La educación se debe reservar para la gente decente.

—Una posición estratégica como ésta no puede estar en manos de muchachos y de bachillercitas —proclamó de un modo categórico Tío Tigre.

—Sin duda alguna, ciertos animales se disgustarán —dijo el coronel Caricare.

—Entonces, ¡espléndido! No hay que discutir más —expresó el Cigarrón—. En disgustar a alguien estriba precisamente la esencia de la

utilidad pública. El único oficio de la autoridad consiste en disgustar, y si no disgustase a alguien, ninguna razón tendría para existir.

Quedó, pues, resuelto que se procediese a levantar el expediente para la expropiación. De los lujosos salones de Tío Tigre, el Camaleón fue en derecha a llevar la noticia a los animales de las esferas inferiores, porque su lema era el estar en buenas migas con los unos y los otros.

El Cachicamo, la Lapa, el Oso Melero fueron de los que se disgustaron.

—¿Y qué derecho tienen para expropiarle a uno lo que le pertenece? —reclamó el primero.

—¿Derecho? Cada quien mide su derecho según su fuerza, a lo que parece —gruñó el Oso Melero.

—Y esa gente tiene mucha fuerza: lo puede todo —murmuró, abatido, el Chigüire.

—Además, hace ya tiempo que el Caracol Ladrón practica la expropiación —recordó el Escarabajo.

—Por eso es bueno no tener nada, para que no la expropien a una —opinó la Golondrina—. El que nada tiene, nada pierde.

—La próxima vez le expropiarán a usted su bodega, compadre Cachicamo —pronosticó la Lapa— o me expropiarán a mí mi casa de pensión, o usted me expropiará a mí o yo le expropiaré a usted, y todos nos expropiaremos lo que tenemos, y será el acabose.

—Lo cierto es que tenemos que hacer algo para que no nos quiten la escuela —sostuvo el Comején.

—Así es. Muy bien dicho. Deben hacer algo —les arengó el Camaleón—. No se pueden quedar con los brazos cruzados.

—¿Y qué podemos hacer? —repuso el Chigüire—. ¿Quién puede nada contra Tío Tigre?

—¿Cómo habla así? —le interpeló el Caballito del Diablo—. Por supuesto que se puede. Siempre se puede algo. ¡Arriba! ¡Animo, compañeros! ¡Tenemos que impedir ese atropello!

—Sí, lo impediremos —anunció en ese momento Tío Conejo, con un acento grave.

Todos se volvieron a mirarle, pero, aunque mucho se lo preguntaron, él no quiso adelantar más sobre el plan que ya estaba forjando.

El Camaleón salió a toda prisa con el objeto de participar tales novedades a los poderosos.

—¿Así dijo Tío Conejo? —bramó Tío Tigre, furioso—. Ya lo veremos.

Y, dirigiéndose al Mochuelo, le urgió:

—Profesor: apúreme el expediente para proceder a la expropiación cuanto antes.

—Yo estoy muy contenta —expuso Misia Baba—. Ya estaba harta de la tal escuela en todo el frente de mi casa. Hacen demasiada bulla con sus malditos cantos escolares, y no me dejan dormir la siesta.

—Las escuelas son focos de alborotos y nidos de molestias— apoyó la Guacharaca—. No deberían permitir que se abrieran escuelas en los barrios aristocráticos.

—Cuando sale la Periquita Julieta con su banda de granujas yo tengo que cerrar la ventana —participó la Marimonda—. Cada uno de esos bribones me mira de tal modo que temo me vaya a decir alguna inconveniencia.

—Son unos deslenguados —dijo la Zorra—. La otra vez uno de ellos llamó sicofante al Doctor Rabipelado. Me parece que fue el Caballito del Diablo. ¿Habrás visto mayor atrevimiento? ¿Qué significará sicofante?

—¿Y no se han fijado ustedes en lo ridícula que anda la tal Periquita Julieta? —observó la Culebra Sobadora—. No tiene más que un solo vestidito verde, y ya está tan desteñido y tan gastado que da pena. Le deberían prohibir que saliera a la calle con ese traje. Es una inmoralidad.

—Nunca me ha gustado esa niña —afirmó Doña Pava del Monte—. Me choca.

—A mí me chocan todas las mujeres que trabajan —declaró Misia Danta—. Son comunistas.

«Lo impediremos», había dicho Tío Conejo. Se fue al samán, e hizo que la Periquita le narrase con todos sus pelos y señales la entrevista con Tío Tigre. Luego examinó cuidadosamente el árbol. Entonces se dio una palmada en la frente.

—¿Nada más que eso? —dijo—. ¡Qué tontería! Buscó de nuevo a la Periquita, y le preguntó:

—¿La Ardita tiene su hija en esta escuela?

—Sí —contestó ella.

—¿Y el Acure?

—También.

—¿Y el Comején, y la Hormiga?

—No, ellos no.

—No importa. De todos modos nos ayudarán. Y lo mismo el Carpintero. Y hasta yo meteré mi cuchara.

La Periquita titubeaba.

—¿La Ardita, el Acure, el Comején, la Hormiga? ¿Qué pueden ellos contra Tío Tigre?

—Siempre se puede —fue la contestación de Tío Conejo—. Siempre se puede algo cuando se intenta. Tenemos la fuerza del débil contra la fuerza del fuerte: la fuerza del débil está en su propia debilidad, porque,

en tanto que el fuerte se basta por sí solo, el débil se ayuda. Siempre se puede algo cuando anda de por medio la unión.

El Pájaro Campanero propagó la noticia. El Pájaro Campanero alza de pronto la linda bocina de ébano, empenachada de plumas, que lleva consigo. Así, enhiesta, la bocina parece un arco cuya flecha es un sonido. El sonido se le incuba en el buche, se desarrolla allí como una granada que madura, y de súbito se dispara por la erecta bocina derramando, en el aire tembloroso de la montaña, su vibración de campanada. La bocina vuelve a caer, lacia, sobre las plumas blancas: pero a ochocientos, a mil, a mil quinientos metros de distancia, a la distancia de una mirada de gavilán, se escucha su clarinazo fuerte y claro, que despierta el sueño torpe de la pereza. El Pájaro Campanero sirve de heraldo en el mundo innumerable de los animales. El Pájaro Campanero radio-difundió la noticia y la Ardita, con todas las arditas, y el Acure, con todos los acures, y el Carpintero, y el Comején, y la Hormiga, con todos los centenares de arditas y de acures, y todos los millares de carpinteros, y todos los centenares de millares de comejenes y de hormigas y de bachacos y todos los millones de millones de cuanto bicho pequeño, humilde y débil hay en los bosques y en las praderas risueñas y en las cuevas de los montes y en las copas de los árboles que crecen en las inmediaciones de los ríos, se fueron aproximando a la caída de la tarde, hacia el samán de la escuela, obedientes al llamado de Tío Conejo, dóciles a la ley de la unión, de la ayuda mutua y de la solidaridad.

—Ya está funcionando otra vez esa estación de radio clandestina — dijo nerviosamente el Querrequerre.

—Usted tiene la culpa —le increpó el Doctor Rabipelado—. ¿Cómo es posible que no la haya podido localizar todavía? A estas horas deberían estar en las cárceles esos vagabundos.

—Siempre están interfiriendo en nuestros programas culturales — adujo, quejoso, el Azulejo—. La otra vez estaba yo recitando mi *Oda a la Siempreviva fragante* y me la interrumpieron con un pestilente comunicado sobre la crisis del queso que están atravesando las ratas.

—Es verdad: sus discursos son siempre pestilentes —asintió Ña Guacharaca—. Huelen a queso, a comida, a fatiga, a sudor. Cuando no la vilipendian a una, es que hablan de que si el salario, de que si el jornal, de que si la ley del trabajo, de que si el derecho de agremiación. ¡Qué aburrimiento! ¿No tendrán otras cosas menos prosaicas en qué pensar? ¿Por qué no tocarán rumbas, o cantarán bambucos, o ponen charadas, o recitan composiciones poéticas en que se alabe la belleza de las damas, como lo sabe hacer con tanta galanura nuestro laureado poeta el Azulejo?

—No saben más que discursos subversivos —explicó Doña Danta.

—¿Qué diablos estarán transmitiendo ahora? —murmuraba Tío Tigre, y su espeso entrecejo se frunció.

¿Qué pueden manos pequeñas de acure contra la mano prepotente de Tío Tigre? ¿Qué pueden brazos minúsculos de hormigas contra sus brazos formidables? ¿Qué pueden cuerpos menguados de comejenes, dientes exiguos de arditas, contra su hermoso cuerpo inmenso, listado de negro y amarillo, contra sus colmillos asesinos?

Toda la noche estuvieron trabajando incesantemente los aliados.

A la mañana siguiente, cuando Tío Tigre fue hasta el samán a pasarle una recorrida codiciosa, el muñón que surgía antes en el tronco, y que le permitía escalar hasta las ramas, había desaparecido.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto? —rugió, apenas vio semejante modificación.

—¿Decía algo, caballero? —respondió una voz de lo alto, y apareció la alegre cabeza del Curruñatá.

—¿Quién ha hecho esto? —repitió Tío Tigre, echándose un poco hacia atrás y sentándose para poder divisar al Curruñatá. En esta posición es en la que el tigre tiene menos majestad.

—¿Qué? —interrogó el pájaro con la mayor inocencia.

—Eso, el tronco así, en esa forma, que lo han alisado...

—¡Ah! ¿Se refiere usted al nuevo frontispicio de nuestro edificio escolar?

—Sí, al *tispicio* ese, o como lo quieras llamar. Ayer el tronco tenía una saliente, que uno podía subir por él. Ahora aparece liso.

—Sí, señor: notable trabajo, ¿verdad? Un verdadero acierto arquitectónico. Obedece a las últimas modalidades en el arte de la construcción. Usted ve: el estilo moderno pide la mayor sobriedad. Elegancia dentro de la sobriedad, tal es la máxima. Todos los edificios actuales son a base de grandes superficies lisas, de planos muy simples y muy escuetos. Produce un admirable efecto, ¿no le parece? Pero, discúlpeme usted, caballero: veo que llega un grupo de nuestros más aprovechados discípulos: las Acuritas, el Tuqueque, el Cotejo, el menor de los Macacos y el inteligente Congolocho. El Congolocho piensa estudiar filología, ¿lo sabía usted? A juzgar por su contracción, llegará a ser una eminencia en la materia. Con el permiso de usted, voy a bajarles el ascensor, y en seguida vuelvo a atender a usted.

Sacó de entre las ramas el Curruñatá un curioso artefacto, que tenía algo de trampa y de guacal, armado con tallos de guaduas y pendiente de flexibles bejucos y lo hizo descender hasta el suelo. Los estudiantes tomaron asiento en él, y el pájaro los subió al samán.

—¿Y eso qué es? —preguntó Tío Tigre, estupefacto.

—El ascensor —repuso el Curruñatá—. ¿Cómo? Caballero: ¿no conoce usted un ascensor? Es la última palabra de la ciencia de la edificación. Todos los rascacielos europeos y americanos lo tienen: debe colocar usted uno en su residencia, señor mío, y si no tiene residencia, debe recomendárselo a sus amigos, para que lo coloquen. El ascensor les dará distinción, al mismo tiempo que comodidad.

Tío Tigre guardó silencio durante un rato.

—¿Y tú crees que yo también puedo subir en eso? —preguntó al fin.

—Desde luego, señor. Este ascensor es muy seguro. Con el mayor gusto lo voy a bajar inmediatamente, a fin de que usted compruebe por sí mismo con qué suavidad se sube.

Tío Tigre no estaba convencido del todo. Principió por dar dos o tres vueltas alrededor del aparato, olisqueándolo; por último se avino a entrar en él, mas, lleno de perplejidad y de suspicacias. Sus músculos temblaban cuando se dio cuenta de que la desconocida máquina despe-gaba de la tierra firme.

—¿Usted ve? Ahora le doy a un botón, y paso el conmutador —explicaba el Curruñatá a medida que aquél ascendía—. Ahora conecto la palanca. Todo el mecanismo se controla electrónicamente. Los tubos son a base de aire comprimido, los frenos son hidráulicos, la caja es enteramente aerodinámica. La última palabra de la ciencia, ¡sí, señor! Fíjese usted: no se siente ninguna molestia. Es como si uno no se estuviera moviendo. Ahora paso el controlador de la velocidad. Tenemos varias velocidades: expresa, máxima, media, mínima y retroceso. La expresa es para cuando se requiere urgencia. Vea qué delicia es la mínima. Se encuentra uno como flotando en nubes vaporosas, como mecido por el ala de seda de los sueños... Ahora se cierne usted sobre el suelo. ¡Ha vencido las alturas, está conquistando la excelsitud! Jamás se siente el animal en toda su potencia y en toda su integridad como cuando se desprende de

la prosaica superficie de la tierra. Entonces comprende que es el dueño y señor de los elementos. Va usted, caballero, en manos de la técnica y de la dinámica eléctrica. Ahora le doy al diferencial...

—¡Paf!

El Curruñatá no pudo darle a nada más, porque Tío Tigre acababa de caer, con ascensor y todo, desde considerable altura, y dio con su pesado cuerpo en el polvo vil.

—¡Ah, caramba, caballero! ¿Como que se ha caído usted?

¡Qué calamidad! Debe de haber sido alguna pequeña obstrucción en el funcionamiento —exclamó el Curruñatá—. Tal vez los resortes... O el eje de transmisión... Algo que no estaba suficientemente lubricado. Pero no le hace: aquí tenemos un segundo ascensor de repuesto. En seguida lo bajo para que pruebe de nuevo.

—¡No lo baje! —rugió Tío Tigre.

Se puso de pie, limpiándose el polvo del uniforme.

—¿Ah? ¿No? ¿No quiere subir entonces? Como usted guste. Yo creía que usted tenía interés, caballero, en conocer...

Tío Tigre no tenía interés en nada. Echó una furiosa ojeada al pájaro, y empezó a andar sin decir una palabra, encapotada la ancha, hosca cabeza, como la cabeza de Saturno. Mientras se alejaba, púdose ver que rengueaba un poco.

—Por si acaso necesita mandarse hacer un ascensor —le gritó el Curruñatá— sepa que Tío Conejo los fabrica...

Cuando llegó a su casa. Tío Tigre le ordenó de un modo muy seco a su secretario, el Profesor Mochuelo:

—No vamos a hacer ninguna expropiación.

La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez

Estaba la Cucarachita Martínez barriendo el sótano de la cueva bajo la mirada vigilante y ceñuda de Misia Rata, cuando se encontró un medicito. En el primer instante palideció: quedó inmóvil, fría de emoción, las dos manos temblorosas apoyadas en el palo de la escoba y el corazoncito disparado en loco vértigo. ¡Ay de ella si hubiese perdido la serenidad!

—¿Qué te pasa? —le interrogó al momento Misia Rata.

Pero la Cucarachita Martínez estaba acostumbrada a reaccionar con viveza.

—Nada —dijo—. Me quedé pensando si le habíamos puesto orégano al asado. Yo creo que se nos olvidó el orégano. Todavía habrá tiempo de ponérselo.

—Ya lo creo que le puse orégano —replicó, iracunda, la Rata—. ¿Qué te estás creyendo? El asado quien lo está haciendo soy yo. ¿Te imaginas que soy como tú, una zangarilleja sin fundamento, a la que todo se le olvida? Se me figura que debes de estar enamorada. Estas muchachas de ahora no viven sino pensando en la vespertina, y en el paseo en automóvil, y en emperifollarse todo el santo día para ir dizque a oír una

conferencia en el Pedagógico. ¡Dígame eso! ¿Desde cuándo las mujeres servirán para conferencias? La mujer, metida en su cocina, y al llegar la noche, a rezar el rosario para acostarse. ¡Cuándo las mujeres de mi tiempo! Yo, a tu edad, a estas horas ya tenía toda la casa como una tacita de plata. Y todavía, con los años que tengo, le apuesto a que no se me ha olvidado ponerle orégano al asado.

Se reposó, tomó un sorbo de carato de guanábana con leche que tenía en un vaso al alcance de la mano, y al cabo de un rato agregó:

—Sin embargo, por lo que pueda suceder, voy a ver si le puse orégano al asado.

Un minuto después regresaba triunfante de la cocina.

—¿No te lo decía yo? ¡Ya lo creo que le puse orégano! Su orégano, su perejil, su adobo y todo lo demás. A mí no se me olvida nada, ¿lo has oído bien, niña? ¡Nada!

Sumamente majestuosa, se tomó el resto del refresco.

Pero en el breve intervalo de su ausencia, la Cucarachita Martínez, rápida como una lanzadera de telar, había recogido el medicito del suelo y lo guardó en el bolsillo del delantal.

Era un medicito, auténticamente: todo un señor medicito. Estaba bastante liso: el rostro del Libertador se adivinaba más por el amor y la devoción de quienes lo contemplaban, que porque apareciese en realidad en rasgos visibles sobre la superficie. Pero, de todos modos, era un medicito.

—Una verdadera pieza de valor monetario, de ley de 835, diámetro de 16 milímetros y peso de 1,25 gramos —sentenció el Sietecueros—. La moneda tiene un valor real y un valor simbólico: el valor real representa el metal precioso que contiene, que en el caso concreto es la plata en una aleación con cobre de 8,35 por 1,65. La plata es el *argentum* de los latinos, y el símbolo con que se le distingue es Ag. El valor simbólico expresa

su poder adquisitivo, que varía según las fluctuaciones del mercado y el costo de la vida; y, asimismo, la cantidad de valor de trabajo que se condensa en la moneda. La moneda fue inventada por los fenicios, y, rápidamente popularizada, ha sido adoptada por todo el mundo como el medio circulatorio más eficaz para las transacciones comerciales.

Nunca hubiera terminado su disertación, de no ser por la Paloma, quien, abriendo con expresión inocente los hermosos ojos, interrogó de pronto:

—¿Por qué serán redondos los medicitos?

—¡Jesús, niña: qué poco vuelo de inteligencia la tuya! —le replicó en el acto la Gallineta— Los medicitos, y todas las monedas, son redondas, porque si no no se podrían meter por los huecos de las alcancías.

La Gallineta era bachiller en filosofía y letras, todo cuanto pronunciaba rezumaba su profunda sabiduría.

—Yo creo más bien que las monedas son redondas para que corran con mayor velocidad —arguyó el paupérrimo Cucarachero—. ¿Quién puede alcanzar una moneda que corre? ¡Ah! Nunca he logrado atrapar una, ni siquiera de refilón, y si no fuera por este brillante medicito que admiro ahora en manos de la Cucarachita Martínez, estaría por creer que las monedas son ficciones, inventadas por seres crueles para mortificar a los pobres de espíritu y a los limpios de corazón.

—¿Es verdad que la Cucarachita Martínez se encontró un medicito? —preguntó el Cocuyo, apareciendo por la ventana.

—Sí, es muy cierto —contestó el Doctor Burro—. La versátil diosa Fortuna ha querido hacerle don de uno de sus aligeros favores, y ha nimbado su casta frente con el áureo resplandor de la riqueza.

El Doctor Burro sacudió las largas orejas, muy satisfecho se sacó del bolsillo interior de la levita una libreta con lapicero de oro, unidos ambos por una cadena también de oro; se acomodó los lentes y apuntó

la frase que acababa de improvisar. Sería una lástima que se perdiera, e hizo el propósito de desarrollarla luego en un hermoso discurso que pronunciaría en la Academia.

—Sí, me encontré un medicito. Aquí está —dijo la Cucarachita.

Sus palabras fueron más modestas que las del Doctor Burro, pero la demostración objetiva con que las acompañó, las hizo elocuentes. El Cocuyo encendió alegremente su farolito japonés; se complacía, de todo corazón, de los buenos sucesos de sus semejantes; y fue a divulgar la noticia por todas las vegas del cañaverál.

—¿Cómo? ¿Esa pordiosera? —comentó la envidiosa Nigua—. No en vano dicen que la fortuna es ciega. ¡Ir a escoger a esa zarrapastrosa, a una gentuza tan sin ninguna significación, en lugar de favorecer a una persona digna de ello!

—Por ejemplo, tú —le replicó, en tono zumbón el Mosquito.

La Nigua se infló de ira blancuzca y amarillenta.

—No me he querido señalar precisamente yo —protestó—. Aunque, por más que me esté mal el decirlo, no veo ninguna razón para que me prive del derecho de ser recompensada por mis virtudes. Supongo que no te atreverás a regatear mis méritos. Soy una mujer honrada, trabajadora y seria; nadie me ve nunca con vestidos descotados en las fiestas ni en los lugares de perdición. Mi vida es una serie de sacrificios; de sufrimientos y de heroísmos. Lo que pasa es que hay gentes frívolas y corrompidas que no reparan en lo difícil que es la existencia para una pobre muchacha como yo, rodeada de tentaciones y peligros, y, sin embargo, sosteniendo siempre en alto el estandarte de la dignidad. ¿Lo oyes? Muy en alto. A donde no llegan tus ponzoñosas inyectivas.

Se proponía decir muchas cosas más; pero la interrumpió el irascible Alacrán, quien, desde el piso de abajo, gritó:

—¡A callar! ¿Qué se están creyendo ustedes? ¿Que están en la plaza del mercado? A callar, y dejen trabajar tranquilo a uno.

Desde hacía mucho tiempo, la Nigua acariciaba el propósito de conquistar el áspero corazón del Alacrán, por lo cual prefirió callarse para agradarle. El Alacrán pudo engolfarse de nuevo en sus colecciones de pedruscos, hojas marchitas e insectos atravesados con un alfiler, entre los cuales vivía, pues era naturalista.

—La Cucarachita Martínez se encontró un medicito —le anunció el Cocuyo por el postigo.

—¿Y qué tiene eso de particular? —tronó el Alacrán—. Todavía si hubiese encontrado un espécimen ignorado de clamidosaurio...

—¿Un medicito? —exclamaron al mismo tiempo, abriendo desmesuradamente los ojos, el Bachaco, el Zancudo, la Chinche, la Cotorra, la Pulga, el Chivo, el Gallo y el Canario de Tejado. El Chivo corrió a su casa a perfumarse la barba y peinarse su hermosa melena de bardo trasnochado. El Gallo fue a ponerse su flamante uniforme, con dormán rojo, galones de plata, brandeburgos de oro y una cascada de plumas blancas sobre el yelmo de acero. El Canario no tenía más que un par nuevo de zapatos de dos tonos y una linda corbata, pero, con ellos, quedó tan elegante como sus rivales.

—¿Y qué haré yo ahora con mi medicito? —suspiraba la Cucarachita Martínez.

—Cómprese un automóvil —le aconsejó el Bachaco, exhibiendo innumerables catálogos de colores llamativos—. Fíjese usted: tengo todos los modelos: *limusinas*, *sedanes*, coches abiertos, convertibles, *dos-para-cuatro*, todo lo que usted quiera. ¿Qué le parece este soberbio *cupé* de 80 caballos de fuerza? Es la última palabra de la industria automotriz.

—Mis radios son la última expresión de la técnica norteamericana —le interrumpió el Zancudo. ¿No quiere que le mande uno de demostración?

No le cuesta nada, lo tiene todo el tiempo que quiera, sin ninguna clase de compromisos, y después lo devuelve si no es de su agrado. Este tipo de gabinete cerrado es lo mejor que se ha producido en el ramo. Tiene cerebro metálico, antena ultraperceptiva, ojo anastigmático de seguridad interior, sistema de sincronización del *Páncreas cíclico*, control tubular digestivo, *dial* asimilable endo-estratosférico. Este radio tiene la sensibilidad, la emotividad, la inteligencia de cualquier animal. Es un genio de expresión oratoria, con la finura de matices de un artista de gran ópera y la infinita sutileza de una dama archicivilizada.

La Cotorra lo interrumpió:

—Mi queridísima Cucarachita, ¿cómo estás? ¿Cómo te va? Dichosos los ojos que te ven. ¡Ay, niña! Pero si estás de lo más bien... ¿Cómo haces tú para lograr milagros de belleza? ¡Qué cutis, el tuyo; qué brazos, qué garganta, qué talle! La presumida Avispa debe de estar muerta de envidia desde que has desarrollado ese talle que tienes ahora. Muy *dernier-cri*, ¿lo sabes?, muy a la *nouvelle saison*. La moda actual tiende a estos talles mitad de sílfide y mitad de *danceuse*, que es lo que llaman el estilo *tourbillon d'amour*. —La Cotorra hablaba desbocadamente, emanando perfumes diversos y penetrantes, con una carterita de lentes azules en una mano y en la otra una larguísima boquilla, en cuyo extremo humeaba un cigarrillo perfumado—. Precisamente —continuó— tengo algunas *toilettes* encantadoras que te harán mucho favor con ese talle cimbreante que tienes. ¿Por qué no te llegas un momentico hasta mi casa de modas? ¿Sabes?, tengo un establecimiento muy *rafiné*. Se llama el *Desván Bleu*. ¿Cuándo me haces una visita? Sería capaz hasta de regalarte mis vestidos, sólo por el gusto de vértelos puestos. Modelos de Antílope Pardo, modelos de Rengífero Ruso, modelos de Fox y Terrier, legítimos modelos de la Calandria y de la Alondra... Todo importado, nada vulgar, nada nacional. ¿Cuándo te

vienes un rato *chez moi, ma chérie*? Ya verás, pasaremos unos minutos verdaderamente *charmants*.

—¿Tengo el honor de hablar con la Cucarachita Martínez? ¡Tanto gusto, señorita! Yo soy Pica-y-huye, repórter de *El Animal Independiente*. Ya lo sabe usted: nuestro primer diario informativo, con ediciones de *fotograbados* todos los domingos. A los pies de usted, señorita. Vengo para hacerle una entrevista. A ver, dígame usted: ¿cuáles han sido sus primeras impresiones con la imprevista riqueza que ha caído en sus manos? ¿Cree usted que en la riqueza consiste la verdadera felicidad? ¿Cuáles son sus opiniones acerca de los presentes conflictos entre el capital y el trabajo? ¿Qué esperanzas tiene usted fincadas en los nuevos candidatos al Ayuntamiento proclamados por el Partido Animalista Nacional? ¿Prefiere usted a los caballeros con bigote rasurado, a los que usan gomina o a los intelectuales?

Y diciendo y haciendo, Pica-y-huye extrajo en seguida un lápiz y un cuaderno, y se dispuso a copiar lo que contestase la Cucarachita; mientras su compañero el Jején aprestaba la máquina de fotografía.

—Paf —sonó sorprendentemente el magnesio, e iluminó con su llamarada lívida los rostros tomados de un súbito susto de los circunstantes.

La Cucarachita Martínez había quedado pensativa. Los ojos abstraídos y los labios entreabiertos indicaban la concentración de sus ideas en el deseo de contestar las preguntas del periodista.

—Estoy todavía tan aturdida —empezó a murmurar.

Pero, para gran sorpresa suya, Pica-y-huye no aguardó más: púsose de pie, le dio la mano, murmurando precipitadamente:

—Muchas gracias, señorita, muchas gracias.

Y salió de la casa, seguido de cerca, como siempre, por el Jején.

Por otro lado, el Ciempiés entraba en ese momento con nuevos catálogos, planos, prospectos y folletos impresos.

— Coloque usted su dinero en inversiones sanas, seguras y permanentes. No se deje embaucar por los cantos de sirena de los que pretenden desplumarla. Nosotros le podemos fabricar una linda casita en nuestra urbanización *La Santidad del Hogar*. Todas las casas que hacemos tienen *porche, pantry, bar y living-room*. Hacerse una casa en La Santidad del Hogar es garantizarse una vida de delicias...

—¿Cómo? ¿Se ha convertido usted en millonaria y no piensa en comprar una póliza de seguro de vida? —interrumpió el Tuqueque—. Tenemos seguros contra incendios, seguros contra inundaciones, seguros contra robos, seguros contra muerte, seguros contra accidentes, seguros contra enfermedad, seguros contra invalidez, vejez, fealdad y estupidez crónica. Le aseguramos, si usted quiere, una mano, un brazo, un riñón, la cabellera o los dientes orificados. Le aseguramos contra la infidelidad de su marido, contra los efectos alcohólicos, contra la murmuración de sus vecinas o contra los malos pasos con el novio. Nuestro lema es: «seguros para todo y contra todo», y nuestra especialidad son los seguros contra los agentes de seguros.

—Tengo perfumes, extractos, aguas de colonia, dentífricos, cremas frías, coloretes, polvos de gardenia y de rosa, lápices para las cejas y los labios —dijo la Chinche, mostrando su mercancía—. Tengo todo lo necesario para el *maquillaje* perfecto.

—Vendo corsés *Junco del Río*, sostenes *Colinas del Paraíso*, pantaloncitos *Fascinación*, trajes de baño *Nereida*, fondos *Celaje de Primavera* y dormilonas *Voluptuosidad*. Todas las marcas, todos los diseños, sedas, gasas, artículos exclusivos —anunció la Pulga.

La Cucarachita no encontraba qué contestar. Y todavía fue mayor su sorpresa cuando, al día siguiente, pudo leer en las columnas

de *El Animal Independiente* la entrevista que le había hecho el Pica-y-huye.

«Nosotros —decía— le preguntamos:

—¿Cree usted que en la riqueza estriba la esencia de la felicidad?

Colocando la manita primorosa sobre la aterciopelada mejilla, en una actitud de profundo recogimiento interior, nuestra gentil entrevistada nos contestó así, con un suspiro:

—¿La riqueza? ¿Qué importancia puede tener la riqueza para una mujer joven como yo? ¿La juventud, la belleza, el amor, la virtud, la piedad! He ahí las bases de ese fermento químico, como pudiéramos llamar a la vida. En cuanto a la riqueza, no es más que el ácido que se vierte sobre ella, modificándola, alterándola superficialmente, arrancando irisaciones insospechadas y tonalidades opalescentes donde no existía antes sino el cuerpo amorfo. La riqueza es algo así como el rayo de luz y de emoción que despierta los colores dormidos en la penumbra, el toque mágico a las regiones etéreas desde donde se dominan los panoramas radiantes de la existencia...»

Este *reportaje* valió a Pica-y-huye un aumento de sueldo en el periódico. En lo que toca a la sensación que produjo, baste decir que uno de los lectores, el Gato, al llegar a esta altura del artículo, exclamó en voz alta:

—¡Caramba! Esto está magnífico. ¡Qué muchacha inteligente! ¡Y tan bonita! —agregó, al ver el retrato—. Es inteligente, bonita, graciosa, riquísima. ¡Santo Dios!

Apartó el periódico, y alzando la voz, llamó a su ayuda de cámara el Piojo:

—Piojo: mi flux nuevo de gabardina gris, mi corbata vino tinto, mi camisa color crema, mis zapatos corte-bajos de gamuza blanca, mi bastón de caña de India y mi pitillera de malaquita azul. Quiero estar particularmente bien vestido hoy, porque intento hacer una visita.

El Gato es un aristócrata de vieja cepa, descendiente de antiguos marqueses, pero a nadie se le escapa que está arruinado, y anda en busca de una buena dote.

La Arañita de Playa fue a la casa de su prima la Araña Tetracauta, y allí encontró a sus otras primas, la Araña Común, la Araña Peluda y la Tarántula.

—¿Ya sabrán ustedes la noticia?

—Te refieres sin duda a la nueva rica —contestó la Tarántula.

—Nueva rica, ésa es la palabra —declaró desdeñosamente la Araña Común—. Me chocan esas ostentaciones de periódico, y todo lo demás. Ello no revela más que baja alcurnia y deplorable vulgaridad.

—Pero, m'hijita, ¿y quiénes son las Martínez? ¡Figúrate! ¡Unas nadie! —recordó la Arañita de Playa.

—Lo que es en mi casa no entra la tal Cucarachita Martínez, por más dinero que haya adquirido de pronto, y de manera muy poco decorosa, por cierto —anunció la Araña Peluda.

—¡No faltaba más! ¿Nosotras codearnos con esa plebe? — exclamó la Tarántula.

Y la Araña Tetracauta, la más pomposa de todas, respetada en la familia por su ropaje imperial color de sangre, así como por la media luna que luce en el abdomen, resumió lo dicho:

—Entonces estamos todas de acuerdo, queridas primas. Nosotras no olvidamos que Araña es un apellido ilustre, y que nuestra amistad no puede estar al alcance del primer advenedizo.

Con esta consigna regresó la Arañita de Playa a su hogar; pero la firmeza de su resolución sufrió un grave quebranto al día siguiente, cuando supo que el príncipe Pavo Real, tan de buen linaje, por lo menos, como ellas, había invitado a la Cucarachita Martínez al gran baile

de carnaval que daba todos los años. Sin pensarlo más, la Arañita fue inmediatamente a hacerle una visita a la recién millonaria; y ¿cuál no sería su sorpresa al encontrar allí arrellanadas en sendas butacas, a sus primas la Araña Común, la Araña Peluda, la Tarántula y la Tetracauta?

—¡Cuánto nos ha alegrado tu inesperada suerte, querida! —decía la Araña Peluda—. Tú sabes que tus éxitos son también nuestros.

—Así es —apoyó la Tetracauta—. No sé si recuerdas que tu familia y la nuestra están emparentadas. El cuñado de un primo de la sobrina de tu tatarabuela Martínez estuvo a punto de casarse con la nuera de un tío del hermano de nuestra tatarabuela la Araña Galeoda. No nos podrás negar, por lo tanto, el derecho y el placer de llamarte prima.

La Cucarachita Martínez gozaba de todas las dulzuras de su reciente prosperidad; pero, al mismo tiempo, de todos sus inconvenientes.

—¿Y qué haré yo ahora con mi medicito? —se repetía, y su interrogación iba adquiriendo un tono siempre mayor de ansiedad y de tristeza.

—Viajar —le contestó la Golondrina— ¡Oh! ¿Puede hallarse un empleo más sabio y bello de la riqueza? Recorrer el vasto mundo; hacer que paisajes, ciudades, muchedumbres desconocidas desfilen ante nuestros ojos, recorrer el secreto de lugares remotos y fascinadores; penetrar en el misterio de las leyendas, de mitos; de tradiciones extrañas; que nuestra planta alegre y aventurera profane el silencio de comarcas espolvoreadas de historia; sentir cómo se diluye nuestra personalidad en el bullicio de religiones, de lenguas, de seres multicolores; no tener asiento en nada, no tener asidero en nada... ¡Oh! ¿Puede haber nada tan hermoso como viajar?

—La paz, la quietud de un sitio tranquilo y apartado —replicó el Puerco—. La verdadera felicidad consiste en el perfecto reposo. El tiempo se desliza de una manera insensible, y todo nos parece tan lejos, tan

aparte, que se diría que la vida no corre para nosotros, no nos alcanza con el hervidero de sus pasiones, convulsiones, problemas y heridas sangrantes. Un lugar plácido donde envolverse en la ventura de la paz interior... Eso es lo que debe buscar.

—La vida es acción, y sólo tiene sentido cuando se traduce en acción —replicó la Abeja—. ¿Qué valor puede haber adquirido tu existencia si te encuentras con que no has hecho nada? Te parecería espantosamente vacía. Obsérvame a mí: sin descanso estoy entregada a una infatigable actividad, porque si no obedeciese a este impulso natural, que es común en todos los seres vivos, si no me dejase arrastrar por este afán de movimiento y creación, lo mismo que cuando se toca la mano helada de un animal muerto retrocedería horrorizada al palpar la desesperada inanidad de la vida.

—Acción, sí —arguyó la Hormiga—. Pero acción dirigida, acción orientada, no acción a tontas y a locas. ¿Qué importancia tendrá tu actividad si carece de un objetivo? Sería como un pobre animal descazado, a quien alguno de los perversos hijos de los hombres lanzó al polvo del camino. Con las seis patas hace movimientos desordenados, pero no acierta a adelantar en ninguna dirección, porque ni ve ni sabe a dónde va. Un fin, una meta, es la clave de la vida. El fin de la riqueza es crear mayor riqueza. Actúa, mi querida Cucarachita; pero procura que al actuar, tu actividad se traduzca en la multiplicación de tu riqueza. El ahorro es el más alto ideal que debe inspirar a un animal.

—El ahorro es la mayor de las insensateces —protestó la Cigarra—. El ahorro es un tirano a quien erigimos en nuestro propio amo, y voluntariamente nos sometemos a su odioso yugo. ¿Quién sería tan loco que con plena deliberación adoptase la esclavitud? ¿Qué se gana con ahorrar? La vida es corta: pronto nuestros brazos serán débiles, nuestra vista escasa, y después se tiene uno que morir. Aprovecha, Cucarachita

Martínez, tu juventud, tu hermosura y tus riquezas mientras te duren y no des oídos a lúgubres reflexiones.

—Toma estado, cástate, Cucarachita Martínez —aconsejó la Gallina—. No hay placer más grande que el de sentir una familia en torno suyo, y arropar los hijos bajo el ala, alborozarse cuando pronuncian las primeras palabras y ver cómo lentamente se desarrollan a nuestro amparo.

—Sí, y los hijos se enferman, lloran, gritan, alborotan, y si alguno (¡no lo quiera Dios!), se te llega a morir, ya tienes que vivir desconsolada el resto de tus días —comentó el Pico de Plata—. Y aunque no se te enfermen ni mueran, ¿qué?, el día menos pensado se casan y se van de tu hogar, dejándote abandonada, después de tantos sacrificios que has hecho por ellos... No, Cucarachita, no seas idiota: no te cases nunca. Permanece soltera, y goza de tu libertad, de los campos verdes y de los cielos azules.

Y emprendió el vuelo.

—¿Qué haré yo con mi medicito? —murmuraba, ya casi con lágrimas, la Cucarachita.

—¡Buena que la hemos puesto! ¡Ahora la muchacha sonsa se va a poner a lloriquear! —rezongó Misia Rata, malhumorada—. ¡Eso nada más nos faltaba! ¿No digo yo? Entienda que estas niñas de ahora sí que son desabridas. Se encuentra la mocita convertida de la noche a la mañana en millonada, ¿y qué cree usted que inventa? ¿Sale a pasear en automóvil? ¿Se compra un vestido bien bonito, y unos lacitos azules para la cabeza, y se sienta a la ventana a flechar corazones? ¡No, señor! ¡Nada de eso! Se pone a hacer pucheros, porque dizque no encuentra nada que hacer con su medicito...

Se abanicó, sofocada.

—¡Habrás visto! —añadió.

Estaba en el grado máximo de indignación.

—¿U... u... u... unos... la... la... lacitos azules? —gimoteó la Cucarachita, mirándola a través de las lágrimas.

Misia Rata se enterneció:

—Sí, muchacha. No seas tonta —dijo sentándose a su lado y principió a acariciarla—. No te preocupes por lo que haya dicho esa gente. ¿Qué te dijeron esos sinvergüenzas? Toditos ellos son unos malvados, que lo que quieren es mortificarte. Cómprate unos bonitos lazos azules, te los pones en la cabeza, te sientas a la ventana, y verás tú lo que es gozar...

El rostro de la Cucarachita Martínez se iba iluminando, en tanto que las lágrimas temblaban todavía en sus largas pestañas.

—Unos lacitos azules... —murmuró, como hablando consigo misma—. Si compro dulces, me los como y se me acaban. Si compro perfumes, me los echo y se me acaban. Si compro joyas, se me pierden y se me acaban: y, además, me traería mala suerte. Sí: voy a comprarme unos lacitos azules.

Y así fue como la Cucarachita Martínez se compró sus lacitos azules. Se peinó, se empolvó, se pintó las mejillas y los labios, se puso su vestido nuevo, se arregló con graciosa coquetería los lazos azules en los rizos negros y se sentó a la ventana. Estaba muy linda.

Los galanes comenzaron a rondar.

—Cásate conmigo —le dijo el Toro.

—¿Y qué me ofreces tú? —le preguntó la Cucarachita.

—Te ofrezco el poder. Cásate conmigo, y el mundo estará a tus pies. Dirás una sola palabra, y todos temblarán, y se precipitarán a complacerte. ¿Qué digo una palabra? Ni aun será menester que formules tu deseo. Un antojo tuyo, un ligero capricho que exhales en el viento,

será como una campanada que agitará a los perezosos, despertará a los dormidos y hasta resucitará a los muertos. El giro más voluble y encendido de tu pensamiento regresará a ti, antes que lo hayas expresado, convertido en espléndidas verdades y realizaciones insoñadas. Los animales te temerán y obedecerán solícitamente. La vida será un sendero de presentes y ofrendas a tu paso, y el universo se arrodillará ante ti, reverenciando a la escogida por el poderoso Toro.

—¡Ay, Toro, me das miedo! —contestó la Cucarachita.

—La vida será un sendero de presentes y de ofrendas para ti, pero de presentes dulcísimos y de ofrendas delicadas —dijo el Canario de Tejado—. Yo te ofrezco la poesía. Orquestas invisibles modularán hermosas melodías, las auras impalpables traerán músicas imprevistas, una lluvia de estrofas y de pétalos caerá sobre tu frente, un surtidor de madrigales y de endechas brotará blandamente, quejándose, bajo tus pies.

—¡Ay, Canario, me empalagas! —repuso la Cucarachita.

—Aquí está mi espada victoriosa. Viene de mil combates formidables. Caía como una tempestad sobre ejércitos sin número, los que se desbandaban, empavorecidos, ante su resplandor. Entró a saco, a sangre y fuego, en ciudades populosas, capitales de vastos imperios, aniquilando los últimos baluartes de desesperadas resistencias, y está aún palpitante de la sangre de mis víctimas. ¡Tómala! ¡Tuya es! A tus pies la deposito con mi homenaje. Ven, serás la esposa del victorioso Gallo. Yo te ofrezco la gloria —dijo el Gallo.

Hay que confesar que estaba soberbio con su dormán rojo de brandeburgos de oro y la cascada de plumas sobre el yelmo; pero la Cucarachita le respondió:

—¡Ay, Gallo, me das grima!

—Yo te ofrezco los honores: dignate participar de ellos —expuso el Doctor Burro—. Unidos escalaremos las augustas excelsitudes desde

donde se divisan apenas los espumeantes afanes del montón ignoto. No nos salpicarán las miserias, ni su estulticia. Sagrados cortinones servirán de majestuoso dosel a nuestra vida, y, unidos, nos sentaremos tú y yo en el trono de la inmortalidad.

—¡Ay, Burro, qué fastidioso debe ser!

—Yo te ofrezco amor; yo soy todo amor, únicamente amor —manifestó el Chivo—. Ven: dame tu mano. Enlázate conmigo. Iremos a amarnos insaciablemente en todos los parajes en que el amor puede florecer. Nos amaremos en la umbría de los bosques, en el terciopelo de los prados, sobre la arena de oro de las playas, al borde de las colinas redondeadas por las que bate la brisa cargada de efluvios de canela y ma-labar. Mi amor es ardiente e infinito, como un beso en el que se hubiese refundido la eternidad.

—¡Ay, Chivo, no te creo!

El Gato le ofreció la aristocracia de su alcurnia; el Perro la lealtad de su devoción; el Escarabajo las perfecciones de su industria; el Turpial las armonías de su arte; el Ganso le prometió una vida apacible y burguesa; el Caballo una existencia de deportes y agitación; el Ciempiés quiso convencerla de que uniesen sus riquezas, y así, casados ambos, llegasen a ser los animales más ricos del mundo; el Cucarachero, su pobreza, y con ella pan y cebolla.

—¡Ay, no, no! No me decido —decía la Cucarachita.

Estaba otra vez a punto de llorar.

Ratón Pérez no prometía nada. Hallábase quieto y callado, mirando a la Cucarachita sin mover ni la punta del rabo, y sus dulces ojos negros transparentaban una resignada melancolía.

—¿Y tú, Ratón Pérez, no me ofreces nada?

—Nada, Cucarachita Martínez —respondió con un suspiro—. ¿Qué podría ofrecerte? Hubiera sido para mí un sueño maravilloso casarme

contigo, y estar todos los días, todas las horas, todos los instantes, contemplándote en silencio como ahora. ¡Eres tan bella, Cucarachita Martínez! Habría sido un sueño de encantamiento sentir, toda la vida, cómo tu vida se enroscaba en torno de mi vida, igual que un rosal; y escuchar, una tarde y otra tarde, una mañana y otra mañana, cuando asomasen las nubes rosadas, o cuando titilasen las estrellas, o cuando centelleara el sol sobre la tierra amodorrada, tus carcajadas cantarinas que estallaban, tus gritos alegres y tus gestos de colegiala. Entonces hubiera podido inclinarme sobre tus párpados, cuidando, con religiosa ternura, de que el sueño te los cerrase poco a poco; y por la mañana, al momento en que te despertabas, permanecer todavía en acecho para descubrir, con un azorado júbilo de mi corazón, mi propia imagen que se había quedado impresa en tus retinas...

Hizo una corta pausa y añadió, más tristemente:

—Habría sido un sueño inefable, pero... ¿A qué hablar de estas cosas? Te he visto despreciar al Toro, que te prometía el poder, y al Canario, con su poesía, y al Gallo, y al Burro, y al Chivo. ¿Con qué ánimo me atrevería a hablarte?

El corazoncito de la Cucarachita Martínez latía con premura.

—Ratón Pérez: me voy a casar contigo —anunció de pronto.

De este modo se hicieron prometidos la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez.

Inmediatamente comenzaron los preparativos para las bodas. Era necesario hacer una fiesta suntuosa a la altura de los acontecimientos. Misia Rata estaba de lo más atareada. Con febril actividad púsose a limpiar la casa, a lavar los pisos y a pulir los muebles, y a colocar alfombras y adornos por todas partes. Hizo, además, una enorme torta,

con diecisiete velas rosadas que la Cucarachita tendría que apagar de un solo soplo.

—Eso te traerá buena suerte —le aseguraba—. Tu esposo te será fiel.

La Gallina trajo de regalo dulce de lechosa. La Cotorra mandó unos pastelitos bastante insípidos, pero ella aseguraba que eran *gateaux*. La Hormiga contribuyó con una jarra de chicha, que le costó poco, pero estaba muy sabrosa. La Cigarra, en cambio, echó la casa por la ventana: envió una cesta de botellas de champaña, que compró fiado en la licorería, y después quedó hipotecada por seis meses para poder pagarla. Y hasta la Gallineta y las cuatro Arañas contribuyeron con sus obsequios: unos exquisitos bienmesabes, la primera, y un azafate de merengues y suspiros las Arañas.

¡Esto nos faltaba! —rezongaba Misia Rata, secándose el sudor—. ¡A mis años tener que afanarme tanto por esta niña malcriada, que después no me lo va a agradecer!

A pesar de las lamentaciones, trabajó en tal forma que dejó la casa como un espejo. La noche de la fiesta los corredores y las galerías deslumbraban a los convidados, con sus lindas guirnaldas flotantes de columna a columna, entre las cuales el Cocuyo había multiplicado sus lucecitas de color. La noche estaba cálida y serena; el cielo, lleno de estrellas. De vez en cuando golpes de brisa mezclaban los perfumes de los jardines próximos y los aromas de los bosques lejanos, confundiéndonos. La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez estaban acodados sobre el alféizar de la ventana.

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero mucho.

—¿Me vas a querer siempre?

—Eternamente.

—¿No vas a querer nunca a ninguna otra?

—No tengo ojos más que para mirarte a ti.

—¿Como cuánto me quieres?

—Muchísimo.

—¿Como de aquí a esas estrellas?

—Sí, como de aquí a esas estrellas.

Las estrellas en el cielo contenían el aliento, escuchándolos. Varios viejos animales, muy sabios y muy honorables, que estaban reunidos estudiando las leyes que rigen las estrellas, se quedaron callados, pues les pareció que la brisa les había traído un retazo de la conversación. Así como un pordiosero que, al descubrir, en la noche, música y luz en una quinta, se acerca hasta la verja de hierro, permanece un rato contemplando con ojos tristes la fiesta, y luego se aleja poco a poco: del mismo modo la brisa se detenía de repente escondida en el hueco de la copa de un árbol; recogía temblorosamente sus palabras y después continuaba más despacio, saboreándolas con una vaga melancolía.

Dos ejércitos de animales que en ese momento se disponían a librar una gran batalla, se quedaron indecisos, atentos a la plática lejana; y más tarde, cuando entraron a combatir, lo hicieron a desgana, y sentían más hondamente que nunca el temor de perder la vida. La Tierra misma suspendió un instante sus movimientos de rotación en torno de su eje y de traslación en torno del Sol. Y hasta el Sol, y con él todo el sistema planetario, se detuvo, absorto, en su marcha vertiginosa hacia la remota Alfa de Hércules.

Porque desde que el Mundo da vueltas alrededor de sí mismo y alrededor del Sol, y el Sol y el sistema solar se deslizan por los espacios infinitos hacia el Alfa de Hércules, nunca, ni los sabios cuando resuelven los problemas, ni los generales cuando dan sus órdenes al iniciarse una

batalla, han pronunciado palabras tan importantes como aquéllas que decían la Cucarachita Martínez y Ratón Pérez.

A sus espaldas, las parejas enlazadas se dejaban arrebatar por la música que tocaban el Arrendajo con su arpa, el Cucarachero con su guitarra, el Sapo Compadrón con las maracas.

—¡Mala señal! Matrimonio bailado es matrimonio desgraciado —anunció con sibilante voz la Nigua.

Llegó la hora de la cena, y el chocolate fue puesto a hervir en una enorme olla. Misia Rata lo batía vigorosamente con el molinillo.

—¡Qué rico está! —murmuraba Ratón Pérez, inclinándose al borde del envase, mientras su naricita olfateaba con delicia el espeso aroma que emanaba del líquido apetitoso y humeante.

Misia Rata fue la primera en advertir el peligro que corría.

Ten cuidado —observó. No te acerques tanto a la orilla. Te puedes caer.

—¡Ah, qué rico está! —insistía Ratón Pérez, extasiado.

—¡Cuidado! —gritó de pronto la Cucarachita.

—¡Cuidado! —repitieron a coro todos los animales próximos volviendo la cara al oír la exclamación.

Era demasiado tarde. Ratón Pérez se había inclinado con exceso sobre el recipiente. Quizás los pesados vapores lo marearon al envolverlo. Púsose pálido de repente; vaciló; quiso agarrarse del borde de la olla, que estaba tan caliente que lo quemó; tambaleóse, y se desplomó dentro. Su esbelto cuerpo, vestido con la levita gris que se había mandado hacer para sus bodas, flotó por un segundo sobre la hirviente masa, y luego desapareció en sus profundidades.

—¡Cuidado! —habían proferido por segunda vez todos cuantos presenciaron la escena. Precipitáronse al borde de la olla, pero ya no se percibía rastro de Ratón Pérez.

—¡Ay! —sollozó la Cucarachita Martínez, y se desmayó.

Mientras el Comején y la Gallineta se ocupaban de ella, haciéndole aspirar de un frasco de sales, Misia Rata intentó en vano diversos expedientes para salvar al pobre infeliz. Quiso sacar su cuerpo con la espumadera, retiró sin tardanza la olla del fuego, se le ocurrió rociarla con agua a fin de que se enfriase con mayor rapidez. Era inútil: antes de que el denso líquido hubiese regresado a una temperatura razonable, ya el pobre Ratón habría tenido tiempo de morir mil veces de mil espantosas agonías.

—Parece el monstruoso cráter de un volcán lleno de lava en estado ígneo —comentó el Doctor Burro, contemplando filosóficamente la olla.

—No hay salvación. Ha muerto sin remedio —opinó el Perro.

—¡Pobrecito! ¡Tan simpático como era! —exclamó la Paloma.

—Eso le pasa por glotón —sentenció el Alacrán.

—¡Qué imprudencia! Acercarse tamo a la olla... —dijo la Araña Tetra-cauta.

—Lo envidia —suspiró el pobre Cucarachero—. Ha muerto con la boca, el estómago y hasta los pulmones llenos de un líquido caliente, oloroso y nutritivo. Ha fallecido de hartura, muerte la más envidiable y gloriosa; y allá en las beatitudes celestiales donde debe estar, no hay miedo de que vuelva a sentir jamás los apremios de la necesidad ni las torturas del hambre y de la sed.

—¿Qué hará ahora la pobre Cucarachita? —se decían todos.

La pobre Cucarachita se recobraba poco a poco de su vahído; miró en torno suyo con los ojos vagos; de súbito se incorporó, púsose de nuevo intensamente pálida, y clavó las interrogantes pupilas en Misia Rata.

—¿Dónde está...? ¿Se pudo salvar...? —balbuceó.

Los circunstantes pudieron observar cómo subía y bajaba su pecho con la angustia; cómo palidecía más aún, y creyeron que se iba a desvanecer por

segunda vez, cuando la Rata, sin ánimo para hacerlo de viva voz, le contestó que no con la cabeza.

A pesar de todo, no se desmayó. En medio de la general expectación se levantó lentamente. Requirió para ello el auxilio de Misia Rata y del Ciempiés, quienes se lo dieron de buen grado. Se acercó a la olla, y estuvo mirándola largo rato.

Misia Rata no pudo aguantar más:

—¡Se murió! ¿No lo ves? ¡Se murió! —estalló—. Desapareció en el fondo. Desapareció para siempre. ¡Pobrecito! ¡Tan bueno como era, y tan simpático! ¡Y tanto que te quería! ¿Ahora de qué te sirve que te haya querido? Se acabó... Se murió...

Tenía una especie de exaltación nerviosa.

—¿Ahora de qué te sirve tu medicito, de que te sirven todas tus riquezas? Se acabaron. Todo se acabó. ¡Maldito medicito! Sólo zozobras y desgracias nos ha traído a todas. Tan felices que vivíamos, y tan tranquilas... Desde que lo encontraste, no ha sido más que mortificaciones, y andar para arriba y para abajo como condenadas, y gente que va, y gente que viene, y no gana una para afanes y preocupaciones. ¡Ojalá que nunca te lo hubieses encontrado!

—Dice usted verdad. Los bienes terrenales no traen como consecuencia más que sinsabores —prorrumpió el Doctor Burro.

—Ya quisiera yo unos cuantos de esos sinsabores —manifestó el Cucarachero— con tal de que me quitasen los sinsabores de la pobreza.

—Hablas por hablar y porque no tienes experiencia de la vida —le repuso la Gallineta—. Ya ves el ejemplo de la Cucarachita: con todas sus riquezas, ahora ha perdido a su Ratón Pérez.

—Él se hubiera casado con ella de todos modos, porque el Ratón Pérez no veía en la Cucarachita Martínez su dinero, sino lo que ella misma

vale —reflexionó Misia Rata—. El matrimonio hubiera sido modesto, sin invitados y sin chocolate, y Ratón Pérez no habría corrido el riesgo de perecer ahogado.

—En lo que toca a las invitadas, supongo que no te quejarás —replicó al instante la Araña Tetracauta—. Tienes aquí reunida en tu casa a la élite de nuestra sociedad.

De improviso, Misia Rata se volvió a ella, hecha una furia:

—Sí, rugió—. La élite... La élite... ¡Valiente élite! Ustedes son quienes tienen la culpa de todo. Ustedes son el cortejo de desdichas que nos ha traído la riqueza. Ustedes son quienes lo mataron.

En su excitación, no reparaba en la injusticia de sus incriminaciones.

—¡Ay, Dios mío: qué horror! Ahora nos insulta en su propia casa —gimió escandalizada la Gallina, y fue a ponerse su sombrero y su abrigo para salir sin pérdida de minuto de aquel antro de perdición. Lo mismo hicieron todos los convidados.

—Sí, ustedes son los que lo mataron —vociferaba Misia Rata—. No sé cómo se nos ocurrió a la Cucarachita y a mí invitarlas.

Las persiguió con denuestos hasta la puerta, allí continuaron por largo espacio enzarzadas en su ruidosa discusión.

Con sus explosiones de furor y los alardes de condolencia, en otros, contrastaba el austero silencio de Cucarachita Martínez. Siempre muy pálida, casi sin pestañear, parecía no prestar atención a cuanto ocurría en su alrededor. Por último, sin pronunciar una sola palabra, se alejó lentamente.

La Cucarachita Martínez se retiró a hacer vida monástica. En lugar de sus galas y de sus lacitos azules, vistió oscuros hábitos y empleó su fortuna en obras de misericordia.

Por eso, ustedes la ven sólo muy de cuando en cuando. Aparece de noche, o al atardecer: siempre en silencio, y siempre en sus tocas pardas,

recorre furtivamente caminos solitarios, y se esconde con rapidez cuando la sorprenden miradas extrañas.

Y el sol, al acercarse al poniente se tiñe de violeta, y solloza; las aguas murmuran tristemente, despeñándose en la cascada sobre negros pedruscos; las nubes se encapotan con matices sombríos, preñados de lluvia; el cielo antes claro comienza a llover gotas melancólicas y pausadas, como lágrimas; los bambúes se estremecen, exhalando sonidos plañideros; y las flores amarillas del campo tienen una escarapela de luto en el corazón, y se llaman claveles de muerte.

Porque Ratón Pérez se cayó en la olla, y la Cucarachita lo siente y lo llora.

Los Flamencos

—¡Uf, qué horror! ¡Así se brega! Todo el santo día por esos breñales del demonio, donde no crecen más que ñaragatos y cardones, y no se consiguen más que garrapatas. Bonito trabajo el que usted me ha encomendado, mi querido Doctor Oso Frontino. Y lo peor de todo es que después ha de salir algún periodista por ahí, como el tal Pica-y-huye, negando nuestros patrióticos esfuerzos.

Con el delgado foete que llevaba en su mano ensortijada, el Matacán se sacudió el polvo de las elegantes botas de montar, a la moda inglesa, de sus pantalones de pana y de su chaqueta moteada; tendióse con un gesto de fatiga en la cómoda poltrona de suave cuero verde; y estiró las piernas.

—¡Qué delicia la de poder sentarse de nuevo como gente decente! —suspiró—. ¿No tiene usted por ahí un poco de *whisky and soda*, mi querido Ministro? No se consigue por esos andurriales ni un trago para refrescar el gaznate; y si se acerca uno al rancho de cualquiera de esos indigentes y solicita qué beber, salen a ofrecerle una totuma de un líquido viscoso que revuelve el estómago. ¡Uf, qué asco!

El Oso Frontino se encendió en cólera. Le sublevaba que el Matacán, su inferior jerárquico, le hablase con tanta familiaridad. Sin

embargo, se levantó y fue a servirle la bebida. El Matacán estaba tan bien recomendado...

—Cualquiera creería que, en verdad, ha pasado el día hendiendo espesuras y tramontando montañas impenetrables — murmuró por lo bajo el Camaleón—. Apuesto a que viene de una cabalgata por las afueras de la ciudad en compañía de la Cantárida, la Macaurel o la Guacamaya Rosada...

—¿Eh? ¿Eh? ¿Cómo dice? No le he oído bien —contestó el Pájaro Bobo, levantando el semblante, de expresión melancólica, de un voluminoso legajo que tenía sobre las rodillas. Estaba distraído estudiando este expediente relativo a la manera anticientífica como siembran nuestros labriegos. Yo creo imprescindible el que se promulgue una ley coercitiva...

—¡Bah! Leyes, leyes, leyes... —interrumpió, desdeñoso, el Coronel Caricare—. ¿Cree usted que con sus papeluchos y sus expedientes va a remediar nunca la situación? Aquí lo que se necesita es que los animales trabajen.

—Mi coronel: las leyes son la garantía de las instituciones —le replicó el Pájaro Bobo, amoscado.

—Las leyes son el reconocimiento, por parte de la comunidad, de que existen seres superiores —opinó lánguidamente el Cigarrón—. Para que una ley exista es necesario y suficiente que se encuentre alguien capaz de infringirla, y en la misma medida en que se la viola, se le considerará personaje histórico.

—Lo que dice el Caricare es verdad: aquí nadie quiere trabajar —dijo con un bostezo el Caparro, que dormitaba en su butaca—. El venezolano es holgazán por naturaleza. Se tumba boca arriba a esperar que los mangos le caigan en la boca, y cuando le apremia la necesidad prefiere morir de hambre a trabajar.

—Yo preferiría morirme de tristeza, a trabajar —dijo el Cigarrón—. El trabajo es una aberración. El trabajo es propio sólo de la lastimosa condición de los hombres, y traiciona su naturaleza superior el animal que trabaja.

—Yo trabajo desde las cinco de la mañana hasta la una de la noche —le atajó el Oso Frontino, y volvió a enrojecer de furor—. A ver, a ver, señor Ya-acabó, busque usted ahí en el récord: ¿a qué hora entré yo esta mañana a la oficina?

—El Señor Ministro entró esta mañana en la oficina a las siete horas, trece minutos, doce segundos *ante meridiem* —respondió el Ya-acabó, leyéndolo en una tarjeta llena de agujeritos que sacó de una arqueta.

—¿Y a qué hora dejé la oficina anoche?

—El señor Ministro dejó anoche la oficina a las once horas, treinta minutos, diecisiete segundos *post meridiem*.

—¿Ya lo ven? ¿Ya lo ven? —dijo ufano el Frontino.

—¡Qué insensatez! No en vano lo llaman a usted también el Salvaje —comentó el Cigarrón—. ¿Y se puede saber, mi querido amigo, en qué ha gastado usted tan lastimosamente un tiempo que pudiera haber dedicado a gozar de las horas serenas de la ociosidad, o a frecuentar el dulce trato de las damas?

—Hemos hecho una investigación acerca de las condiciones alcalinas de los terrenos de las sabanas —respondió el Frontino—. Hemos investigado el efecto terapéutico de la tuatúa para las enfermedades de la piel. Hemos modificado el aparte tercero del ordinal noveno del artículo trigésimo del capítulo segundo del reglamento interno del Instituto Superior de Xilografía Comparada, recientemente fundado. Hemos elaborado el programa para concurrir al Sexto Congreso Internacional de la Clorofila. Hemos dado orden para la recolección de zoófitos en las lagunas de los terrenos cuaternarios. Hemos... Hemos...

—Dígame una cosa, amigo Frontino: ¿y en qué paró el asunto ese de la tuatúa? ¿Tiene, en realidad, algún efecto sobre los males de la piel? —preguntó el Caricare, verdaderamente interesado en la cuestión porque, en los últimos tiempos, siempre que comía demasiado, le salían erupciones en las axilas.

—Ninguno —confesó, bajando la cabeza, el doctor Oso Frontino.

—Ninguno. Todo es inútil. Todo lo que hacen carece de resultados positivos —susurró venenosamente el Camaleón al oído de su vecino.

Aquella declaración aplastó por un rato el entusiasmo de la asamblea; pero lo reavivó pronto el juvenil Matacán, quien, con su foete en la mano, les arengó:

—Sí, sí: es preciso trabajar. Es preciso trabajar muy duro, sin desmayos. Es necesario que sacrifiquemos nuestra juventud, y que consagremos nuestras energías, nuestra ciencia y nuestro talento a la salvación de la patria.

—Trabajar, trabajar... —rezongó el Camaleón—. Muy bonito en términos generales, pero, hablando en plata, ¿trabajar en qué? Convéznase, amigo: este país no tiene remedio. Usted mismo lo ha dicho: la tierra no produce más que ñaragatos y cardones, y gentes malagradecidas.

—Lo mejor es emigrar para siempre —declaró el Caparro—. Yo de mí debo decir que tengo pensado el ir a radicarme a París, donde ya compré un *chalet* en el Bosque de Bolonia.

—No, al contrario: lo que necesitamos es inmigrar, traer inmigrantes, mucha gente, muchos animales, brazos que nos trabajen la tierra —opinó el Pájaro Bobo.

—Es cierto, pero que sean animales finos, animales rubios insistió el Matacán—. Lo que pasa en Venezuela es que hay muchos animales de color oscuro: mucho cachicamo, mucha lapa, mucho chigüire, mucho mono.

—Le diré, compañero —saltó el Caparro, ofendido con la última expresión—. Conozco mucho animal moreno que vale infinitamente más que los de pelo rojizo.

—Desde hace algún tiempo —continuó el Matacán, sin hacerle caso— vengo estudiando un proyecto de inmigración de flamencos que les asombrará. En cuanto lo termine, voy a proponérselo a Tío Tigre.

—¡Maravilloso! —expuso el Cigarrón—. No se puede negar que los flamencos tienen un estilo de innegable estupidez. Dentro de cincuenta años todos nos habremos estupidizado en Venezuela, y entonces no tendremos ni posiciones grotescas, ni figuras deformes, ni ademanes antiestéticos, porque es cosa sabida que la estupidez es estatuaría.

—¡Inútil, inútil! —profirió el Camaleón—. Dentro de cincuenta años los flamencos habrán cambiado de color, como cambio yo, como cambia todo el mundo en este clima, y entonces serán tan antiestéticos y grotescos como el cachicamo. Este país no tiene remedio.

—Esta tierra es agria, arisca, desconfiada y terrible, como una virgen brava, pero, al mismo tiempo, ¡cuán dulce es, cuán hermosa, cuán seductoramente irresistible, también como una virgen brava, cuando se la ha conquistado! —decía en esos mismos momentos el Mono Titi a sus compañeros—. Hermanos: el gozo intenso y hondo reside en la conquista. Nada vale lo que nada nos cuesta. Mañana, temprano, con la nueva alborada, tomaremos nuestras herramientas y nos iremos cantando a descerrajar el áspero corazón de la tierra. Forzaremos las puertas de valles recónditos, lejos, más allá del límite a donde llegan las palabras y donde se detienen las leyendas. Desgarraremos túnicas de neblinas rosadas, pálidas, anaranjadas. Entraremos en el seno de oscuras hondonadas, gritando salvajemente en medio de un rubor de niña desvestida y un temblor de templo pisoteado. Aventaremos a todos lados con nuestros dedos diestros la lluvia certera de las semillas, hábiles en introducirse en la caliente ma-

triz. Y más tarde, cuando ella, vencida, se nos doblegue en frutos, hondo será el placer de haber hecho nuestra la tierra.

Los monos titís le contestaron a coro:

Y mañana, temprano, con la nueva alborada,
nos iremos cantando, con los hierros al hombro
a cumplir hondamente otra nueva jornada.

Cantando todos juntos, en medio del asombro
fresco de la cañada. Y por ¡a tarde, cuando
cabal como una hija nos quede la tarea,
con los hierros al hombro volveremos cantando
al hogar que se alumbra, a la sopa que humea,
a la esposa que cose y al hijo que gatea.

—Écheme acá un trago, compadre Cachicamo, y sírvales a todos los muchachos —concluyó su jefe.

Pero esta escena no tenía lugar en un gabinete de cortinajes de brocado, como la asamblea anterior, sino en la humilde pulpería del Cachicamo, donde los animales se reúnen a tomarse un trago después de trabajar.

—Mal día mañana para salir al campo —observó el Araguato—. Va a llover.

—Todos los días está lloviendo —rezongó el Abejarrón—. Ya no se puede vivir.

—¿Y qué, compadre, le parece malo que llueva? —inquirió el Sapo Compadrón, quien jugaba una partida de dominó con el Escarabajo, el Comején y el Oso Melero.

—Este año los nortes han sido muy fuertes —dijo el Alcaraván, examinando el cielo. El Alcaraván tenía fama de meteorólogo.

Sacóse el Escarabajo la pipa de la boca, lanzó un escupitajo de saliva amarilla y tabacosa, y murmuró:

—No se va a poder sembrar papas.

—¿Papas? ¡No juegue! ¡Ojalá fueran papas solamente! —replicó el Oso Melero—. A los cebollales les ha caído candelilla. El jugo de las palmas no sabe a nada. La tierra está toda aguachinada.

Se inclinó sobre la mesa, estudió atentamente el caprichoso dibujo que formaban las piezas, se llevó una pieza de dominó al lado de la sien, como para infundirle por algún sistema de sugestión el poderoso trabajo de su cerebro, así como su invencible voluntad de ganar.

—¡Tranco! —dijo de repente.

Y colocó con ruido el cuatro-seis.

—Los caminos están intransitables —continuó el Ratoncito Arriero—. Los arreos se atascan donde quiera, y no es posible vadear las quebradas crecidas.

—A mí me cuesta doble trabajo tumbar los árboles —se quejó el Pájaro Carpintero.

—La tierra es algunas veces dura para el que la tiene que trabajar —dijo el Puerco-espín; se rascó un muslo, pensó en refunfuñar algo más y gruñó entre dientes, en efecto, cosas ininteligibles; pero prefirió darle una chupetada a su tabaco y seguir dormitando.

—Sí, pero hay que trabajarla —exclamó el Comején—. Por más que llueva, haga sol, haga frío, por más que sea dura: hay que trabajarla.

—La tierra no es dura —insistió el Mono Tití—. La tierra es dura, pero es hermosa y fecunda. El que la trabaja, la llega a querer y tiene su recompensa.

—Y es nuestra tierra —declaró Tío Conejo.

Como si encerrasen una trascendencia mayor que la aparente, estas palabras pusieron punto final a la conversación. Todos quedaron silenciosos. Durante largo rato no se oyó más que el choque de las piezas de dominó sobre la basta madera de la mesa, o el ruido que hacía a través de la garganta del Alcaraván un vaso de aguardiente que se tomaba. Por encima de ellos, el viento empujaba espesas nubes negras por sobre un cielo pesado y hostil, semejante a la puerta de una cárcel. La tierra sensitiva se estremecía, llena de confusos presagios. Y por encima de aquella tierra, a lo ancho de la inmensa Venezuela, henchida de ciclópeas energías que no acertaban a traducirse, mañana irían de nuevo a hundir oscuramente sus afanes anónimos estos animales silenciosos, en su laborioso empeño cotidiano de hacerla más dichosa y mejor.

La idea del Matacán, de una inmigración de flamencos, prosperó. De entre quienes le prestaron un apoyo más efectivo debe citarse al Profesor Mochuelo. Inclinado al oído de Tío Tigre susurró:

—Eximio jefe: fíjese que los flamencos son los mejores soldados de Europa. Son los más disciplinados, los más aiosos, los más marciales. Nos servirían para formar bellísimas tropas.

Tal argumento decidió a Tío Tigre. Repantigado en el sillón y con las manos cruzadas sobre el vientre, ya se veía a sí mismo en una próxima parada, el busto lleno de cordones, de cintas y de condecoraciones, un reluciente espadín al cinto y gruesas charreteras sobre los hombros, caracoleando a la cabeza de sus flamencos delante de la tribuna desde donde la Culebra Sobadora, la Cantárida, la Garza Morena y hasta la Guacamaya Rosada, estarían aplaudiendo sus arrestos. No habían transcurrido muchas semanas cuando los primeros inmigrantes desembarcaban en el país.

—¡Oh, qué buenos mozos son! —decía, desbordada de admiración, la Culebra Sobadora—. Parecen héroes de película.

—A mí lo que me gusta —confesó la Zorra— es esa galantería de que hacen gala. Le besan a una la mano, y todo cuento. Yo creo que así han debido de ser los duques y marqueses, ¡ay!, cuando todavía había duques y marqueses en el mundo.

—Menos mal que todavía quedan algunos caballeros bien educados en el mundo —expresó Doña Pava del Monte.

—Todos los extranjeros lo son —informó la Guacharaca—. ¡Qué diferencia con los venezolanos! ¿Te imaginas, mi querida Pava del Monte, a un grupo de morrocayos desfilando por ese banco de sabana, a la luz de ese sol de atardecer, con la arrogancia con que lo hacen los flamencos? Verdaderamente, chica, yo te digo una cosa: hasta vergüenza le da a una muchas veces admitir que es venezolana.

—Me encantan los flamencos —declaró la Garza Morena—. Me fascinaría que un apuesto flamenco me raptase.

Y Doña Pava del Monte, a nombre de todas las damas de la sociedad, les llevó un ramo de flores.

—Flores nuestras, corolas encendidas en fragancia y en color —dijo el Azulejo, a cuyo cargo estuvo el discurso de orden en tan memorable ocasión—. Coruscantes primicias de nuestros vergeles abrileños, la más preciada ofrenda, prestigiada doblemente por la euritmia de las manos que os la brindan y por su procedencia del florido pensil de nuestros jardines. Sean esas flores como anuncio feliz, dándoos la bienvenida a la tierra que venís a tonificar con vuestra vigorosa sangre nueva...

Pero, a decir verdad, muy pronto su presencia constituyó una carga. Fuera de pasearse en escuadras de ocho o diez, o de lanzar, al borde de las lagunas, voces nada armoniosas, ninguna aptitud demostraban los flamencos. Sentábanse a las mesas de los hoteles y *cabarets* de lujo, pe-

dían manjares, licores y cigarrillos finos, y mandaban cargar todo lo que consumían a cuenta del tesoro de los animales.

—Si siquiera supieran sembrar papas... —gruñía Tío Tigre, muy disgustado.

No hubo más remedio que adoptar lo que había sugerido el Profesor Mochuelo: se les enganchó en el ejército; pero, a todas éstas, el problema de la agricultura seguía en pie.

—El Doctor Oso Frontino ha demostrado la más absoluta falta de competencia —no cesaba de murmurar por doquiera el Camaleón, quien ambicionaba el cargo de ministro de agricultura, desempeñado por aquél—. El tal plan de inmigración resultó un fiasco completo.

Temeroso de perder su empleo, el Frontino echó mano de aquel proyecto, antes menospreciado, que emitió el Pájaro Bobo en la célebre reunión antes descrita, y fue a exponerlo a Tío Tigre:

—Se trata —dijo— de una ley coercitiva que regulariza la fundación de conucos y prohíbe la tala de los bosques.

—¡No, no, no! Más proyectos no. No me quiero meter en ninguna clase de proyectos —le contestó de un modo abrupto el personaje.

Pero esta vez volvió a intervenir el Profesor Mochuelo con sus juiciosas y respetuosas reflexiones.

—Un instante, mi grande jefe, perdone usted que no sea enteramente de su parecer, pero creo que el asunto que propone el doctor Oso Frontino debe ser examinado con mayor atención —manifestó—. Con su permiso, ¿dice usted, señor Ministro, una ley para prohibir la tala de los árboles?

—Sí, señor —contestó el Salvaje, y se agarró de esta última esperanza de salvación.

—Estimo, magnífico jefe, que sería conveniente que la estudiáramos —opinó el Mochuelo.

Tío Tigre se quedó mirándolo con desconfianza.—¿Qué tendrá dentro del buche este chupatintas? —se preguntaba.

Pero los ojos del Profesor Mochuelo fulguraron con inteligencia detrás de los espejuelos.

—¿Sigue usted, mi jefe, tan... tan enojado con Tío Conejo? —le interrogó.

—Desde luego que sí —bramó Tío Tigre—. Tío Conejo es un bandido.

—¿Y no recuerda usted el oficio de Tío Conejo?

Tío Tigre hizo memoria.

—Sí, carpintero —murmuró, pero no daba con la relación que esta circunstancia podría tener con el asunto de que se trataba.

—Exacto: carpintero —explicó el Profesor Mochuelo, y su delgada boca se distendió en triunfal sonrisa—. Para hacer sus muebles, necesita madera. Para tener madera, necesita tumbar árboles. Todos sabemos que, junto con su ayudante, el Pájaro Carpintero, suele ir al bosque a derribar los árboles que requiere. Pues bien, si se incluye en la ley un articulito, un pequeño artículo que...

Se interrumpió, se aproximó al oído de Tío Tigre, y allí continuó hablando en voz baja. A medida que adelantaba, los ojos de su jefe iluminábanse.

La ley fue aprobada, y el Doctor Oso Frontino, que continuó en su puesto, le hizo un espléndido regalo al Profesor Mochuelo.

Como de costumbre, el Camaleón, tan pronto supo la noticia, fue a soplarla a la pulpería del Cachicamo; pero ya era demasiado tarde. Allá lejos, en la cumbre de las montañas, los monos titís se habían derramado sobre la vasta selva. El Escarabajo derribaba una ladera de monte

donde pensaba sembrar un conuco. El Puerco-espín ya tenía hecha una roza. Los ratoncitos arrieros andaban alegremente, por esos caminos de Dios abiertos al alegre sol, acarreando leña. Un cielo dulce se desperezaba encima de ellos. El Alcaraván contaba las nubes opalinas, a ras del horizonte, como copos de espuma que nadasen en la atmósfera cristalina, y estudiaba el movimiento del aire para deducir la duración del veranito y la intensidad de las lluvias por venir. El Erizo llamaba para el ordeño, cantándole a sus vacas:

Estrellita, Estrellita,
Estrellita de Belén.
Parapara, Parapara,
Parapara, ven también...

—¡Ija! —resonaba, en algún punto, una voz tan juvenil como un tónico.

Parado delante de un hermosísimo apamate, Tío Conejo lo cubicaba con la vista.

—Tenemos que hacerle un juego de escritorio al Doctor Caimán —decía—. Consiste en un escritorio, la silla para el escritorio, un diván, dos poltronas, una mesita para los cigarrillos y dos escaparates de cristal para los libros. Él quiere que sea de estilo vanguardista. ¿Qué entenderá el Caimán por estilo *vanguardista*?

—¿Y le va a hacer un juego de escritorio de apamate? —le contestaba el Carpintero—. No, compadre: véngase acá, hasta la loma que está detrás de esa fila, que allí vi yo la semana pasada un caobo grueso así, y tres veces más alto que este apamate. Le aseguro que de ese solo caobo le sale el juego de escritorio, y le puede hacer de ñapa, si quiere, una repisa para sus instrumentos de cirugía.

—¿Ñapa? ¿Al Caimán? ¡Una docena de municiones en la barriga no digo que no!

Ambos proseguían adelante, riendo.

Todos ignoraban que, junto con el cielo azul, junto con el aire diáfano y con las nubes como espuma con las que contaba el Alcaraván para adivinar las amenazas de la tempestad, pendía ahora sobre sus quietas vidas inocentes la existencia nueva de una ley.

El primer aviso de ella fue una conminación pronunciada en voz alta:

—Eh, amigo: ¿qué hace usted ahí?

Ambos se volvieron, sorprendidos. Frente a ellos aparecían Tío Tigre con su uniforme nuevo, el Profesor Mochuelo con las manos en los bolsillos y una guardia de flamencos con los fusiles en descansén.

—¡Guá! Tumbando un árbol —respondió Tío Conejo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Con que tumbando un árbol? ¡Qué bonito! ¿verdad?

Tío Tigre se les acercaba poco a poco, gozando a sorbitos de su victoria.

—¿Con que tumbando un árbol? —dijo de repente con tono autoritario—. ¿Y usted cree que puede estar tumbando árboles impunemente, sin ton ni son? ¿Usted no conoce la ley? Pátese esto por la vista.

Y alargó un papel a Tío Conejo.

—Pero, señor, esas disposiciones son nuevas. Nosotros ignorábamos que...

—La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento —le interrumpió el Profesor Mochuelo.

Y sin dar tiempo a mayor conversación. Tío Tigre se volvió a sus subordinados y les ordenó con voz firme:

—Amárrenlos a los dos. Están presos.

Un par de minutos después, la comitiva regresaba a la ciudad.

Entre las esferas superiores de la sociedad, fue Ña Guacharaca quien regó la noticia.

—¿No saben ustedes? Tío Tigre ha salido con sus flamencos a buscar a unos delincuentes que estaban derribando árboles en el bosque. Seguramente llegarán con ellos dentro de una hora.

—¿Y los traerán amarrados y todo, como a los bandidos de las novelas? —interrogó la Cantárida con mal contenida alegría.

—Ya lo creo: son unos facinerosos —manifestó Doña Danta.

—¡Qué bueno! —palmoteo la Zorra—. Lo que soy yo no me pierdo ese espectáculo. He leído en mis libros de Historia descripciones de las entradas triunfales de los emperadores de la antigüedad. La entrada de Tío Tigre dentro de una hora será una cosa parecida. Siempre deberían apresar algunos animales para realizar entradas triunfales con cierta frecuencia: su contemplación tiene que ser edificante.

No había transcurrido aún la hora indicada por la Guacharaca, cuando las dos aceras de la calle por donde entraría Tío Tigre estaban ya cubiertas por una muchedumbre compacta e impaciente, que se apiñaba en espera del acontecimiento.

—¿Pero no te parece, querida Zorra, que lo natural es que nosotras estuviésemos provistas de palmas y ramos de flores para saludar al vencedor? —interrogó la Culebra Sobadora—. ¿Qué has leído tú al respecto en tus libros de Historia?

—Eso depende —dijo la Zorra—. Había diferentes categorías de entradas triunfales. Cuando se regresaba de una expedición a países extranjeros...

Y se engolfó en una larga y tediosa explicación.

—Caramba! ¡Cuánto tardan! —murmuraba en otro grupo la impaciente Macaurel.

—¿Les habrá sucedido algo? —aventuró, con los ojos muy abiertos, la Marimonda.

—Todo es posible. Esa expedición no deja de ofrecer peligros —confesó, con un tono de suficiencia, el Coronel Querrequerre.

—¡Ojalá que no traigan ningunos prisioneros! —suspiró de pronto la Zamurita.

—Por el contrario, ojalá que los traigan —advirtió el subteniente Basilisco, atusándose el bigotico—. Si, por desgracia, le hubiese ocurrido algo a nuestro eximio comandante, tendríamos que ejercer represalias, nos llamarían al frente, movilizarían todas las clases de los animales, y, en una palabra, sería la guerra.

—La guerra es muy hermosa —exclamó la Garza Morena—. Me encantaría que un bravo guerrero me raptase.

—La guerra es un horror —refunfuñó, irritada, la Iguana—. No me explico qué aliciente pueden encontrar en escenas tan horribles como éstas. Vean esa multitud que soporta pisotones y apeñuscamientos sólo por gozarse en ver a unos semejantes suyos a quienes traen presos. ¿No es odiosa y vituperable su curiosidad?

Y, habiendo dicho eso, empujó con los codos a la Pereza y a Doña Pava del Monte, a las que tenía de lado y lado, para abrirse un puesto en la primera fila.

—Los animales gustan de las farsas en que se representan a sí mismos terribles, con lo cual se figuran tener valor, y crueles, lo que les hace creer que tienen fuerza —dijo el Cigarrón—. Es una ficción encantadora.

Imaginándose aquella expectativa que su hazaña habría despertado en la ciudad, y el recibimiento triunfal que se le tributaría, Tío Tigre regresaba muy ufano, a la cabeza de la expedición. Detrás de él marchaba el Profesor Mochuelo; después los dos prisioneros, escoltados por un piquete de flamencos, y por último el grueso del destacamento, que se pavoneaba con sus vistosos uniformes.

Tío Conejo y el Pájaro Carpintero andaban en silencio.

—Bueno, esta vez nos embromamos —dijo, al cabo de un buen rato, el primero de los dos—. Ahora nos aplicarán la ley, e iremos a dar con nuestros huesos por lo menos por un par de años a un calabozo, por estar tumbando caobos sin permiso. Bien merecido lo tenemos.

—Pero, para que tú veas —agregó un par de minutos más tarde—. No hay mal que por bien no venga. Toda esta desgracia la doy por bien servida con el gusto que estoy disfrutando. Un placer tan grande recompensa de todos los sufrimientos que podamos encontrar en la cárcel.

El Pájaro Carpintero levantó, asombrado, la cabeza, a punto de preguntarle a qué se refería; pero se contuvo al observar el rápido guiño de su compañero. Tío Tigre enderezó la oreja, y aunque desconfiaba celosamente de cuanto pudiese hacer o decir su antiguo adversario, no pudo menos de seguir escuchando lo que conversaba.

—Toda mi vida estaré recordando este día como una fecha inolvidable —continuó Tío Conejo—. ¿No te parece a ti lo mismo?

—Ya lo creo: una fecha inolvidable —replicó el Carpintero, coligiendo ya que alguna estratagema urdía su camarada.

—El día extraordinario en que, al mismo tiempo, y por virtud de un extraño capricho de la suerte —continuó aquél, con voz cada vez más alta— hemos sufrido una de nuestras mayores desventuras y saboreado una de nuestras más completas satisfacciones.

—De las satisfacciones más completas: es cierto —asintió de nuevo el Carpintero.

—Alguna bellaquería nueva de Tío Conejo —se repetía mentalmente Tío Tigre—. No le haré caso.

—Yo te garantizo una cosa: por tristes y desamparados que nos hallemos en cualquier ocasión en el fondo de la húmeda y oscura mazmorra

que nos aguarda, bastará el recuerdo de este acontecimiento tan grandioso para que se nos disipen al instante las mortificaciones hasta el punto de sentirnos más alegres que los animales más libres.

—Más alegres que los animales más libres: eso es la verdad —dijo el Carpintero.

Tío Tigre no pudo contenerse más.

—Bueno, ¿y de qué es que ustedes vienen conversando? —preguntó—. ¿Cuál es la satisfacción tan completa y el acontecimiento tan grandioso que usted dice, Tío Conejo?

—¿Cómo, Tío Tigre, y no lo adivina usted? —interrogó Tío Conejo en el límite extremo de la satisfacción—. ¿Es posible que no lo lea en nuestros ojos y no lo comprenda en nuestros rostros radiantes?

Tío Tigre se limitó a observarle, mohíno, pero intrigado. Tío Conejo dejó transcurrir algunos minutos con el objeto de desesperar su curiosidad.

—Contemplarle a usted al frente de su escuadrón de flamencos, ¿no es acaso una de las felicidades más extraordinarias a que puede aspirar un animal decente? Una escena tan soberbia basta para causar la dicha de toda la vida. En medio de la montaña impenetrable, contra el fondo oscuro del follaje, húmedo todavía por el rocío matinal, los tonos dorados de su brillante guerrera y los atavíos blancos y rojos de sus marciales flamencos componen una maravillosa sinfonía de colores, que nunca olvidaré. La apostura arrogante que le distingue a usted, la majestad, la soltura que caracterizan cada uno de sus ademanes, nunca se podrán apreciar mejor que en estos momentos incomparables en que aparece usted a la cabeza de su ejército. Hasta nuestra desaliñada presencia redundante en favor de la armonía total del cuadro, pues viene a agregarle la nota de la víctima derrotada y del trofeo conquistado que redondea la gloria de un general. Es una fiesta de la vista, y se

debe considerar afortunado aquel que, como nosotros, ha tenido el honor de presenciarla.

Una oleada placentera inundó el rostro de Tío Tigre. Sintió que su pecho se ensanchaba, y que sus labios se entreabrían de modo inconsciente en agradable sonrisa.

—Para que usted vea: el tal Tío Conejo podrá ser un costal de maldades —reflexionó para sus adentros— pero no cabe duda de que tiene sus lados buenos.

Durante corto espacio caminaron en silencio. Tío Tigre continuaba riéndose a solas.

—¡Qué lástima que Laura Jacinta no vaya a tener oportunidad de admirarle en estos solemnes momentos! —suspiró de pronto Tío Conejo.

Tío Tigre quedó desconcertado.

—¿Quién es Laura Jacinta? —preguntó, con vivísimo interés.

—¿Cómo? ¿Laura Jacinta? ¿Dice usted que no sabe quién es Laura Jacinta?

Tío Conejo lo miró de medio lado con expresión suspicaz.

—No. Me resisto a creerlo. Sería una enorme ingratitud de parte suya —murmuró.

Y como Tío Tigre continuase negando, mientras su semblante era espejo de los confusos y contradictorios pensamientos que batallaban en su interior, prosiguió:

—Laura Jacinta: la más bella, la más dulce, la más graciosa de todas las mónitas titís que han existido desde que las mónitas titís tienen fama por su belleza y por su gracia...

De improviso se aproximó a su oído, sin que el otro pensase en detenerle, y cuchicheó:

—Está perdidamente enamorada de usted.

Una nueva y más amplia sonrisa iluminó el rostro de Tío Tigre.

—Y ojalá fuera Laura Jacinta solamente —insistió Tío Conejo—. Es Teresita, también, y es Ana Amalia, y es Consuelo, y es María del Pilar; y, prácticamente, todas las muchachas bonitas del pueblo de los monos titís las que están locas por usted. ¿No lo sabía, mi querido Tío Tigre? ¡Caramba, qué desdeñoso y qué indiferente! ¡Cómo se conoce que no son los corazones apasionados los que faltan en su existencia de proezas y victorias!

—La verdad es que no se puede quejar uno —convino Tío Tigre, relamido de gusto—. Tengo suerte en amores.

Anduvieron otro trecho en silencio. El profesor Mochuelo los venía observando con visible inquietud. De pronto Tío Tigre, con la lentitud mental que le caracterizaba, preguntó:

—Bueno, ¿y por qué no puede estar Laura Jacinta en la ciudad viéndonos cuando entremos?

—Ah, sencillamente porque los monos titís se encuentran en estos momentos en la sierra haciendo una fundación. Por casualidad, es por aquí cerca, en la Loma del Viento; pero si seguimos directamente a la población no pasaremos por allí.

—¿Y queda muy lejos eso?

—No —contestó Tío Conejo—, apenas a la distancia de una carrera de Pereza.

Tío Tigre siguió reflexionando. En las gruesas arrugas de su entrecejo echábase de ver el laborioso trabajo de su cerebro.

—Precisamente, ésta es la bifurcación por donde se llega hasta la Loma del Viento —advirtió Tío Conejo más adelante.

Un senderito estrecho se perdía en medio del bosque, ascendiendo hacia alturas mayores de la montaña.

—¡Alto! gritó al punto Tío Tigre; y cuando los flamencos se hubieron detenido, asombrados, el jefe explicó—: por aquí, a la izquierda. Vamos a desviarnos un poco y llegaremos hasta la Loma del Viento.

El Profesor Mochuelo, cuyos recelos iban manifiestamente en aumento, se le acercó y le dijo:

—¿Hasta la Loma del Viento? ¿Y con qué objeto?

—Me interesa darle una ojeada a la fundación que en ella están haciendo los monos titís —respondió Tío Tigre.

Entonces, obedeciendo a su desconfianza, el profesor Mochuelo dio un paso al cual nunca se hubiera arriesgado en condiciones normales.

—Apuesto a que eso se lo metió en la cabeza Tío Conejo —murmuró, con grave detrimento del respeto que los subalternos deben profesar por sus superiores.

—Profesor Mochuelo, esa frase suya me parece tan necia como inoportuna —le replicó enseguida con una gran frialdad Tío Tigre—. No parece que usted hubiese trabajado a mis órdenes durante tanto tiempo. ¿Cuándo le he parecido tan dócil como para que me deje influir por lo que insinúa el primero que se presenta? Si he resuelto ir hasta la Loma del Viento, es por mi única y exclusiva determinación, y porque deseo averiguar lo de la fundación que en ella están haciendo los monos titís. Le agradeceré que en otra oportunidad no me venga con sugerencias idiotas.

Y, de nuevo en alta voz, mandó:

—Por el camino de la izquierda, al frente, ¡mar...!

El escuadrón comenzó a internarse por la serranía. La tierra que pisaban era negra y húmeda; con frecuencia tropezaban con un enorme tronco derribado, cuya madera podrida, que se deshacía al más

ligero contacto, era materia admirablemente propicia para que en ella creciesen los musgos y los hongos blandos y crapulosos. Inmensos helechos, de pretensiones arborescentes, surgían por todos lados, o bien helechos diminutos, tan frágiles y graciosos como los juegos de los niños. El silencio se hacía más compacto en derredor de ellos, y en el seno de la naturaleza lujuriosa y salvaje sólo se escuchaba el jadeo de los flamencos en la agitación de la subida.

—Como que es demasiado lejos... —murmuraba Tío Tigre.

—Tenga cuidado, mi ilustre jefe, no vayamos a caer en una celada —susurró el Mochuelo, aprovechándose de su momentánea vacilación.

Sus palabras, apoyándose en la impresión de desasosiego que producía la selva cada vez más estrecha y negra, hubieran producido, en ese momento, el efecto deseado, dando al traste con el propósito de Tío Tigre, de no ser por Tío Conejo, quien tuvo la idea de detenerse en instante tan decisivo, para declarar:

—Señor Tío Tigre: es verdad lo que usted dice. La Loma del Viento está demasiado lejos. Nosotros dos, los prisioneros, le suplicamos que desista de sus deseos. Estamos muy fatigados, y todavía tenemos mucho camino por andar, estamos ansiosos de llegar cuanto antes a la cárcel y tendernos a descansar. Así es que, ¡eal!, deje usted para otra ocasión su visita a la fundación de los monos titis, y acábenos de llevar.

Tío Tigre encendió en cólera. —¡Habrás visto mayor insolencia! —bramó—. ¿Desde cuándo un preso se atreve a darle instrucciones a sus guardianes? ¡Adelante, adelante, y que no se chiste más! ¡A fe de Tío Tigre que vamos ahora mismo hasta la Loma del Viento o yo no sé lo que sucederá...!

Y con esto se acabaron las indecisiones: no quedaba más recurso que llegar a la famosa Loma del Viento, y nadie habría que torciera lo que se le había metido entre ceja y ceja a Tío Tigre.

Así, sin que apenas se diesen cuenta de ello, dejaron atrás la región baja, donde abundan el caruto, el jobo, el cotoperís, la gigantesca ceiba y las hermosas palmeras: moriches, yaguas, palmas reales; y comenzaron a encontrar oro, tacamahacos, yagrumos y pendares. Pronto estuvieron en una vasta extensión sombreada por las hojas de un verde metálico de infinidad de mameyes.

De repente una voz, como de aviso, les llamó la atención. Manchas cenicientas, ágiles imágenes evasivas, no más grandes que la desmesurada mano abierta de Tío Tigre, empezaron a moverse rauda y sigilosamente entre las ramas más elevadas. Ya era una silueta apenas perceptible que se balanceaba un instante en el aire, como colgando de algo, para dispararse en seguida con la velocidad de un pánico, ya una forma rápida que resbalaba no se sabía cómo sobre el dorso castaño de un tronco, y desaparecía no se sabía cuándo por un boquete oscuro de la espesura. Breves exclamaciones ahogadas emergían de la penumbra verdosa: movimientos apagados, hechos con una mano con guante y aguantados como una angustia en el corazón.

Ahora sí que se alarmó Tío Tigre, y quedó parado, tieso, con las orejas en punta.

—¿Qué significa esto? ¿Adónde me ha traído usted?

Los ojos del profesor Mochuelo revoloteaban detrás de sus gafas. Pálido y en silencio, se allegó todo lo más que pudo al jefe, solicitando su protección. Los flamencos hicieron alto.

—¿Cómo que qué significa? A la Loma del Viento, como usted me indicó. Esta es la Loma del Viento. Ahora verá — respondió Tío

Conejo, y, alzando la voz, llamó—: ¡Aijooooó! ¡Compadre Tití! Soy yo, Tío Conejo. Conmigo están también el Pájaro Carpintero, y Tío Tigre, y los flamencos. Asómense para que los vean.

Lentamente, con recelosas tentativas de avance y pronto retrocesos, fue emergiendo por detrás de la ramazón de un árbol un menudo rostro vivaracho, de color blanquecino, una mancha azulada sobre la boca y la nariz y los ojos extraordinariamente vivos. Estaba allí, mirándolos, parpadeando con velocidad, un ligero temblor en la cabellera cenicienta y aquella expresión en que se reunían, de un modo paradójal, la inocencia, la malicia, un aire soñoliento y la prontitud.

Lentamente, a sus lados, por encima de ella, por debajo, aparecieron otras caras, igualmente lindas y avispadas. Era como si la madera parda de los troncos, y las hojas y las ramas, y los frutos redondos de los mameyes, y las sombras y las luces, y los movimientos instantáneos de las cosas cercanas y la confusa lejanía, se plasmasen poco a poco en rostros, formas y cuerpos de monos titís. Aquí se veía una manecita delicada, propia como para estampar un beso galante, en el lugar en que se dijera que había estado una piedra; más allá, un trozo de bejuco adquiría delineamiento y función de brazo que se rascaba un costado y que se agarraba de un palo.

De nuevo susurros animales, agradables y tenues, iban poblando el inquietante silencio de la selva. Algunas preciosas mónitas sonreían, y Tío Tigre, quien sentía cómo se le reconfortaba el ánimo, empezó a examinarlas una a una, y se preguntaba cuál sería Laura Jacinta.

—Compañeros monos titís —comenzó a hablar Tío Conejo—. Aquí venimos nosotros, el Pájaro Carpintero y yo, en la más importante compañía a que hubiéramos podido aspirar. Este es Tío Tigre,

a quien todos ustedes conocen, notabilísimo personaje que se destaca sobre todos los pueblos de los animales. Disfrutar la honra de su amistad es asegurarse el respeto social y garantizarse con ello el tranquilo goce de una existencia acomodada. Estos caballeros que lo acompañan son los flamencos, distinguidos extranjeros en cuyas venas corre la más pura sangre azul, y los que han sido elegidos para desempeñar delicadas funciones de la policía rural.

Durante este exordio, los monos guardaban quietud. Tío Tigre hallábase muy satisfecho y le parecía percibir las miradas de sus admiradoras que se clavaban en él como alfilerazos. Los flamencos aguardaban, orondos y engreídos, y el único disgustado era el profesor Mochuelo, porque Tío Conejo no hizo especial mención de él.

—Permítanme ustedes ahora, compañeros —siguió el último— el privilegio de darles una noticia que les ha de interesar profundamente, como nos ha interesado a nosotros, al Pájaro Carpintero y a mí. El señor Tío Tigre, aquí presente, y los señores flamencos, sus acompañantes, se encuentran en este bosque en cumplimiento de una trascendental comisión. Parece ser que hay una nueva y sabia ley, que extenderá sus saludables efectos a todas las tribus y los pueblos de los animales. Se llama la ley regularizadora de la siembra científica de los conucos y la tala de los árboles.

Tomó respiro, y continuó:

—En adelante, ningún animal podrá tumbar un árbol para fabricar con su madera camas, mesas, ni juegos de escritorio. Ningún animal podrá talar un pedazo de bosque para hacer allí una choza o una fundación, porque se lo llevarán preso con las manos atadas, como nos llevan a nosotros. El honorable Tío Tigre y sus dignos subalternos representan el imperio de esta ley.

El honorable Tío Tigre estaba, todavía a estas horas, contentísimo de las palabras de Tío Conejo, pero el profesor Mochuelo sentía renacer sus aprensiones.

—Ningún animal tendrá libertad para trabajar, para sembrar, para buscar su vida —prosiguió el Tío Conejo, y su voz subió tanto en intensidad, que sus ecos se dejaban oír hasta en los más apartados ámbitos de la selva—, ningún animal tendrá libertad para nada, ni aun en los abiertos campos de Dios, porque le caerán encima, lo atropellarán, lo maltratarán, lo conducirán a la fuerza como un criminal, y lo arrojarán al fondo de una cárcel pestilente donde se pudrirá para el resto de su vida.

Con todo eso Tío Tigre no se daba cuenta del giro que iba tomando la situación; así, que su sorpresa fue muy grande cuando el profesor Mochuelo, trémulo de pavor, balbuceó a su oído.

—Vámonos, mi jefe. Vámonos rápidamente.

—¿Que nos vayamos? ¿Y por qué nos vamos a ir? —interrogó con ingenuidad.

No había terminado de hacer su pregunta cuando, de alguna parte, de la izquierda tal vez, o de la derecha, o del frente, o de atrás, un gruesísimo proyectil vino zumbando por el aire, le pasó a un milímetro de la oreja y fue a aplastarse con breve chasquido contra un talud que le quedaba a la espalda. Tío Tigre alzó la cabeza, alarmado:

—¿Qué significa esto? ¿Quién se ha atre...

No terminó la frase. Un segundo disparo, más atinado que el anterior, vino a darle en ese instante en la frente, exactamente encima del ojo derecho. Tío Tigre se tambaleó, sintió que se le iba la cabeza, movió los brazos en el vacío, solicitando un apoyo; esperó a que se le pasase el aturdimiento para abrir los ojos y afrontar la situación. ¡Qué situación tan difícil!

Todos los ojos, todos los rostros, todas las manos, todos los cuerpos habían desaparecido como por ensalmo; y en su lugar una granizada de mameyes arrojaba la impersonal selva sobre ellos. Hubiera sido un consuelo materializar al enemigo, localizarlo en algún sitio concreto para responderle con eficacia; pero ello era imposible. Hojas, ramas, troncos, lianas, vislumbres apenas de movimientos, juegos malabares del sol entre las hojas, todo era la inquietud multitudinaria de una naturaleza innumerablemente viva, la que innumerablemente arrojaba mameyes sobre ellos.

—¡Ay! —gritó el Profesor Mochuelo.

—¡Insolentes! —bramaba Tío Tigre.

—¡Atención! Escuadrón: ¡en form... —quiso ordenar el Flamenco Jefe. Un tremendo mameyazo sobre su pecho le extinguió el resto de la voz.

—¿Y qué clase de proyectiles son éstos? —preguntaba uno.

—Esta es una falta garrafal de todas las reglas... —princiaba a exponer otro.

—¡Cuidado!

—Corran, muchachos. Sálvese quien pueda —exclamó un gallardo flamenco, que había traído de su tierra despacho de coronel.

Y esta frase fue la señal de la desbandada. Resbalando por los declives, tropezando contra los peñascos, dando batacazos y ensuciándose de tierra negra, lodo y vegetales corrompidos, Tío Tigre y sus compañeros llegaron por fin a una pradera, fuera del alcance de los mameyes.

—No es correcto. No es correcto. No es nada correcto —protestaba, con energía, el Flamenco Jefe—. Esos proyectiles con que nos ametrallaron no están reconocidos por el derecho de gentes ni por ninguna

convención pública internacional. Tendremos que quejarnos de semejante falta al decoro militar.

Después que se hubo restregado los ojos y limpiado el uniforme de inmundicias, la primera pregunta de Tío Tigre fue la siguiente:

—¿Y dónde están los prisioneros?

Nadie le supo contestar. Todos bajaron la cabeza, y emprendieron, en silencio, el camino hacia la ciudad. No entraron en ella hasta bien entrada la noche, cosa de que ya se hubiese dispersado la concurrencia que los aguardaba.

Tío Tigre Enfermo

Andaban en una excursión cinegética Tío Tigre, el León, el ágil Zorro Guache, que se viste de gris, el Cunaguaro, la linda Onza y el Gato Cervantes, autor de varias novelas picarescas, el día en que el León sufrió un pequeño accidente.

—Vamos a ver quién sube más rápidamente a ese árbol —proponía el Gato Cervantes. Todos acometían la empresa; el primero en coronar la cima era el propio Cervantes, y de segundo quedaba el León.

—Apostemos ahora quién llega primero a aquel cují —sugería el Cunaguaro. Los excursionistas se lanzaban a la carrera; la ganaba el León, ocupando el Zorro Guache y el Cunaguaro el segundo y tercer lugar respectivamente. Tío Tigre llegaba jadeante y sofocado.

De esta manera gozábanse en competencias atléticas. Tío Tigre se sentía malhumorado porque el León lo vencía en todo. Galopaba más rápidamente que él; trepaba con mayor destreza a los árboles; se introducía, con celeridad que parecía de milagro, por estrechas cuevas donde se atascaba el fornido cuerpo de Tío Tigre; y aunque era más pequeño y menos majestuoso, sus músculos flexibles, sus miembros potentes, sus nervios de azogue, su vista y sus movimientos

lentos de gracia y de seguridad arrancaban el aplauso de sus compañeros.

—Tiene una gran forma, un estilo bellísimo —gritaba, extasiada, la Onza—. Es, sin duda alguna, un atleta perfecto. Tenemos que seleccionarlo para que nos represente en las próximas olimpiadas.

Con lo que Tío Tigre comprobaba celoso, que la Onza se inclinaba al León. Su encono llegó a exacerbarse cuando, con acento reticente, el Zorro Guache comentó:

—Compañero Tío Tigre, como que comenzamos a envejecer, ¿eh? Estos muchachos de ahora nos están eclipsando.

—No, lo que sucede con Tío Tigre es que es un peso pesado —explicó el Gato Cervantes, conciliador—. Es apto, más bien, para otra clase de proezas, por ejemplo para las pruebas de fondo.

—No hay nada en la vida como un día verdaderamente deportivo —exclamaba el León, distendiendo los brazos desnudos y yodados a la caricia del sol. El León usaba una bonita camisa de jersey, muy abierta y sin mangas, y bragas para jugar al golf—. No hay en el mundo placer tan grande como la conciencia de un cuerpo vigoroso, de una musculatura elástica: como saber que uno es fuerte y ágil, gallardo y libre, y puede ejecutar con elegante facilidad hazañas deslumbradoras.

Diciendo esto, y dando un salto de costado, que era una de sus especialidades, fue todo uno; saltó por encima de Tío Tigre, con lo que, desde luego sin ninguna intención, le echó un poquito de tierra en los ojos; a tiempo que gritaba:

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

—¡Santo Dios! ¡Qué temeridad! —murmuró el Morrocoy, arrobado.

—Ojalá se quebrara una canilla para que no sea saltimbanqui —refunfuñó el Mapurite.

El Mapurite y el Morrocoy servían de pajes a los señores, y portaban sus cantimploras, escopetas, binóculos, cananas y cámaras de fotografía.

Tío Tigre ya no soportó más:

—Lo que es en materia de saltos sí que no me la ganas —desafió. Echó una mirada en su derredor, y propuso—: Vamos a ver quién salta por encima de aquella mata de cardón que está allí.

—¡Bravo! He ahí un reto singular, propio de héroes homéricos, como para ser cantado en estrofas inmortales por Píndaro o Hesíodo —prorrumpió la Onza.

—Aceptado —contestó el León.

Los demás se constituyeron en jueces para determinar el vencedor. Tío Tigre saltó con limpieza por sobre el peligroso obstáculo; pero el León, a pesar de que hizo un esfuerzo terrible, tropezó con el borde de la mata, y varias largas y agudas espinas de cardón se le incrustaron en el codillo.

Los excursionistas se precipitaron a felicitar al triunfador, pero su entusiasmo se apagó cuando observaron las contorsiones que hacía el León.

—¡Ay! —chilló éste apenas intentó ponerse de pie, y volvió a caer, vencido por el dolor.

Sus amigos quedaron consternados.

Se ha clavado varias espinas en el codillo —diagnosticó el Zorro Guache.

—¿De veras? —dijo la Onza, aterrorizada—. ¡Pobrecito! Las espinas de cardón son terribles.

—Dicen que las espinas de cardón, una vez introducidas en el cuerpo, continúan avanzando poco a poco, ocultas en la carne y sin que se las sienta, hasta llegar al corazón —aseguró el Cunaguaro.

—¿De veras? —volvió a exclamar la Onza—. ¡Ay, qué espanto!

—En todo caso, es positivo que las espinas de cardón son sumamente enconosas —afirmó el Gato Cervantes.

Tío Tigre asistía en silencio, un poco compungido, a las reflexiones de sus compañeros. Al sentirse compadecido de aquella manera, el León empeoró bruscamente: cerró los ojos, fue presa de desmayos y dio a emitir gemidos plañideros.

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! —sollozó la Onza, arrodillándose a su lado, puso la cabeza del infortunado atleta sobre sus rodillas, y vertía palabras de dulce consuelo mientras lo acariciaba:

—¡Pobrecito mi Leoncito lechuguino querido! —decía—. ¿Le ha pasado algo, se siente malito mi Leoncito lechuguino querido?

De súbito se levantó, conminatoria.

—¿No le remuerde la conciencia el ver lo que ha hecho? — increpó a Tío Tigre—. ¿Cómo se atreve a estar parado ahí, como un idiota, sin hacer nada, viendo al León que por su culpa se ha clavado una gran cantidad de espinas de cardón, que ahora se le van a seguir metiendo por el cuerpo y le llegarán al corazón y lo matarán?

Tío Tigre la miraba, estupefacto.

—¡Ande, sacúdase, muévase! —continuó ella—. No siga plantado como un espantapájaros. ¡Hay que hacer algo, hay que buscar a un médico! ¡Un médico! ¡Sí! ¡Dónde se encuentra un médico?

El Zorro Guache apoyó su mano sobre el hombro de Tío Tigre.

—Creo que la Onza tiene razón, compañero —asintió—. Sería bueno que hiciéramos algo por el León.

—Lo podríamos llevar al puesto de socorro —opinó el Gato Cervantes.

—Muy buena idea: hay que llevarlo al puesto de socorro — apoyó el Cunaguaro.

—Exacto: usted se encarga de llevárselo inmediatamente al puesto de socorro —dictaminó la Onza, dirigiéndose de un modo categórico a Tío Tigre— No hay que perder ni un segundo. Puede fallecer inesperadamente cuando las espinas le lleguen al corazón.

Y, desfavorida con esta presunción, se arrojó de nuevo sobre el León clamando desesperadamente:

—¡Ay, mi Leoncito lechuguino querido! ¡Que se me muere mi Leoncito lechuguino querido!

En breves minutos, sin saber cómo ni cuándo, Tío Tigre se encontraba en un automóvil, abrumado por el pensamiento de aquellas tenebrosas espinas de cardón que, por su culpa, resbalaban en silencio en busca del corazón del León, dándole órdenes al Morrocoy para que apresurase todo lo posible la marcha hacia el puesto de socorro inmediato, mientras al lado su desventurada víctima exhalaba de vez en cuando quejidos.

El Murciélago estaba de interno de guardia.

—Sí, como no —manifestó—. Pásenlo inmediatamente a la sala de emergencia número 13. Avísenle a la Comadreja. A ver, usted, enfermera Sanguijuela: llame al Doctor Caribe por teléfono. Usted, enfermera Garrapata: prepáreme lo que sea necesario: agua caliente, algodón, yodo. Póngame los bisturís en el autoclave. ¡Rápido, rápido! Usted también puede pasar a la sala si quiere, señor Tío Tigre. ¿Es algún pariente suyo? Tiene el aire de la familia. No se olvide el alcohol, enfermera Garrapata.

—¿No cree usted el mercurio-cromo preferible al yodo? —preguntó la Garrapata.

—Haga como yo le digo —gritó el Murciélago.

—En mi opinión no estaría de más traer igualmente un poco de gasa —dijo la Sanguijuela—. Tal vez sea necesario venderlo.

—Este más bien es un caso para ser enyesado —observó el Carrao, acercándose. Al igual que el Murciélagu, el Carrao era estudiante de medicina y practicante en el puesto de socorro.

—Tenemos que proceder con rapidez —declaró la Comadreja. Lo que ella decía se escuchaba con atención, ya que era la enfermera jefe.

—El Doctor Caribe dice que no puede venir sino dentro de un cuarto de hora; que está haciendo una operación de apendicitis —anunció la Sanguijuela al regresar del teléfono.

—Entonces comenzaremos nosotros. No podemos esperarlo —sentenció el Murciélagu—. A ver, tráiganme las pinzas.

—¿No cree usted conveniente ponerle una vacuna? —sugirió la Mosca Brava.

—Sí, póngasela.

Tanto los estudiantes como las enfermeras vistieron largas batas blancas. El Murciélagu se lavó las manos con jabón desinfectante y se las enjuagó con alcohol que le vertía la Garrapata. Mientras operaba con las pinzas, tratando de extraer las espinas, la Mosca Brava vacunaba en una nalga al paciente. Tendido en la mesa, el León lo aguantaba todo sin chistar.

—Una vacuna es poco —comentó la Sanguijuela— Me parece que se le debe poner una antitetánica.

—No se trata más que de una simple prevención contra posible infección de origen estafilocócico —le refutó la Mosca Brava—. No hay temor de tétanos.

—¡Qué equivocada está usted, querida mía! —contrarreplicó inmediatamente la Sanguijuela—. Por el contrario, hay casi la seguridad de que se produzca el tétanos. La espina de cardón es extraordinariamente proclive a actuar como agente de los más variados gérmenes

patógenos, entre ellos el tétanos. Los últimos experimentos, practicados por el profesor Bisonte en los Estados Unidos, demuestran que en la espina de cardón se encuentra normalmente el virus. Por su parte, el Profesor Camello, en el Africa del Norte, ha comprobado con sus trabajos estadísticos, que el 98 por ciento de los pinchados por espinas de cardón manifestaron propensión al tétanos.

—Lo natural, en tal caso, sería sacarle un poco de sangre y llevarla al laboratorio para examinarla —propuso la Culebra Coralito, estudiante de química, la que se habla añadido al grupo.

—Sí, sáquesela —ordenó la Comadreja.

—Pero nunca está de más ponerle también la antitetánica —insistió la Sanguijuela.

—Tiene razón: póngasela —autorizó el Carrao.

—¿Y le pongo otra vacuna? —suplicó la Mosca Brava.

—Sí, póngasela —asintió el Murciélagos.

—¿Y un lavado intestinal? —recordó la Garrapata, muy humildemente, porque ella hasta entonces no había puesto nada.

—Sí, hágaselo —respondieron al mismo tiempo la Comadreja, el Carrao y el Murciélagos.

Mientras la Garrapata aplicaba una lavativa, la Mosca Brava ponía una segunda vacuna en la otra nalga, la Culebra Coralito extraía diez centímetros cúbicos de sangre, con una larga jeringa, del brazo izquierdo, la Sanguijuela introducía una inyección de suero antitetánico en el hombro, y el Murciélagos hurgaba en la axila del León.

—A ver, a ver: tráigame unas pinzas más grandes. Estas son demasiado chicas —exclamó el último.

—¿No le ha sacado todavía ninguna espina? —interrogó con timidez Tío Tigre.

—No, todavía no —respondió el Murciélago.

El León no se quejaba.

El Murciélago interrumpió un momento la operación para manifestar con tono doctoral:

—Se trata de un caso típico de endovasación anteroinferior del brazo, con traumatosis interna del cartílago y posible pre-disposición patógena del deltoides. Hay que verlo con cuidado.

Tío Tigre se estremeció de horror.

—Pero, si es así como dice, bachiller Murciélago —recordó entonces la Comadreja—, es muy posible que se produzca un brote de septicemia.

—¡Hombre! Es muy cierto —admitió el Murciélago, enderezándose—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Entonces hay que ponerle una ampolleta preventiva-antiséptica —saltó la Garrapata, muy ufana con su éxito anterior.

—Ya lo creo: póngasela inmediatamente —ordenó el Murciélago.

Entonces intervino el Carrao.

—Deseo hacer constar —declaró— que en mi humilde opinión el colega Murciélago está equivocado. Desde luego, no soy el interno de guardia, y este caso no es de mi incumbencia; pero, a lo que yo juzgo, las espinas deben haber incidido superficialmente sobre el tríceps, y en tal caso el deltoides permanecerá alejado de la zona patógena.

—No, compañero, venga acá: acérquese para que vea con toda claridad la endovasación antero-inferior con la traumatosis interna —le objetó el Murciélago.

—Sí, pero ya usted verá —le contestó el Carrao—. Oiga, señorita Mosca, hágame el favor: pásame aquella lanceta de doble filo que está

allá. No, ésa no: aquélla más afilada. Fíjese usted, colega, fíjese usted. Aquí está el deltoides. Si profundizamos un poquito con la lanceta, llegamos a la región pleural. Esta es la segunda costilla. Esta es la primera. Por aquí debe de estar la clavícula. Aquí está. ¿Lo ve usted? Toque, toque, por aquí, colega. A ver, señorita Mosca otra lanceta para el colega, ¡rápido!, para que toque la clavícula.

Ambos se hallaban inclinados sobre la herida, que ahora aparecía más grande y manchada de sangre. Con los ojos cerrados, el León no exhalaba una queja. Tío Tigre se secaba el sudor de la frente.

—Sí, es cierto: ésta es la clavícula —admitió el Murciélago—. Se puede tocar muy bien. Pero ahora verá usted por aquí la traumatosis que le digo. Hay que rajar un poco por este músculo. No importa: es una pequeña incisión. Después le practicaremos algunos puntos de sutura. Páseme el bisturí, señorita Sanguijuela. Mire, fíjese lo que le digo. ¿Lo ve usted? Aquí está. ¡Mírela, mírela!

Aprovechando el que estuviesen engolfados en sus demostraciones, y antes de que la privaran de su derecho, la Garrapata se llegó con su ampolleta preventiva-antiséptica y se la clavó al León yacente.

—¡Niña! ¿Qué haces ahí? —le gritó la Comadreja.

—Le estaba poniendo la ampolleta.

—¿Y no sabes que esa ampolleta se pone en el abdomen? ¿Quién te ha dicho que la preventiva-antiséptica se use en el muslo? ¡Qué niña ésta! Ahora esa inyección está perdida. Anda: ponle otra en el abdomen.

En ese momento entraba el Doctor Caribe de la calle.

—¿Qué pasa aquí? —interrogó, mientras se quitaba el abrigo y los guantes.

Los practicantes y las enfermeras interrumpieron sus diferentes ocupaciones, menos la Garrapata, la que no se dio por satisfecha hasta que hubo vaciado la segunda ampolla en el abdomen.

Tío Tigre suspiró:

—Tal vez el Doctor logre sacarle las espinas —dijo para sí.

El Murciélagó comenzó a explicar:

—Un caso típico de endovasación antero inferior del brazo con traumatosis...

—Usted perdone Doctor —terció el Carrao—. Yo creo que se trata más bien de una incisión superficial sobre el tríceps, de carácter mórvido, con alteración metabólica del...

—Bueno, bueno. Vamos a ver qué es —los atajó el Caribe—. Un bisturí, señora Comadreja. Un flebótomo. Una sonda de cinco milímetros. Otra de siete. Las tijeras redondas. Unas pinzas articuladas. Los ganchos. Sostenga aquí, Sanguijuela. Sostenga este pedazo de músculo. Usted por aquí, Mosca Brava: levánteme el cartílago. Un poco de algodón, Garrapata. Estanquen esa sangre que no me deja ver. Más luz, más luz. Tampoco se puede ver con este pelo. El paciente tiene una excesiva capilaridad. A ver, usted, señora Comadreja: practique una depilación en torno, todo lo más ancha que pueda. Pero cuidado con obstruirme en mi trabajo. Si hace un cortecito o dos sobre la piel, no importa. Lo esencial es que no me moleste en mi trabajo. No me explico cómo es que estos muchachos dicen que se trata de una simple endovasación, cuando estamos en presencia de un caso grave de penetración intermuscular conjuntiva con síndrome conflictivo. Bueno, bueno, ¡al Hospital, en seguida! Usted señora Comadreja: llámeme al Hospital. Que me preparen la sala de cirugía *El Desguace*. Que me tengan lista la sierra aguda, la sierra triangular,

el escalpelo, el juego de bisturíes, el juego de sondas, las pinzas, unas ampolletas de aceite alcanforado, otras de suero vital, vacunas, anti-tetánico, cloretilo, un poco de éter o de cloroformo por si no basta la anestesia local, en fin, usted sabe: todo lo indispensable. Ustedes, señoritas: ¡una camilla, la ambulancia! Vamos al Hospital. Este paciente no es para ser tratado en puestos de socorro.

En menos tiempo del que se tarda en decirlo, el Doctor Caribe, el Murciélagu, el Carrao, la Comadreja, la Mosca Brava, la Sanguijuela y la Coralito se llevaron al León sobre unas parihuelas, y también arrastraron consigo a Tío Tigre.

—Usted véngase con nosotros —le dijeron—. No queremos cargar solos con esta responsabilidad.

Todo el mundo estaba muy interesado en aquel grave caso de penetración intermuscular conjuntiva.

Una vez en el Hospital, introdujeron al herido en un salón lleno de extraños artefactos, en el que resaltaban, a la luz de las lámparas potentes, níqueles brillantes sobre el color rabiosamente blanco de todos los objetos.

El Doctor Temblador, el Doctor Capuchino, la Araña Peluda y la Tarántula, enfermeras polivalentes, se les agregaron enseguida.

—Lo primero que hay que hacerle es una radioscopia. Es imperdonable que lo hayan olvidado —sentenció el Doctor Temblador.

—En el puesto de socorro —se disculpó la Comadreja— no hay instalación de rayos X.

—¿Cómo? ¿Un puesto de socorro sin rayos X? ¡Cuán pésimamente dotados están todos esos institutos! Me voy a quejar al ministerio respectivo.

—Mientras se le hace la radioscopia, ¿no sería bueno ponerle una segunda vacuna, más fuerte que la primera? —insinuó la Comadreja.

—Doctor: yo creo que se le debería aplicar una dosis de suero antirrábico —dijo la Araña Peluda—. Usted sabe que estos animales tan sumamente sanguíneos están predispuestos a la rabia.

—Sí: póngale la vacuna y póngale el suero antirrábico, y usted, colega, hágale la radioscopia —indicó el Doctor Caribe—. Hay que agotar todos los recursos de la ciencia.

El salón de los rayos X era una cámara más impresionante aún que la primera, y con aparatos todavía más extraños. Acostaron al León sobre una especie de mesa que ejecutaba misteriosos movimientos; lo estiraron a la fuerza; le sujetaron contra el tórax una lámina de cristal opaco; y, haciendo caso omiso de sus padecimientos, lo obligaron a permanecer inmóvil, mientras apagaban todas las luces, encendían una roja, la apagaban también, encendían otra azulada y realizaban una serie de ceremonias solemnes y litúrgicas. Al resplandor singular de las bombillas de color los rostros parecían lúgubres. Los médicos se agrupaban para cuchichear palabras cabalísticas.

—¿No será posible sacarle las espinas? —plañía Tío Tigre con fatiga, pero ya nadie le hacía caso.

Luego regresaron con el paciente a la sala *El Desguace*. La Garrapata le ponía compresas de agua hirviendo. La Mosca Brava le escudriñaba con un tarugo de algodón empapado en yodo, tan ardiente como una brasa. La Araña Peluda le tomaba el pulso y calculaba su presión arterial. La Sanguijuela le aplicaba una inyección en el vientre y la Comadreja otra en el muslo. La Tarántula le atomizaba cloretilo en la herida y la Coralito le colocaba una máscara con éter. El Murciélago y el Doctor Caribe le escarbaban en la paleta, armados de sendas

cuchillas. El Carrao y el Doctor Capuchino preferían dedicarse a descuartizarle el brazo. El Doctor Temblador había descubierto ciertas sospechosas manchas en la radiografía, y estaba empeñado en comprobar su existencia en la carne viva. El León comenzaba a exhalar, de vez en cuando, un gemido prolongado.

—¡El Doctor Gavilucho! ¡Aquí está el Doctor Gavilucho! —gritó, llena de alegría, la Araña Peluda.

El Doctor Gavilucho entraba apresuradamente, después de haber ejecutado treinta y cinco intervenciones quirúrgicas en su clínica particular, dispuesto a ejecutar otras treinta y cinco en el hospital. Si no llegaba a las setenta en el día, no comía con apetito por la noche.

—A cortar, a cortar, hay que cortar siempre... —llegó diciendo—. Cortar es la suprema misión de la ciencia.

—¿No será posible sacarle las espinas? —le interrogó con timidez Tío Tigre.

—¿Espinass? ¿Espinass? ¿Quién habla de espinass? ¿Qué significan las espinass para la ciencia? —contestó el cirujano enfadado, mientras se lavaba las manos y vestía la bata—. ¿Qué puede interesarle un miserable puñado de espinass al mundo de los sabios? Cortar: he ahí el *quid divinum*, el toque magistral, la más alta aspiración de la ciencia. Mi lema es «córtalo primero y piénsalo después».

El Doctor Capuchino le interrumpió:

—Usted perdone, colega: pero creo que este es un caso clínico, y no quirúrgico. El paciente necesita antes que nada un período de tratamiento endocrínico. Después se verá si es necesaria la operación o no.

—¿Está usted loco, estimado colega? ¿Ha pensado bien en lo que dice? —le respondió el Gavilucho—. ¿Un momento como éste, de

inmediata y visible urgencia quirúrgica, y usted proponiendo que se demore? Mi opinión es que se corte; que se corte inmediatamente; que se ha debido cortar ya.

—Doctor Gavilucho: permítame usted que le informe de una cosa que desconoce —dijo el Doctor Temblador—. La radiografía muestra unas curiosas sombras, de aspecto tétrico, de contorno infundibuliforme, en la región intercostal derecha. Según mi criterio, debe aplazarse cualquier intervención hasta que se determine claramente el síndrome y se emita un diagnóstico pleno.

—No, no hay tiempo para radiografías —prorrumpió el Gavilucho—. ¡Hay que cortar!

—Yo estoy con el Doctor Gavilucho —intervino el Doctor Caribe—. No podemos retardar por ningún respecto la operación.

—Pues yo estoy con el Doctor Temblador —dijo a su vez el Capuchino—. Sostengo que se debe comenzar por un tratamiento endocrínico.

—¡Si estuviera aquí el Doctor Caimán! —suspiró la Araña Peluda—. El sí sabría diagnosticar de un solo golpe de vista. ¡Qué gran médico el Doctor Caimán!

Los doctores continuaron discutiendo, y practicantes y enfermeras metían baza en el debate. Tío Tigre no pudo ver más lo que le hacían al León, porque lo tenían rodeado por todos lados; pero se daba cuenta de cómo se pasaban, unos a otros, instrumentos acerados, algodones tintos en sangre, frascos, jeringas y bandejas esmaltadas, y escuchaba también el ronco quejido de su amigo, el cual se dejaba oír ahora con mayor frecuencia y mayor intensidad.

El Bachiller Carrao se le aproximó y de improviso le sugirió:

—¿Por qué no va usted en busca del Doctor Caimán?

El Carrao había escuchado la exclamación de la Araña Peluda, y pareciéndole aquella idea de perlas, ahora quería hacerla aparecer como suya.

—Aquí tiene usted —prosiguió— a cuatro indiscutibles lumbreras de la ciencia: el Doctor Temblador es nuestro más notable radiólogo, el Doctor Gavilucho es un gran obstétrico y ginecólogo, el Doctor Capuchino es especialista en endocrinología y el Doctor Caribe es un magnífico cirujano del corazón y de los vasos. Pero, desgraciadamente en lo que respecta al caso de su amigo, el León, están en desacuerdo, y quizá la autorizada opinión del Doctor Caimán decida el empate. ¡Qué gran médico el Doctor Caimán!

Con el corazón atribulado, Tío Tigre quedó vacilante, en tanto que contemplaba el círculo de los doctores y sus asistentes, y oía el quejido entrecortado del León, ahora en descenso, como si su autor se debilitase. De pronto se resolvió, y salió a escape. Ya casi terminaba el día; varias horas habían transcurrido desde que, en plena tarde iluminada, regresó del campo trayendo a su compañero el León con las espinas en el codillo.

Mientras encontraba al Doctor Caimán y obtenía que viniese, cerró la noche por completo. Las estrellas apuntaban cuando entraba de nuevo, en compañía del ilustre galeno, al Hospital.

Al igual que sus anteriores colegas, el Doctor Caimán empezó por calarse las gafas, lavarse las manos, vestir la bata y ponerse los guantes de goma.

—Con el permiso, mis honorables colegas, y ustedes, señoritas enfermeras, y ustedes, bachilleres estudiantes... Antes que nada, vamos a hacer un examen cuidadoso del paciente.

Facultativos y ayudantes se hicieron a un lado, con respeto. ¡Qué gran médico el Doctor Caimán! Pudo entonces ver Tío Tigre cómo

su amigo el León se hallaba espantosamente pálido, y cómo la herida en el codillo se le había ensanchado en una magnitud extraordinaria.

—Veo, con natural perplejidad, que a pesar de encontrarse presentes tan sabios colegas no se ha procedido con toda la energía que hubiera sido menester —siguió diciendo el Doctor Caimán—. Por ejemplo, esta incisión aquí se ha debido practicar mucho más abierta y mucho más profunda. Esta sutura de este lado ha debido llegar hasta el epigastrio. El problema secundario de sacarle las espinas...

—No me saquen ninguna espina —gritó, de repente, el León.

Todos se volvieron a mirarle, estupefactos. A pesar de que ello le costaba visible trabajo, el pobre animal se sentó en la mesa de operaciones y se arrancaba la bata con que lo habían vestido. Sus ojos llameaban; espumeaba su boca.

—No me saquen ninguna espina. Yo me voy de aquí.

Saltó al suelo, sin que nadie osase detenerlo; se puso sus pantalones, su camisa y su gorro y, sosteniéndose con una mano un pedazo de trapo contra la herida, a fin de que no sangrase tanto, salió de la sala.

El Doctor Gavilucho, iracundo, se lanzó sobre Tío Tigre:

—¡Esta es una afrenta! ¡Esta es una insoportable afrenta que se le hace a la más alta representación de la ciencia nacional! —bramó—. Nos encontramos aquí reunidos los médicos de mayor fama: el honorable Doctor Caimán, cuyas doctrinas se citan en los textos franceses; el Doctor Capuchino, especialista en endocrinología; el Doctor...

—Yo también me voy —lo atajó Tío Tigre.

Se puso su sombrero y salió del Hospital.

La impresión de las anteriores escenas no se borró nunca del recuerdo de Tío Tigre. Bajo el cuidado maternal de la Marimonda, que

le hizo unos lavados con agua boricada y le sacó las espinas con una aguja, y el amoroso consuelo de la Onza, que le llevaba ramos de flores, las heridas del León cicatrizaron en poco tiempo; no así las hondas huellas morales que aquella tarde terrible causó sobre el espíritu de su amigo. Tío Tigre hizo el firme propósito de no poner jamás los pies, por ningún concepto, de puertas adentro en hospital, clínica, puesto de socorro, dispensario, consultorio, estación de emergencia o cosa que se le pareciese, y de evitar todo trato con animales que acostumbrasen a vestir batas y a lavarse las manos con alcohol.

Pasaron varios meses. El influyente personaje continuaba en su empeño de ponerse algún día en Tío Conejo para vengarse de sus jugarretas pero el astuto eludía con maña sus encuentros, y escapaba, dando demostración de su sutil inteligencia, de las celadas que le armaba. Cierta vez el Profesor Mochuelo tuvo una ocurrencia muy ingeniosa.

—Hágase el enfermo, mi generoso jefe —le aconsejó— Hágase el enfermo, y simule que está moribundo. Entonces mándelo llamar. Nada hay tan sagrado como la última voluntad de un agonizante: ningún animal se atrevería a desobedecerla; y nada hay tan grato como presenciar el fin de un enemigo. Tío Conejo no dejará de acudir si usted lo llama en esas circunstancias, y entonces usted lo tendrá en sus manos.

—¡Ay, no! Sería de mal agüero —exclamó la Culebra Sobadora.

—Ni de embuste podremos admitir que nuestro querido Tío Tigre esté moribundo —protestó Ña Guacharaca.

Pero el Profesor Mochuelo les replicó:

—No hay agüeros que valgan cuando existe la oportunidad de apresar al que nos ha ofendido.

Hacía dolorosa memoria de los mameyazos padecidos en la Loma del Viento.

Después de pensarlo con detenimiento, Tío Tigre vino en aceptar la farsa y en poner en planta el proyecto del Mochuelo. A partir de entonces, los animales comenzaron a leer, con diversos comentarios, los boletines, cada día más alarmantes, en que se daba información del estado de salud del jefe.

—¡Qué desgracia! Si desaparece, la patria está perdida —manifestaba de un modo ruidoso el Doctor Rabipelado.

—¡Tan galante que era, tan obsequioso y deferente con las damas! —decía la Zorra—. A mí me regaló una vez una boquilla de ámbar con mis iniciales grabadas en oro, y cada vez que fumo me parece ver su adorada silueta en las espirales de humo de mi cigarrillo.

—Lástima que, de vez en cuando, le gustaba tomarse sus tragos —murmuró la Danta.

Consuetudinariamente, el Camaleón llevaba noticias acerca de los progresos de su enfermedad al círculo de los adversarios de Tío Tigre

—Dicen que de esta noche no pasa —les aseguraba a cada nuevo día.

—¡No, que va! Yo creo que ni los poderosos ni los malos se mueren nunca —rezongó el Cachicamo—. Son inmortales, porque, en este triste mundo, el mal es inmortal, y esta facultad la delega en sus agentes y en sus partidarios.

—Como quiera que sea, debemos estar preparados —opinó el Caballito del Diablo— porque si se muere habrá disturbios y conmociones populares, y nosotros, que somos los naturales dirigentes de la masa, estamos en la obligación de aprovecharlos y encauzarla hacia el logro de las reivindicaciones democráticas.

Cuando las gacetas oficiales confesaban tal gravedad que se sucedían las unas a las otras a cada media hora, y eran arrebatadas por las manos ansiosas del populacho; cuando, alrededor de la residencia de Tío Tigre, los inspectores del tráfico habían hecho colocar letreros que decían:

¡ENFERMO!
NO TOQUE CORNETA

Cuando la inminencia de un acontecimiento de semejante entidad pesaba como un malestar físico sobre la población de los animales, el subteniente Basilisco fue, muy tieso, a la casa de la Zamurita.

—Me vengo a despedir de ti —le dijo— porque esta tarde, a la una, va a quedar acuartelado el ejército. No se lo cuentes a nadie porque es un secreto de Estado; pero parece que Tío Tigre está muy mal, y se teme que de un momento a otro, en caso de un desenlace fatal, haya que sofocar motines y algaradas públicas.

—¡Cielos Santos, Basilisco mío! ¿Me vas a dejar sola? Llévame contigo: yo te acompañaré a donde sea —imploró la Zamurita, arrojándose a sus brazos.

—¡Imposible! Estos trances se han hecho solamente para los varones —le replicó el Basilisco con un gesto espartano.

Entonces la Zamurita se arrancó una pluma, la besó repetidas veces, se la alargó, con los ojos arrasados en lágrimas, en tanto que declamaba:

—Entonces toma: llévate una pluma de mi cabellera. Tenía siempre sobre tu corazón. Esa pluma simbolizará mi amor: te escudará en los

momentos de peligro y apartará de ti las balas que vayan dirigidas a tu corazón.

Y, apenas se alejó el militar con su preciosa prenda, fue a comunicarle a todos sus amigos que Tío Tigre se hallaba tan grave que las tropas iban a ser acuarteladas.

El Doctor Rabipelado se presentó en la casa de Tío Conejo. Reposadamente tomó asiento en un sofá. No quiso dejar el bastón ni la chistera, sino que los conservó consigo, sosteniéndolos con aire protocolar encima de las rodillas. Su color blanco sucio y la negra levita en que estaba embutido le hacían imagen viva de la hipocondría. Tosió varias veces antes de comenzar.

—Mi señor Tío Conejo —dijo por último—. Vengo a un asunto de la más extraordinaria gravedad. Quiero cumplir los últimos deseos de un amigo a quien quiero entrañablemente, y cuya desaparición será una pérdida irreparable para la sociedad —sacó el pañuelo y se enjugó una lágrima— y al mismo tiempo realizar una obra de bien que se abonará a mi favor, en medio de mis numerosas faltas y múltiples pecados, el día en que comparezca mi alma ante el supremo tribunal. Reconciliar a los enemigos debería estar entre las obras de misericordia. Traer de nuevo a la buena armonía y a la paz espiritual a dos hombres de bien que son respetados y estimados unánimemente, y a quienes un incidente sin importancia ha podido apartar, pero que, como yo sé que sucede con ustedes, en el fondo de su aparente antagonismo se respetan y estiman también recíprocamente: eso es una noble acción que me será tenida en cuenta entre mis escasos merecimientos. Por ello he aceptado tan delicada comisión; comisión delicadísima, para cumplir la cual me siento con escasas fuerzas, como no fueran las de mi voluntad y de mi entusiasmo, y para

haberme hecho cargo de la cual todavía me creo indigno, si he de hacer revisión de mis humildes dotes y condiciones personales.

A todo esto hallábase Tío Conejo escuchándole con suma atención, y sin despegar los labios. El Doctor Rabipelado lo observó de reojo, en tanto que se preguntaba cuál había sido la influencia de su poder persuasivo; tosió de nuevo, y continuó:

—Tío Conejo... usted sabe, nuestro eximio jefe, nuestro muy amado jefe, el gran Tío Tigre, el más notable y más ilustre entre los animales todos, está sumamente enfermo, postrado en el lecho del dolor, ¿qué digo?, está a las puertas del sepulcro... ¡Sí! Como usted lo oye, mi querido Tío Conejo: ¡a las puertas del sepulcro! Mas allí, en medio de su agonía, aún ha tenido el juicioso pensamiento de reconciliarse con usted. ¡Sublime gesto! ¡Celestial inspiración, que revela el calibre de su alma y es como el magnífico coronamiento de una existencia ejemplar en todo sentido! Medite en el significado de tal propósito: usted es el único ser en el mundo con quien nuestro magnánimo jefe tiene una pequeña querrela: usted el único animal que quedaría con algún motivo, aunque sin razón, de resentimiento para con él. «Se murió siendo mi enemigo», diría usted. Y así, nuestro piadoso jefe, al hacer examen de conciencia y balance de su brillante tránsito por este valle de lágrimas, se ha recomendado a sí mismo: «Que no deje yo detrás de mí ni la más fútil queja. Que ningún animal alegue que no le tendí siempre mi mano generosa y franca. ¡Tráiganme a Tío Conejo! Quiero reconciliarme con él. Vayan a la casa de Tío Conejo, y díganle que lo mando llamar yo, que estoy agonizando, y que deseo darle la mano y reconciliarme con él en el umbral de la tumba...» — El doctor Rabipelado sollozó—. Sí, en el... en el... en el umbral... de la tumba —repitió, entrecortadamente—. Esta... ésta... ésta... ésta es... la sagrada misión... en que he venido. No... no... no... no creo...

no creo que usted... se muestre insensible... a la voz de un animal que se encuentra... en el um... en el umbral de la tumba...

Y no teniendo tiempo esta vez de sacar el pañuelo, se enjugó una segunda lágrima con el faldón de la levita.

Tío Conejo reflexionó un buen rato.

—¿Dice usted que se está muriendo?— puntualizó.

—Sí, señor: ago... ago... agonizando.

—¿Y qué médico lo ve?

—El Doctor Capu... El Doctor Capu... El Doctor Capuchino.

—Está bien: dígame que dentro de media hora estoy allá.

El Doctor Rabipelado corrió a llevar la noticia. Gran esfuerzo le costó a Tío Tigre reprimir un salto de contento en la cama donde lo obligaban a permanecer, con una camisola azul bordada en fresa que le había regalado Doña Pava del Monte.

—Ahora sí que es mío —se repetía—. Ahora sí que me va a pagar las verdes y las maduras.

A la media hora tocaron a la puerta.

—¿Está todo preparado? —susurró Tío Tigre.

—Todo preparado —contestó el Profesor Mochuelo, con seguridad.

La Tigana había ido a abrir. Los corazones latían con violencia.

—Allí está Tío Conejo —anunció la Tigana, de regreso—. Viene con el Doctor Caimán, y con el Doctor Gavilucho, y con el Doctor Caribe, y con el Doctor Temblador, y el Bachiller Murciélagos, y el Bachiller Carrao, y con la señora Comadreja, y con la Araña Peluda, y la Sanguijuela, y la Mosca Brava, y la Garrapata, la Culebrita Coral y la Tarántula. Dice que para demostrarle su buena disposición para

con usted, en vista de que usted está tan enfermo, le ha traído a todos los médicos y enfermeras de fama que ha logrado reunir, a ver si lo curan.

—No —gritó Tío Tigre—. Respóndale que no estoy nada enfermo. Que se vaya con toda esa gente. Que se vaya, y no vuelva más.

Y para demostrar su vitalidad y su salud, se tiró en seguida al suelo, se quitó la camisola azul y principió a ponerse un uniforme.

La Tigana, asombrada, fue a cumplir sus órdenes.

La Fundación

Largo tiempo había transcurrido desde aquella ocasión en que Tío Conejo con su malicia característica, descubrió la falsedad de Tío Tigre enfermo, sin que éste hubiese tenido nuevas noticias suyas. Los primeros días pasaron en medio de una tranquilizadora placidez.

—¿Y qué habrá sido de Tío Conejo? —murmuraba de vez en cuando la Zamurita, la cual no podía ocultar su añoranza por las travesuras del ausente.

—Es cierto —asentía Ña Guacharaca—. No se le ve ni se le siente por ningún lado. Miren que yo ando por donde quiera en mis empresas de caridad y en mis constantes desvelos por la suerte de los menesterosos. Recorro las barriadas extraviadas, visito los ranchos pobres y converso con los animales más distintos en las más variadas esferas sociales: en ninguna he tenido mención de Tío Conejo, ni de su vida, ni de lo que pueda estar haciendo o consiguiendo.

—Tal vez se haya muerto —apuntó Misia Boa.

—Ojalá —respondió al punto Misia Baba, en tanto que se abanicaba dulcemente—. Sería lo único bueno que podía haber hecho en su vida.

—La muerte es siempre lo único bueno que se puede hacer en la vida —comentó el Cigarrón.

Era como si la tierra se lo hubiera tragado. Ahora la Cantárida y la Culebra Sobadora podían salir impunemente a sus cabalgatas, sin el temor de que ojos curiosos espíasen los batacazos que se daban, de que labios malévolos propalasen sus deficiencias en el arte de la equitación, de que el agudo Mosquito le sacara una caricatura en el periódico de Pica-y-huye. La Garza Morena podía dar un gran baile, segura de que, al frente de la ventana abierta, una turba molesta y plebeya, de la que trascendía insufrible hedor a trapos sucios y a guisos baratos, no había de ofender el delicado olfato de sus convidados; ni embarazaría tampoco con su presencia a Don Paují de Copete cuando, impecable en su levita negra y su pechera blanca, demostrase a las damas las últimas novedades coreográficas, los últimos pasos de baile importados de París o Nueva York.

—Y fíjense qué tranquilos y qué pacíficos están ahora los animales —observaba sin cesar, radiante de satisfacción, el Profesor Mochuelo—. Bien decía yo que ese endiablado Tío Conejo era un disociador y un agitador.

En efecto, como si obedeciesen a alguna consigna, los humildes animales que pernoctaban en la pensión de la Lapa o se reunían en la pulpería del Cachicamo, entraban o salían, recorrían calladamente las calles, se dirigían a sus quehaceres o volvían de ellos con una quietud y una mansedumbre ejemplares; y si el Coronel Querrequerre o cualquiera de los Flamencos les hacían alguna observación, obedecíanla con prontitud, y hasta daban las gracias con una ligera inclinación de cabeza.

—No, si están de lo más decentes —convenía la Zorra—. No pocos de ellos ya han aprendido a cederle la acera a las damas cuando las encuentran por la calle.

La paz, la dulce paz reinaba soberana sobre el vasto pueblo de los animales. Días iban y días venían y no había disturbio que sosegar, pleito que dirimir, denuncia a que atender, incidente que lamentar ni novedad que viniese a sacudir un poco los nervios.

—¡Ay, no! Si esto se está poniendo sumamente aburrido —decía de vez en cuando la Macaurel, con un bostezo—. Como que vamos a tener que mandar buscar otra vez a Tío Conejo para que le ponga una pizca de pimienta a la existencia.

—Cuán cierto es que dentro de la animal condición está el no encontrar su plenitud ni en la calma ni en el peligro —sentenció el Cigarrón—. Cuando la rodea éste, ansia aquélla, y en medio de la calma suspira por las circunstancias que puedan hacerla peligrar, porque en la propia vida va implícita la búsqueda del peligro.

Como si el tiempo quisiese confirmar las palabras del Cigarrón, a medida que semejante sosiego se prolongaba, los animales principiaron a recelar de él. Como no ocurría nada, la quietud los inquietaba. Tío Tigre dormitaba sobre su escritorio desnudo de telegramas alarmantes y sus carpetas vacías de expedientes y de averiguaciones; entonces el Camaleón llegaba hasta él, lo sacudía por los hombros y advertía, nervioso.

—Tenga mucho cuidado, perínclito jefe. Mire que hay un refrán que dice: «Del agua mansa líbreme Dios, que de la brava me libraré yo».

—Y otro que afirma: «Debajo de la basura está la culebra» —añadía la Marimonda.

—Ese último proverbio es un insulto —protestó en seguida la Culebra Sobadora—. Nos ofende a nosotras, las culebras, que somos muy bien nacidas. Los animales cultos no deberían tener en sus labios refranes tan vulgares.

Aprensiones como las anteriores desconcertaban constantemente a Tío Tigre y a las principales autoridades, y ellas fueron subiendo de punto mientras más larga se hacía semejante pausa de acontecimientos.

—No hay duda: el silencio de ese individuo significa algo — comenzó a manifestar el Doctor Rabipelado.

—El silencio siempre significa algo, al contrario de las palabras, las que con frecuencia no significan nada —respondió el Cigarrón.

—Mi estimado señor Cigarrón: no es ésta oportunidad para chistes —le replicó, sin poder reprimirse, el Profesor Mochuelo—. Estamos hablando de cosas muy graves. La aparente inmovilidad de Tío Conejo, y su efectiva desaparición, indican a las claras que está tramando alguna tenebrosa conspiración en contra del orden institucional del Estado, y en virtud de ello creo que el Gobierno debería proceder con draconiana energía.

En resumen, que ya Tío Tigre no se encontraba en aquella disposición de ánimo, tan de su gusto, como para gozar a sus anchas de su siesta habitual en la beatífica penumbra de su despacho tapizado de cortinajes bordados. Ya era el timbrado de una llamada telefónica; ya un telegrama que el Macaco ponía sigilosamente sobre su portafolio, ya alguna carta de origen desconocido, la que ni siquiera se atrevía a abrir con el cortapapel de plata que le regaló un día la Dama Viudita, en la angustia de que su misterioso sobre contuviese el anuncio de una tremenda catástrofe.

Si abrían inesperadamente la puerta, Tío Tigre se erguía, pálido, y sólo volvía a caer sobre el sillón, extenuado, cuando comprobaba que no era más que la Garza Morena, quien, con su andar contoneado, entraba murmurando:

—¡Queridísimo mío! ¿No sabes la última noticia? Los modistos aseguran que el gris plata hará furor este año en el otoño.

Innumerables y menudas informaciones mantenían latente el estado de excitación. Un día el Gato Cervantes aseguraba haber observado inusitada agitación en la populosa tribu de los monos titís. Otro, el rapidísimo Tiburón, de regreso de una de sus navegaciones, traía parte de movimientos análogos en las costas marítimas. Se habló de un contrabando de armas, en cuya introducción intervinieron los tortuosos Cangrejos y los Camarones, hábiles para escapar a las miradas de sus perseguidores. Y por largo tiempo el Aguaitacaminos, prefecto de la policía secreta, hizo vigilar la casa de la Culebra Coralito porque, según rumores, allí se llevaba a cabo una fabricación clandestina de bombas de terrible poder explosivo.

Tío Tigre enflaquecía a ojos vistas. Sus ademanes eran bruscos, impacientes, indecisos. Vivía en un perpetuo sobresalto. Sus ojos se mostraban enrojecidos por los bordes, de tanto mirar en torno suyo en la guarda de alguna incierta amenaza. Montaba en cólera con mayor facilidad que nunca, y desahogaba en sus servidores su malhumor. Hacía tiempo que ya no pronunciaba uno de aquellos brillantes discursos, de períodos rotundos y floridos, que le hicieron famoso para la época en que el pobre Cucarachero trabajaba en su casa; y el Doctor Oso Frontino, su eterno rival en la alta política, comentaba con mal encubierta alegría:

—El pobre ya está chocheando.

—Usted necesita una cura de reposo —le indicó el doctor Capuchino, el que se alarmó mucho al tomarle la presión arterial. Mucha gimnasia, aire libre, duchas frías, dieta de fruta y leche, caminatas todas las mañanas antes de entrar a trabajar.

Púsose Tío Tigre a seguir el régimen que le prescribió. Y en ello andaba una buena mañana cuando, por haber prolongado su paseo hasta la altiplanicie a la que los animales denominaban *La Fundación*, hete

aquí que dio de manos a boca con aquel cuya desaparición era la causa de todos sus males: se topó con Tío Conejo.

En otros tiempos, ya lejanos, estuvo en este mismo sitio un rico hatu donde vivieron los hombres. Diferentes potreros, vaqueras, establos, apriscos, un redil para los mautes, una construcción para el ordeño y otra para que durmiesen los becerros, se dividieron la libérrima sabana. El aire dulce estaba poblado por el mugido de las vacas, por el canto hondo y triste de los peones que las reunían por las tardes y por el ladrido de los perros; y los animales silvestres, ni aun el poderoso Tío Tigre, se atrevían a acercarse en muchos kilómetros a la redonda, si no eran los desvergonzados zamuros, que venían a aprovecharse de los desperdicios de alguna res beneficiada para el consumo, o algún que otro zorro, que osaba robarse una gallina.

Un día había llegado el fundador; era joven, fuerte y hermoso, como una palabra de esperanza. El viento se enredaba en sus ásperos cabellos negros que enmarcaban una frente maciza y recia, donde se revelaba la energía. Sonreía muy contadas veces: su genio era más bien retraído; como si se hubiese habituado a concentrarse en el ejercicio de la voluntad. Traía consigo a la mujer, suave y silenciosa, y al tierno hijo. Cuando estuvo contemplando un buen rato aquella amplia extensión, por la cual se dilataban las miradas, aquella tierra negra, regada con agua generosa, y aquellos oscuros bosques húmedos, que se desperezaban con lentos estremecimientos, sus ojos oscuros fulguraron con satisfacción. Entonces cogió al niño, y alzándolo sobre la cabeza, lo mantuvo algún tiempo contra la brisa fresca, que jugaba con sus rizos así como con las greñas de su padre.

—Aquí nos estableceremos, mujer. Esta será nuestra tierra —dijo; y tales fueron las palabras humanas que por primera vez resonaron en aquella comarca virginal.

Durante muchos meses escucharon los animales, estupefactos, el incesante afán de su labor. Los anchos y seguros pies, con zapatos claveteados, se asentaban con solidez sobre las cuestras del terreno, haciendo rodar las piedrezuelas. Las tímidas perdices y las tórtolas, de susurrante volar, huían, asustadas. Las verdes lagartijas tenían que abandonar, echando pestes, el lugar donde se habían tendido al tibio sol, y corrían, ondulantes, a meterse en sus escondrijos. Las innumerables ardillas se dispersaban en todos los sentidos, desatado en un loco susto el corazón, al sentir el cataclismo del inmenso jabillo que caía bajo los golpes del hacha; su derrumbe llegaba a despertar de su sueño al hurón cachazudo, que lanzaba desconfiadas miradas en su derredor. Y el mismo puma, desconcertado, aguzaba las agudas orejillas, amusgaba el entrecejo, retrocedía paso a paso, azotándose con la cola, sin querer delatar el temor que se le anudaba en el pecho carnicero, mientras en sus pupilas glaucas se reflejaba el rojizo resplandor de las hogueras.

Pronto vinieron otros hombres, y con ellos caballos, toros, vacas, gallinas, gallos, puercos, y el can de inevitable olfato y de atosigante ladrar aborrecido. De entre los primeros, uno de los más simpáticos era el hermano menor del dueño de *La Fundación*, mocetón arrogante y alegre, en cuyos labios flotaba perennemente una sonrisa; y detrás de ellos, numerosos trabajadores, muchos de los cuales traían consigo a sus mujeres y a sus hijos. Algunos se ocupaban de medir el espacio con largas cintas delgadas, como serpientes, y luego alzaban pacientemente cuadradas edificaciones. Otros plantaban postes, y fijaban en ellos alevosos alambres de puntas aguzadas, en las que quedaban adheridos trozos del vellón de la piel de los venados.

Poco a poco el escenario de la naturaleza solitaria iba cambiando de aspecto, y llenándose de bulla y de animación. Si una manada de váquiras, muy temprano, con la fresca de la alborada, tomaba el sendero

habitual para ir al bebedero, lo encontraba interceptado por una rústica puerta, de golpe, de troncos desbastados, que habían colocado allí la tarde anterior. De la noche a la mañana veíanse surgir, como por arte de encantamiento, viviendas impenetrables, de las que pronto se alzaba el humo de los fogones y el aroma de las viandas que preparaban sus moradores. Primero eran apenas unos cuantos maderos erigidos en cuadrilátero; sobre ellos se alineaban luego diversas viguetas paralelas, en forma de costillar, de suerte que desde lejos semejaban osamentas de bestias muertas en la sabana; por último, sus constructores recubrían tal armadura con barro amasado con paja, y con hojas de palmeras, cerrándola del aire libre; y ya quedaba convertida en un nuevo antro de peligro y de terror, pues los animales sabían que desde allí habría de vigilar, día y noche, con su perpetua amenaza el ojo taimado del hombre.

Jinetes en rápidos caballos, que se enorgullecían de estar a su servicio, recorrían los intrusos las abiertas extensiones, ensordeciéndolas con el retumbar de los cascos, y hacían huir a toda prisa, para no ser aplastadas, a las víboras de cabeza achatada y las cuaimas de picadura instantánea. Peor aún era cuando, por modo más cauteloso y más artero, se internaban en silencio bajo la espesura, asesorados por el husmear de los sabuesos y en la mano la escopeta de cañón frío y muerte quemadora, y ni la arisca onza estaba a salvo en lo alto del árbol.

Hendiendo la tierra, la asoladora reja del arado pasaba por sobre las llanadas donde antes crecían únicamente los chaparrales. Y ni los sapos y las sardinitas estaban seguras en el río, porque hasta el agua inquieta llegaba el poder domesticador del hombre, quien a través de canales hechos con bambúes la conducía allí donde le hacía falta para abreviar la sed o despercudir a los chicuelos.

Prosperaba *La Fundación*. Crecieron y dieron sus frutos gordos y dorados los toпочales, sus vainas verdes y tiernas las plantaciones de

frijoles. Reproducíanse los ganados. Balaban los terneros; y al poco tiempo de nacidos ya estaban caracoleando en torno de sus padres los ágiles potrillos, de menudos cascos. La suegra del mayordomo, una vieja arrugada y llena de resabios, aseguraba que toda aquella bonanza se derivaba de los numerosos gatos domésticos que ella mantenía y cuidaba amorosamente.

—Hato sin gato no tiene buen resultado —sentenciaba.

Que se debiese o no a tal protección gatuna, ello es cierto que el trabajo redundaba que era una bendición. Se extendían las siembras, aumentaban las construcciones, se desarrollaban armoniosamente las labores cotidianas, multiplicábase la trabajadora población. Algunos animales se fueron habituando a ella. Vinieron las golondrinas a hacer sus nidos en los aleros de las casas, los garrapateros a subirse sobre el lomo de los bueyes para picotearles los parásitos; una paraulata se arriesgó una noche de luna a plantarse en el propio patio principal de la morada, y alzó el surtidor de sus trinos deliciosos enfrente de los dueños de la casa, quienes la escuchaban embelesados, arrellanados en las butacas que ellos mismos habían construido con cuero sin curtir; el zorro, en cambio, olfateaba desde lejos, sin arriesgarse muy cerca del corral de las gallinas, escarmentado por las muchas veces que cayó en las trampas que le armaban entre la maleza.

Fueron familiarizándose los animales vecinos con extraños ruidos: el chirrido de los hierros ardientes sobre la piel del maute, de la cual se esparcía el hedor de chamusquina; el tintineo de las vajillas de peltre, cuando preparaban las comidas; el crujido de las máquinas desgranadoras; las notas hondas, claras y quejumbrosas de las guitarras, que rasgueaban durante las noches estrelladas de tal modo, que su melancolía ascendía por el aire límpido, se dilataba en la inmóvil fosforescencia, y se iba a colgar, como gotas líquidas, de los trémulos luceros.

Y una noche lunada, también, distinguieron un sonido completamente nuevo y desusado: un rumorcillo tenue, y sin embargo agudo y penetrante. Ascendía del seno de la casa iluminada. Se repitió con porfiada insistencia, con algo de púa molesta que se clava en la carne, y que, a pesar de ello, produce una indefinible dulzura. El oírle causaba angustia, pero a la vez poco a poco iba embelesando el alma, y la replegaba sobre profundas meditaciones acerca de los misterios abisales del ser y de la vida. Diríase que aquel gritito quebradizo estaba vinculado, por medio de confusos nexos, con el parpadeo de las estrellas y con el silencioso pulso del universo. Algunos búhos, que velaban a esas horas, dieron vueltas atolondradas alrededor del tejado bajo el cual emergía tan peregrino murmullo; y una flexible onza, en andanzas de cacería, detúvose largo tiempo, anhelosa, acallando los apremios del hambre con las indecisiones de su admiración; porque aquél que se escuchaba era el prodigioso despertar de una existencia nueva, el primer vagido de una criatura humana que abría sus ojos en *La Fundación*.

Le había nacido una hijita al dueño de ésta. Al principio no fue más que un montoncillo rojizo de carne, con dos ojos pizpiretes e inteligentes y una enorme boca que berreaba a cada instante. Más tarde, sus músculos fueron tomando consistencia, sus huesos afirmáronse, su cuerpo se desenvolvía en formas redondeadas. Pasaron los años. La nenita se transformó paulatinamente en una niña encantadora, en cuyo rostro pícaro y deliciosas travesuras se advertía un trasunto de la jovialidad de su tío. El hijo mayor, en cambio, aquél a quien el padre había traído consigo y expuso al aire fresco de la llanura el día en que pisó terrenos de *La Fundación*, heredaba el carácter voluntarioso de su progenitor. Ambos alegraban la existencia de trabajo que allí se llevaba; y por las tardes, viendo cómo sus esfuerzos iban plasmando

en realidad y cómo la tierra generosa le recompensaba con creces el amoroso empeño con que la había cultivado, el amo solía sentarse en su silla de vaqueta, delante de sus pingües posesiones, y regalarse con algún descanso, mientras al lado la compañera fiel repasaba la ropa y la zurcía, y a los pies los hijos principiaban a deletrear.

Mas sucedió que un pequeño animalito, más pequeño que el pequeño terecai, más pequeño que el diminuto calzoncillo de siete colores: negro, azul, verde, anaranjado, amarillo, colorado y canela; más pequeño aún que el minúsculo tucusito, que se detiene inmóvil en el aire; mucho más pequeño que una sola zarpa extendida del poderoso Tío Tigre, más pequeño que su ojo zahorí, más pequeño que el ojo rojo del Caricare, para quien ningún escondite basta; todavía más pequeño que el pequeñísimo mosquito que le servía de portador: un microscópico animalito se introdujo furtivamente en *La Fundación*.

Allí, adonde con todo su poder no se atrevía a llegar Tío Tigre, ni con toda su rapidez el Caricare, llegó en sigilo el alevoso, agazapado en el interior del cuerpo de un insecto casi imperceptible, que se colaba por estrechas hendiduras. ¿Quién hubiera pensado que en receptáculo tan reducido pudiese caber tan grande mal? Ni las eficaces pupilas de aquellos animales superiores lograrán columbrarlo: sólo los misteriosos aparatos que fabrican los hombres hubieran podido alcanzar a su infinita pequeñez, distinguiéndolo en medio del oscuro suero en que se movía.

Venía con la sangre que su conductor, el mosquito, había chupado de un hombre enfermo. Allí, el esporozoo era objeto de una cierta evolución que lo hizo apto para su depravada empresa. El zancudo dentro del cual se guarecía penetró por la ventana de una casa, acercóse a una mujer dormida, se posó en ángulo de cuarenta y cinco grados sobre su garganta desnuda, y perforándole la piel con sus agudas piezas bucales, púsose a chuparle la sangre roja y tibia con la trompa codiciosa.

Dormía la mujer. Dormía a su lado, el marido. Dormían, en las cunas inmediatas, los tres hijos. Fuera, en otras casas, dormían los demás pobladores de *La Fundación*. Dormía el dueño, y dormía la familia de éste, y nadie, en la dormida naturaleza, ni siquiera el propio insecto que sorbía la sangre, pudo percatarse de cómo el plasmódium, con diabólica habilidad, supo aprovechar tan breve instante para colarse dentro del dormido organismo femenino.

Una vez dentro, atacó con voracidad el glóbulo rojo, se instaló en su interior, creció y comenzó a engordar en aquel ambiente rico y sustancioso. Muy pronto hubo ingerido el contenido entero del glóbulo; y entretanto sucedía la cosa más estupenda: el protozoo fue dividiéndose por una serie de tabiques en otros tantos corpúsculos, cada uno de ellos con su mínimo núcleo; luego estos gérmenes, en número de doce, se acomodaron en una colocación radial; y por último, cuando las esporas estuvieron desarrolladas y el glóbulo que las contenía estaba ya por completo aniquilado, se desprendieron unas de otras, y cada cual convertida en nuevo esporozoo fue a instalarse en nuevo glóbulo rojo, a dar principio al mismo proceso anterior.

De tal manera, reproducíanse los microorganismos con extraordinaria velocidad; escaseaba, en tanto, siempre más, en la sangre floja y aguada, la roja hemoglobina. Amarillearon las mejillas de la mujer; sus labios se pusieron exangües, sus miradas cenicientas. Sentía cómo la fiebre ardiente le ascendía por el pecho, cómo las manos y los pies se le helaban. Un pesado sopor le invadía el espíritu y la desgana para las faenas domésticas. Zumbábanle los oídos, se le requemaban los labios, escuchaba golpear contra la sien el pulso tardo y laborioso, se le cerraban soñolientos los párpados. Al fin no pudo más y se tendió en el catre.

Por su parte, el mosquito no había estado ocioso. Como aquélla era una mosquito hembra (porque el macho no vive de la sangre que chupa

a los hombres y a los mamíferos, sino que se alimenta de los jugos azucarados de las plantas), fue a poner sus huevos en un pantano que estaba en las cercanías. Nacieron larvas, las que extendieron en la superficie del agua un pincel de pelos, del cual quedaron colgadas en posición invertida. A poco se convirtieron en ninfas; entonces, nadando con ayuda del abdomen, sacaban del agua las dos orejitas implantadas en la parte superior de la cabeza, y por ellas aspiraban con deleite el aire puro y cristalino. Finalmente se transformaron en otros tantos mosquitos. Con satánica alegría volaron en la mañana primaveral, y chupando la sangre de la mujer ya enferma, fueron a inocular a los sanos el microbio destructor.

Cundió sobre las tierras fértiles de *La Fundación* el fantasma de la enfermedad. El amarillo paludismo entraba a los ranchos humildes sin que nadie le viese, a hurto de la mujer amorosa que preparaba la sopa al marido, o del esposo fuerte que extendía su mirada protectora sobre la cónyuge y los hijos. Sentado a la cabecera de la cama, tocaba con su dedo cáustico como un tizón ya a éste, ya a la otra, ya a los indefensos niños; y al punto se encendía en la vivienda atribulada la hoguera crepitante de la calentura.

El malestar que les envaraba los músculos, les ablandaba los huesos y les entorpecía el cerebro, hacía a los trabajadores displicentes. Desmañados, arrojaban al suelo la escardilla o el machete, y preferían tenderse a la sombra de un jobo, tiritando en pleno mediodía, a cumplir su tarea. Las labores del ható decayeron, faltas del vigor y del entusiasmo de sus ejecutores.

Un día, a la atardecida, cruzó por en medio de los plantíos un séquito silencioso. Colgando de una vara, que dos de ellos portaban, conducían a la primera víctima de la endemia; y en el collado que dominaba la sabana por el Este amaneció la primera cruz, como una nueva planta

exótica venida, sin que nadie la hubiese invitado, para permanecer allí y para prosperar.

Otro día, también a la hora del crepúsculo, el solapado mal hizo garra en el mocetón, hermano del dueño de la finca. Ocupábase en castrar unos novillos que venderían en la próxima cosecha, cuando un anofeles volandero pasó a su lado y se sintió provocado por su cuerpo tan joven. De allí a poco expiraron en su boca las coplas bulliciosas; el galerón, que tiene entrada de jácara y salida fanfarrona, no le alegró más el semblante; no se le anubló más el agridulce regusto del cantar, que se entona con la cabeza ladeada y con las miradas perdidas en la lejanía. En adelante sus manos rehusaron acariciar la pulida guitarra, de cintura de mujer. Repugnábale el trabajo. Se fue quedando débil y abatido, y en balde resultaron todos los desvelos de quienes lucharon por apartar de su lado la muerte aterradora.

Pero cuando se vino a colmar la desesperación de su hermano mayor, fue en la ocasión en que la propia hija, aquella niñita de bucles cuya risa era un cascabel y cuyas manitas de ensueño acostumbraban a deslizarse sobre el plumaje de los pichones, enfermó. Sin pérdida de tiempo, el padre hizo ensillar el mejor caballo y corrió a la lejana población en busca de médico. Llovía torrencialmente. El abrupto sendero estaba cubierto de un fango baboso, en el que resbalaban los cascos del corcel. De las serranías bajaban espumeantes las quebradas. El viajero encontró el río fuera de madre, y sólo pudo vadearlo tras penosos intentos. Cuando llegó a donde se proponía, extenuado él y cubierta de sudor la cabalgadura, se vio en la necesidad de alquilar un segundo caballo para volver con el facultativo.

A su regreso, una fiebre terrible había prendido en el tierno organismo de la niña. Deliraba; sus ojos giraban desordenadamente en las órbitas, y, por momentos, se clavaban angustiados en los circunstantes, como

impetrándoles su protección. Parecían inquirir, en su pavor, la razón de ser de aquel padecimiento que se cebaba por modo tan injusto en su inocencia. De vez en cuando emitía palabras entrecortadas e incomprensibles; o ejecutaba débiles gestos con las manitas blancas, las que no acertaban a alejar de sí ni la calentura ni el dolor.

—¿Por qué ha de ser ella? ¿Por qué no me moriré más bien yo, que soy una vieja inútil? —exclamó de repente la dueña de los gatos, y rompió a llorar.

Al día siguiente hubo que hacerle una cunita blanca, para enterrarla.

Este golpe afectó muy hondamente al padre. Volvió con mayor desaliento que nunca a las faenas. Había perdido su espíritu emprendedor. El hato comenzó a arrojar pérdidas. Malográbanse las cosechas. Cada vez abundaban más los ranchos desocupados; en cambio crecía el camposanto, y dentro de sus términos siempre más anchos, siempre eran más numerosas y próximas las menudas cruces.

No tardó en enfermar, igualmente, la esposa, la que desapareció con los ojos melancólicos y una sonrisa desvaída. Y cuando, por último, el hijo que le quedaba también se sintió mal, su padre no resistió más; lo tomó consigo, y, seguido de los supervivientes, huyó para siempre de aquel campo de desolación.

Durante algún tiempo permanecieron en pie las construcciones, testigos del pasado bienestar. Dejados de la mano del hombre, los ganados rompieron palizadas y talanqueras, y se dispersaron por el desierto, volviéndose montaraces. A la intemperie de la lluvia y del sol, los marranos criaron largas cerdas, sus colmillos se aguzaron, y se volvieron tan salvajes y tan feroces como los terribles carniceros. Las aves domésticas cayeron en poder de los zorros, a quienes ya no contenían las estratagemas de los hombres.

Zacates y zarzas fueron los primeros en invadir los antiguos dominios, iniciando la venganza y la reivindicación de la selva. En medio de las baldosas del patio brotaron su porfiado tallo las escobas amargas, sus florecidas azules la suelda consuelda. En los rincones, en los derrames de las ventanas, donde quiera que se depositaba una pulgada de tierra, la cubrían enseguida las hojas ovals del golondrino. En el jardinillo, donde antaño la dueña se esmeraba en cultivar la paz del alma y la astromelia, cundieron los enojosos cadillos, la batatilla y el hediondo pasote. Los sitios frescos fueron dominados por alfombras de verdolagas.

Las cercas fueron cubiertas por las pascuas, por el venenoso ñongué. Sobre los guanábanos y los guayabos cayeron tiñas, barbas de palo, mapalalos. En los techos pajizos anidaron millares de arañas, de alacranes, la fétida chinche, el ciempiés de cuerpo amarillento y negras patas. Luego las lluvias y los vientos asolaron los tejados, y sólo quedaron ruinosas paredes de tierra roja, que el tiempo descalabraba.

Vino de nuevo la víbora, y puso huevos sobre el cemento de los preteritos pisos, porque allí el sol los empollaría más fácilmente. En medio de lo que en otros días eran recintos humanos, crecieron la cascabel, cuyas semillas imitan el sonido de la serpiente del mismo nombre, y el tártago, de gordas frutas erizadas de púas. Cuando las hierbas y malezas hubieron destrozado el pavimento, una ceiba nació en el sitio donde había estado la cuna de la niña. La semilla fue traída sin duda por el viento, gracias a la ligera lana con que iba envuelta. Creció la planta con rapidez; se hizo corpulenta; asomó su redondeada copa por encima de los muros; apoyó contra uno de éstos una de sus fuertes ramas; día tras día, semana tras semana, meses enteros, persistió la presión de la tesonera masa vegetal sobre la argamasa fabricada por los hombres; al fin la última no pudo soportar más: agrietóse la tapia, rodaron desprendidos adobes y piedras, y terminó por desaparecer la casa.

La selva soberana volvió a imperar sin émulos. No temió más váquira atravesar el paraje en solicitud de algunas batatas ; o yucas que hubiesen quedado enterradas en los rastros; y en lugar de las notas de las guitarras, se oía en medio del silencio el castañeteo de sus dientes. En los lienzos de muros que restaron, semejantes a cuerpos mutilados, sentábanse los macacos a espulgarse o a celebrar sus ruidosas asambleas. Las lagartijas, de lenguas escamosas, tomaban el sol en los sueltos pedazos de cemento. A lo lejos, en el aire diáfano, un grupo de cotorras recitaba en alta voz las lecciones de preceptiva literaria que les había puesto su maestro, el Araguato. Más allá aún, los Güirirís, con acopio de términos científicos y difíciles tecnicismos, discutían cuál es la mejor manera de volar en formación. Y en la vieja acequia, sellada de matas de berro, un Sapo enamorado, dirigiéndose a una linda Ranita verde que no se dignaba asomar a su balcón, entonaba la siguiente serenata:

Sólo me das por quererte,
niña del verde mirar,
el alivio de un cantar
donde tu imagen se vierte.
Y si así quieres mi suerte
yo te voy a preguntar,
niña de luz de lucero,
si es tu querer altanero
que cante porque te quiero
o te quiera por cantar.

Adoptando un sentido enigmático y sibilino, la Ranita Verde le contestaba:

Como el penacho en la palma,
como el viento en el palmar,
como en el viento la canta
y la pena en el cantar.

En su amorosa impaciencia, el Sapo insistió:

Quererte a ti es de tal suerte,
niña de los ojos verdes,
que si te quiero, me pierdes,
y si no, me das la muerte.
Y pues mi suerte es quererte
no será mal que recuerdes,
niña de luna en el caño,
que con tus ojos de engaño
si lo niegas, me haces daño
y si me miras, me muerdes.

Sin abandonar su actitud de pitonisa, aquélla replicó:

Como el curare en la flecha,
el zumo en el barbasal,
como el ensalmo en el daño
y el daño en la voluntad.

La temperatura era tibia, el aire diáfano; la brisa venía embalsamada con olores de albahaca, de mastranto, de tomillo, de mejorana. Bajo su efecto sedante, en medio de los restos parduzcos de paredes, de las lajas sueltas y de los trozos de cemento desparramado que marcaban el sitio de *La Fundación* a la sombra de un gigantesco tamarindo, Tío Conejo dormía pacíficamente.

—¡Hum! ¿Dormido ése? —rezongó Tío Tigre—. Tío Conejo no se duerme. Lo que está haciendo, seguramente, es echándose las de dormido a fin de inspirarme confianza.

—Pero ¡qué va! —se aseguró a sí mismo—. Yo no soy tan incauto. Estoy muy aprendido con las malas pasadas que él mismo me ha hecho, y lo que es en esta ocasión no caigo en el lazo que me tiende.

En conformidad con este propósito, Tío Tigre no se aproximó en derchura a su enemigo, sino que por el contrario se alebró entre la maleza, tratando de ocultarse a sus miradas, y permaneció inmóvil, y atento a su menor movimiento.

—¿Qué trampa será la que tiene preparada? —se decía—. Ese vagabundo es un diablo para inventar maldades. A buen seguro que no está solo. Me atrevo a apostar a que detrás de aquel cerrito, allá a la derecha, se encuentra agazapada una legión de bandidos de su misma ralea que me han tramado una emboscada. ¡Tan sonsos! No saben con quién se la están entendiendo. Tío Tigre es ahora un militar muy zamarro avezado en los ardides de la guerra, y les doy ciento y raya en todas sus marrullerías.

Obrando, pues, en consecuencia con su carácter de estrategia consumado, púsose a reflexionar cuál sería la táctica más adecuada en las circunstancias. Díjose que antes que nada precisaba verificar sus presunciones con respecto a los escondidos detrás de la eminencia. Dando un larguísimo rodeo se arrastró, tan silenciosamente como era capaz, hasta

el montículo. No había nadie allí. Desde su altura se podía distinguir mejor a Tío Conejo, tendido en medio de los escombros.

—Sí como que está dormido, el idiota —pensó.

Entonces se decidió a acercársele paso a paso. Avanzaba un poco, se detenía, enderezaba las orejas y abría los fulgurantes ojos, mientras los mostachos se le erizaban y un temblor nervioso recorría sus músculos, prestos a dar el salto de retroceso a la mínima señal que le alarmase: de tal manera la fuerza y la fiera se miden siempre, a pesar de su aparente superioridad, de la inteligencia y de la astucia. En tanto que se le aproximaba, iba sin embargo, tranquilizándose. Lo husmeaba a la distancia, y se azotaba el hermoso cuerpo con la cola.

—¡Sí, sí! ¡Está dormido! ¡Cayó en mis manos el mentecato!

Una gran sonrisa abrió su boca roja, donde brillaban los colmillos afilados. Levantó la poderosa zarpa, listo para dejarla caer sobre el endeble cuerpo de su aborrecido adversario.

—De ésta sí que no te escapas... —se prometió.

Efectivamente. Tío Conejo estaba tan dormido de un modo tan profundo como suele hacerlo su comadre la Pereza, cuyo sueño no perturban ni los terremotos. Había trabajado mucho, el pobre, durante todo el día. Regresaba extenuado, con su hacha al hombro; vio el tamarindo y su apacible sombra, y no resistió la deleitosa tentación. Ahora soñaba beatíficamente: soñaba con que se había convertido en enorme animal carnívoro. Sus manos engrosaron, armáronse de uñas, su pecho se hizo cuadrado y formidable. Había vestido las polainas, el uniforme de gala y el arrogante kepis de Tío Tigre. Cuando hablaba, su voz adquiría volumen de rugido imponente, ante el cual desfallecían amedrentados sus antiguos compañeros. Un respetuoso terror envolvía su personalidad, colocándola en posición eminente: hallábase sentado en un trono, los pies sobre un escabel de oro macizo; y

bajo la amenaza de su foete, Tío Tigre, pálido de miedo, trabajaba afanoso en una cunita que fabricaba para el Conejillo y en una mesa de tocador para la Tía Coneja. Las orejas de Tío Tigre habían crecido desmesuradamente.

—¡Epa, amigo! ¿Qué hace usted ahí?

Tío Conejo abrió los redondos ojos, sobresaltado. Por largo rato permaneció inmóvil, paralizado por el susto, sin atreverse a menear un dedo ni a abrir la boca para contestar.

—Todavía estoy soñando —se dijo—. Ahora tengo una pesadilla.

Cerró otra vez los ojos, apretándolos con fuerza, y a poco los abrió de nuevo, en la lejana esperanza de que, por medio de tan inocente subterfugio, la horrenda visión habría de desaparecer. Pero no: allí estaba, a unos centímetros de su diminuta naricilla, la gigantesca cabeza de Tío Tigre, quien lo miraba con los ojos enrojecidos desde las alturas de su sonrisa de victoria.

—¿Como que te habías dormido, no? —le dijo con tono zumbón—. ¿No sabes que a camarón que se duerme se lo lleva la corriente?

Mas en el brevísimo intervalo ya Tío Conejo había tenido tiempo para hacer su plan.

—No —respondió—. No estaba dormido. Había cerrado los ojos y me mantenía inmóvil para ver si lograba apresar las novillas.

Observó de medio lado, con desdeñoso disgusto, a su corpulento adversario, y añadió:

—Pero ahora se presenta usted a estropearme la combinación. ¡Maldita sea! Tío Tigre quedó estupefacto.

—¿Las novillas? —murmuró—. ¿Qué novillas?

Tenía previsto que, al encontrarse cogido en sus manos, Tío Conejo intentaría escurrirse de ellas por medio de humildes zalemas

y de falsos halagos. Contra éstos venía prevenido el potentado, pero no contra su altivez ni su desprecio; y el tono de seguridad, de frío desdén, y de olímpica irritación con que le habló, así como la original salida con las tales novillas, lo desconcertaron por completo, dando al traste con sus más elaborados preparativos mentales.

—¿No me pides perdón? ¿No te has dado cuenta de que has caído en mi poder? —preguntó, lleno de inocencia.

Tío Conejo se encogió de hombros.

—¡Bah! —replicó—. Después que se me ha desbaratado una oportunidad tan bonita, ¿qué puede importarme el caer en su poder?

Tío Tigre lo miró admirado.

—Pero, bueno: ¿qué oportunidad, y qué novillas son esas de que hablas?

—¡Ah, sí! ¡Cómo no! Ya se lo voy a decir —respondió Tío Conejo—. Me viene a hacer preso, me cubre con sus amenazas, me importuna en el momento más interesante, me frustra mi hermoso e infalible proyecto, y encima pretende que yo le revele mi secreto... Un secreto que me ha costado tantos desvelos descubrir... ¿Usted me cree tan candoroso así?

Fijó sus sagaces ojillos en su contendor, lo midió de arriba abajo, como si calculara mentalmente su fuerza física y sus posibilidades.

—Y con mayor razón si se piensa que no hay animal alguno que le pudiera sacar mejor provecho al plan que yo he ideado, que usted mismo. Con esos brazos, con ese tamaño, con esa formidable potencia muscular que tiene usted... ¡No! Si usted es el más indicado para aprovecharse de esa ganga.

—Pero, bueno, ¿de qué se trata, por fin? Acábemelo de decir, que estoy reventando de ganas de saberlo.

Como si no le escuchase, Tío Conejo continuó hablando como si reflexionase en voz alta.

—Y así sería la combinación mucho más segura todavía, y, sobre todo, más productiva. No se perdería tiempo esperando a que las novillas bajasen por su propia voluntad. El uno se iba hasta donde ellas se encuentran, y las echaba por delante. El otro se plantaba en el callejón por donde desemboca la sabana. Este último tendría que ser Tío Tigre; con su agilidad y su fuerza no habría una sola novilla que escapase.

Tío Tigre ardía en curiosidad y en interés.

—Pero, Tío Conejo —repetía—. ¿Qué combinación y qué novillas son ésas? Si me revelas tu secreto yo te prometo dejarte libre y no hacerte nada.

Tío Conejo lo contempló de nuevo, con atención; parecía estar sopesando la garantía de sus palabras.

—No —dijo por último—. Ni que fuera loco. Yo lo conozco a usted muy bien, Tío Tigre. Si le doy mi secreto, se coge usted mis novillas, y además me hace prisionero, y quién sabe cuántas otras formas de venganza toma sobre mí.

—No, mi querido Tío Conejo —insistió el otro—. Te doy mi palabra de honor de que a cambio de tu secreto te dejo suelto y me comprometo a no molestarte en el resto de tus días.

Mucho rato siguieron las porfías de su parte, las evasivas y reticencias por la de Tío Conejo. Por último, concertaron un pacto formal.

—Usted sabe, Tío Tigre, como lo sabemos todos los animales, que en este sitio estuvo en otros tiempos un hato de los hombres —explicó Tío Conejo—. Los hombres murieron, víctimas del paludismo; las edificaciones se derrumbaron, y todo el ganado existente, según creencia general, se dispersó, habiendo desaparecido en su totalidad con las pestes, las

inclemencias de la naturaleza salvaje o devorados por los carniceros. Pero lo que no saben ni usted ni los restantes animales es que, en realidad, no es así. Tal es mi secreto, y esto es lo que le comunico en virtud del pacto de caballeros que acabamos de sellar. Allá arriba, del otro lado de esa fila de cerros, se extiende un hermoso banco de sabana rodeado de monte, adonde han ido a refugiarse numerosas vacas cimarronas. Están gordísimas y rozagantes. Mi sistema era, como usted acaba de verlo, el esperar que alguna de ellas, buenamente y por su propia voluntad, bajase hacia este lado. Pero ahora, entre los dos, el procedimiento se simplifica mucho. Muy fácilmente puedo subir hasta la altiplanicie, rodear, por el lado de atrás, la mancha de ganado, y arrear cuatro o cinco de las más gordas para acá. Usted las espera aquí con el objeto de atajarlas. Pero eso sí: tiene que adoptar el mismo método que me vio a mí, es decir, debe usted aparentar que se ha quedado dormido e inmovilizarse por completo. De otra suerte las vacas se espantan y se pierde todo el trabajo.

El plan pareció admirable a Tío Tigre; pero dudaba de que las informaciones de Tío Conejo fuesen verdaderas.

—¿Y quién me dice que no te vas a fugar por el otro lado, dejándome con un palmo de narices?

—No, la meseta no tiene otra salida que hacia acá.

—¿Y quién me dice que sea verdad que existen tales vacas?

—¡Hombre! ¿Todavía lo duda? —protestó Tío Conejo—. Entonces es mejor que no hagamos ningún negocio. ¿Dónde tiene usted el olfato? Métale la nariz al viento para que se convenza. ¿No percibe ningún olor?

Tío Tigre husmeó en el aire.

—Sí —confesó—. Como que huele a vaca.

—Y a vaca gorda —ratificó Tío Conejo.

En consecuencia, comenzaron a poner en planta su proyecto. Tío Conejo condujo a Tío Tigre a la salida del zanjón donde debía apostarse en espera de su presa. Allí le dio las últimas instrucciones.

—Colóquese aquí, en este boquete, acostado en el suelo, con los brazos y piernas abiertas. ¡Cuidado como las va a dejar pasar! Mire que esta noche se da usted su buen hartazgo de vaca gorda.

—¡Ah, se me olvidaba! —agregó, antes de alejarse—. Tenga presente el cerrar los ojos cuando las oiga bajar. Mire que esos ojos suyos son como dos tizones encendidos: relumbran mucho, y si una vaca los vislumbra a lo lejos, se vuelve enseguida, aterrorizada, y mucho trabajo nos costaría conseguirla otra vez.

Entonces emprendió la ascensión de la cuesta. Durante varios minutos se escuchó el ruido de alguna pedrezuela o de un poco de arena que rodaban bajo sus pies. Después se restituyó el silencio. Ya caía la noche, y sobre el cielo, de un azul profundo que se teñía de violeta hacia el horizonte, empezaban a apuntar los luceros, como disparados desde el infinito por una mano invisible. El instante de calma que precede a la noche había reemplazado a los numerosos ruidos del atardecer. Todavía cruzó por el espacio, aprisa, una bandada de loritos, a los cuales se les había hecho tarde; y la primera lechuga salió de su escondrijo y lanzó a lo lejos su grito agudo.

—¡Caramba! ¡Tanto como se tarda! —pensaba Tío Tigre a medida que el tiempo se deslizaba en impenetrable silencio. Su torpe cerebro era campo de batalla de contradictorios pensamientos: por un lado la gula, la esperanza y la codicia; por el otro la duda, la desconfianza y arrebatos de ira.

Mas por último comenzóse a oír un ruido que se acentuaba por momentos.

—¡Caracoles! Ya como que levantó una vaca. ¡Y debe ser bien grande! —pensó, lleno de emoción.

En efecto, a juzgar por la forma como crecía el rumor, se trataba de una presa de considerable entidad. Esto vino a confirmar la voz de Tío Conejo, quien gritaba a lo lejos:

—¡Aijóoooo, aijóoooo! Tío Tigre. Ahí va una. Agárrese duro. No la deje pasar. Cierre bien los ojos. Tío Tigre; cierre bien los ojos.

El taimado animalito había encontrado un enorme peñasco, de cerca de un metro de diámetro y cuarenta arrobas de peso, colocado en inestable equilibrio en la ladera inclinada. Después de trabajar afanosamente, escarbándolo por el lado inferior, Tío Conejo logró sacarlo de su hueco y desprenderlo vertiente abajo, en dirección al sitio donde aguardaba su sempiterno enemigo. Entonces fue cuando voceó sus instrucciones.

Dócil a ellas, el tremendo carnívoro esperaba, afianzado con firmeza en el suelo, los brazos abiertos, las manos extendidas, todos los tendones tensos, en la expectativa del encontronazo, y los ojos bien cerrados...

Botado por una ligera ondulación del terreno que había a pocos pasos de Tío Tigre, el inmenso proyectil se elevó en el aire, describiendo una parábola, de forma que el brutal golpe lo recibió en pleno pecho y en la cara, y de no haber estado tan afincado en la tierra, lo disparara a varios metros de distancia. En ella quedó casi incrustado.

—¡Que se me va la vaca! —pudo todavía gemir, aturdido.

Y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, púsose de pie trabajosamente y, a pesar de la inquina con que veía sitios semejantes desde cierto episodio anterior de su existencia que no le gustaba recordar, fue

arrastrándose hasta el puesto de socorro más cercano, a que le pusieran compresas de árnica y le sobaran los huesos magullados.

El Toro Parapara

HECHO un *ecce-homo* estaba el fornido Tío Tigre, la cara cubierta de bizmas y adhesivos, un brazo en cabestrillo y el pie derecho vendado con hilas descansando sobre un cojín. La Culebra Sobadora le removía una ardiente cataplasma que tenía a lo ancho del peludo pecho; y aunque lo hacía con sumo cuidado, no lograba evitar que se viniesen innumerables cerdas, de las que en aquella parte formaban bosque inextricable, ni que a cada una de ellas el dolorido emitiese un gemido.

—¡Ay, pobrecito! ¡Cuánto debe estar sufriendo! —lamentaba la Sobadora, y se recriminaba su escasa habilidad.

—Es muy valiente —afirmaba la Marimonda—. Otro, en su lugar, estaría dando berridos.

—Muy cierto es —dijo la Garza Morena con voz desfalleciente—. Yo no resisto un espectáculo tan atroz. Si continuas torturándolo de ese modo, Sobadora, me desmayo.

Con el cinismo que le era habitual, en lugar de conturbarse con aquella escena, el Cigarrón comenzó una digresión:

—El desmayo es el supremo recurso del temperamento femenino. Es la forma más elocuente que tiene para expresarse, ya sea en el dolor, ya en

el éxtasis, ya en los arrebatos de la pasión o en los sacudimientos de la emoción. No concibe lo patético ni lo sublime más que por medio del desmayo. Y como, por otra parte, la fuerza de las damas está en su debilidad y la manera como extreman su debilidad es desmayándose, resulta que la mayor fuerza femenina es el desmayo. ¡Temblemos, señores, cuando una de ellas anuncia que se desmaya!

—¡Por Dios, Don Cigarrón, no sea tan cruel con nosotras! —susurró la Macaurel, mirándole tan rendidamente que cualquiera creería que ya se iba a desmayar.

Por fortuna, en ese momento entraba Doña Pava del Monte con una taza cuyo contenido rebullía con la cucharita.

—Vamos, querido: tenga ánimo —le dijo a Tío Tigre—. Tómese este *consomé* que le he preparado con mis propias manos, y sentirá como le baja el alma al cuerpo.

—Y yo —añadió Ña Guacharaca—. Le traigo este par de pichoncitos tiernos. Nada hay que reconforte a un convaleciente como los pichoncitos tiernos.

—Lo que debieran darle es las cinco harinas —opinó la Zorra—. ¿No saben ustedes la receta? Harina de trigo, harina de arroz, harina de maíz, harina de cebada y harina de *sulú*. Se hace un atol, después se cuele. Es un fresco delicioso, muy bueno para aporreos y magulladuras.

La mención de estos dos últimos sustantivos fue indiscreta. Produjose un embarazoso silencio; los circunstantes se miraban unos a otros, sin saber qué decir, hasta que el Profesor Mochuelo dijo:

—De manera, mi ilustre jefe, que usted opuso una resistencia heroica a su descomunal contrincante.

Todas las miradas se clavaron en Tío Tigre.

—Desde luego que sí —contestó éste—. Hice lo que está dentro de mis fuerzas, pero... ejem... Ya ustedes ven... No fue posible vencerlo. Aquél no era un enemigo común: ¡Aquello era un alud!

—¡Uy, qué espanto! —silbó la Sobadora.

—Debe haber sido algo tan terrible como gigantesco para poder vencerlo a usted —exclamó Doña Pava del Monte.

—Pero, ¿qué sería? —interrogó la Zorra—. No me explique nada ni nadie pueda vencer a nuestro invicto caudillo.

—No he conocido nunca cualidad más ingrata que la invencibilidad —dijo el Cigarrón—. Su mérito no está en conservarla, sino en arriesgarla, y su desgracia no está en perderla, sino en la imposibilidad de recobrarla. Yo, por ejemplo, soy un animal invicto, porque nunca me he expuesto a que me venzan, pero, por esta misma razón, nadie me lo reconoce.

—¿Y usted no pudo precisar la naturaleza de su contrincante? —preguntó el Camaleón.

Tío Tigre vaciló.

—Tío Conejo me dio a entender que me iba a mandar una... que me iba a mandar un toro —respondió al fin.

—¿Un toro? —corearon los presentes, horrorizados.

—Debe haber sido el toro Parapara —opinó el Matacán— Es el más fuerte de los enemigos de los animales libres. Es el enemigo número uno.

—Sí, sí. Debe haber sido el toro Parapara —repitieron los demás.

Los ojos glaucos de Tío Tigre paseáronse con expresión dudosa sobre los rostros de sus visitantes.

—Sí, puede haber sido el toro Parapara —convino, aunque con mucha lentitud—. Yo estaba al pie del barranco por donde desemboca la altiplanicie...

Se detuvo, sin ganas de seguir contando el episodio; pero sus oyentes lo apremiaron, comidos de un ávido interés:

—A ver, a ver... Cuéntenos, compadre, cómo fue la cosa —dijo el Coronel Caricare.

—¡Sí, hombre! Cuéntenos, cuéntenos —apoyó la Garza Morena, deseosa de un nuevo motivo de desmayo.

Por algunos instantes todavía permaneció indeciso Tío Tigre, mirándolos uno a uno.

—Yo estaba al pie del barranco —reanudó—. Tío Conejo me había dicho que tuviera cuidado, que... que el animal que teníamos que atajar era una criatura descomunal, y que habría que usar de grandes fuerzas para contenerlo...

—No hay duda: era el toro Parapara —prorrumpió el Azulejo.

—También me había aconsejado que me mantuviese inmóvil, con los ojos cerrados, fingiéndome muerto o dormido, a fin de no espantarlo.

—Es cierto. Ese es un ardid de guerra muy bueno —informó el Coronel Caricare—. Nosotros lo usamos en la pelea del *Chivo Muerto* contra las legiones de zamuros comandadas por el Rey Zamuro. Nos tendimos alrededor de la presa cuya posesión se disputaba; los dejamos que se acercaran, y de repente caímos sobre ellos, destrozándolos. De otro modo los cobardes no se hubieran puesto a nuestro alcance.

Entretanto, Tío Tigre había hecho su composición mental.

—Tío Conejo me advirtió que se trataba de un ser misterioso, de talla excepcional, dotado de poderes ante los cuales poco podían las fuerzas comunes de los animales. En esto Tío Conejo no me engañó. A pesar de sus prevenciones, yo me decidí a hacerle frente, confiado en mi poderoso brazo y en la manera como hasta ahora, con el favor del Dios de los ejércitos, he salido airoso de muy graves peligros.

—¡Qué valor! —exclamaron todos.

—¡Qué gesto! ¡Qué gesto de sublime denuedo! —proclamó el Azulejo.

—Me sostuve a pie firme, puse en tensión mis músculos, enarqué el pecho, me afiancé sólidamente en el suelo, en posición de combate, y, sin que el miedo turbase mi esforzado corazón, esperé impertérrito, con los ojos cerrados, como me había recomendado Tío Conejo.

—¡Admirable! ¡Admirable! —volvió a decir el Azulejo—. Señores: propongo que se le erija una estatua a Tío Tigre por esta hazaña de nunca visto valor.

—¡Sí, sí! ¡Una estatua para Tío Tigre! —aprobaron todos.

—El silencio era hondo —prosiguió el héroe, emocionado con su propio relato—. Ya caía la noche. Estremecimientos de frío y de terror recorrían el espacio. Todo, en la naturaleza sobrecogida, indicaba la inminencia de un acontecimiento prodigioso.

—¡Uy, qué miedo! —silbó la Sobadora.

—En esto comienza a percibirse un extraño ruido. En principio apenas perceptible, en cosa de segundos cobra fuerzas hasta convertirse cuando menos se piensa en estruendo aterrador, un horrísono estampido que llena todos los ámbitos, repercute en las inmensidades, hace estremecerse a las montañas y detenerse al viento, y llena los cielos y las tierras como anunciando el fin del mundo.

—¡Ave María Purísima! —oró la Zorra.

—Entonces me preparé para la lucha, templé mis fibras y nervios, me sostuve con mayor tenacidad para resistir el primer envión, y me encomendé a mi Dios, a mi Patria... y a mi Dama.

Y al decir estas últimas palabras, bajó la voz, emitió un suspiro, y, entornando los párpados, primero puso los ojos en blanco y después los

clavó en el suelo. La Garza Morena, Doña Pava del Monte, Ña Guacharaca, la Marimonda, la Macaurel, la Cantárida, la Zorra y la Culebra Sobadora se ruborizaron a la par.

Tío Tigre quedó ensimismado.

—Bueno, ¿y después? ¿Qué más, compadre? —lo interpeló el Coronel Caricare.

—¿Después...? ¿Después...? —murmuró él con un tono de ausente. Sus miradas se nublaron, su semblante ensombreció, dejó caer la cabeza sobre el pecho, como abrumado por los dolorosos recuerdos.

—¡Ay, no! No sigamos martirizando al infortunado adalid —protestó la Garza Morena—. No lo obliguemos a revivir esas escenas que deben haber sido atroces...

—¿Después...? No es necesario que lo relate: yo me puedo imaginar la escena que siguió —gritó el Azulejo; saltó al medio del aposento, y abriendo los brazos, y gesticulando con fuerza, como si se hubiese convertido en protagonista del combate, declamó—: Después vino el encuentro ciclopeo, el violento choque de los elementos desencadenados, la colisión de las majestuosas fuerzas contrapuestas, la maravillosa elevación de un espíritu indomable que afronta amenazas demoníacas, la lucha contra todas las potencias del Averno, el estallido de las furias, el retumbar de los mandobles, todo el horror y, al mismo tiempo, toda la épica belleza de la lid, y, por último, la desesperada resistencia, el convencerse poco a poco de la imposibilidad de superar aquello que, por el propio designio del Creador, estaba predestinado a ser insuperable, la soberbia temeridad de no rendirse, y nuestro perínclito jefe, nuestro amado Tío Tigre, que queda vencido, pero cubierto de honor y de gloria, ¡vencido no!, momentáneamente retirado, estratégicamente replegado, pero incólume y formidable y audaz para volver a la contienda en el momento oportuno, con renovados bríos, a infligir su castigo al miserable...

Aplausos estrepitosos acogieron su brillante arenga.

—¡Una estatua! ¡Una estatua para Tío Tigre! —insistió entonces el Azulejo, y su voz dominó el tumulto.

—¡Una estatua! ¡Una estatua para nuestro amado conductor! —resoló unánimemente.

Al día siguiente, sin que se levantase una sola voz en contra, el Parlamento votaba la estatua para el gallardo guerrero. Erigióse el monumento, y en su pedestal se puso con letras de oro:

«A Tío Tigre, el invicto.

Por la hazaña de que dio ejemplo

ante el facineroso Parapara.

LA PATRIA AGRADECIDA.»

Esa misma semana, el Coronel Caricare fue de visita a la casa de su amigo.

—Compadre, aquí, *inter nos* —le dijo—. Yo estoy convencido de que, efectivamente, fue al toro Parapara a quien usted hizo resistencia; pero, por su parte, usted está seguro de que, en la pelea del *Chivo Muerto*, yo le gané al Rey de los Zamuros... ¿No es así?

Y le guiñó el ojo.

Tío Tigre se asombró:

—Yo lo creo, compadre. Yo nunca había dudado de que...

Pero de repente se interrumpió, atacado de súbito por aquella duda que nunca había tenido. Entonces se sonrió, y respondió:

—Por supuesto, compadre. Estoy segurísimo de eso.

El Caricare también sonrió y le volvió a guiñar el ojo.

—Muy bien, compadre. Así es como se ganan las guerras: con *guáramo*, como nosotros...

Esta entrevista fue muy útil. Tío Tigre propuso en gabinete que el Coronel Caricare fuese ascendido al grado de general de brigada, y lo consiguió en el acto; y, por su lado, el Caricare regaba a los cuatro vientos su opinión de que la proeza del compadre era una de las más grandes hazañas registradas en la historia de los animales. Sus declaraciones le conquistaron muchas simpatías. Los animales se hacían lenguas de la sinceridad con que reconocía méritos a su rival en la carrera de las armas; y ambos caudillos crecieron en prestigio popular.

Semejantes testimonios resultaban tanto más valientes, por aquellos tiempos, cuanto que un pequeño grupo de disidentes mostrábase refractarios a aceptar la versión que corría.

—¡Hum! ¿El toro Parapara? ¡Qué va! —murmuraba el Chigüire—. Si hubiera sido el toro Parapara no queda ni el menor de los bigotes de Tío Tigre para contar el cuento.

—Además, Tío Conejo es incapaz de aliarse con el toro Parapara en contra de ningún animal libre —observó la Lapa.

—¡Es cierto! Eso hubiera sido una vileza —saltó el Cachicamo— Ninguno de nosotros puede aliarse en ninguna ocasión, ni tener trato de la especie que sea, con los ruines animales que están al servicio de los hombres.

El Camaleón, quien, de los salones con cortinajes de brocado de Tío Tigre pasaba a los humildes recintos, olorosos a queso y papelón, de la pulpería del Cachicamo, allá ponía el episodio por artículo de fe, mas aquí lo negaba y rebatía:

—Que no me vengan a mí con esa patraña... —opinó—. Yo que oí el relato de los propios labios de Tío Tigre, puedo asegurarles a ustedes una cosa: ése no es el modo de hablar de un animal que dice la verdad. Las

frases se le trabucaron dos o tres veces, y por encima de la ropa se le veía que estaba inventando embustes.

—No. El toro Parapara no fue. Yo sé que no fue —afirmó el Oso Melero; y como todos sus oyentes estaban convencidos de lo mismo, a nadie se le ocurrió preguntarle el fundamento de su aseveración.

Lo malo es que, así como iba de la casa de Tío Tigre a pulpería del Cachicamo, el Camaleón se encaminó de la pulpería del Cachicamo a la casa de Tío Tigre. Entró en ésta informando:

—¿No saben ustedes lo que alegan esos bandidos del Cachicamo y del Chigüire y del Oso Melero y los demás? Que no es verdad que nuestro amado jefe haya medido sus fuerzas con el toro Parapara, porque Tío Conejo de ningún modo se hubiera aliado con el toro Parapara, lo que sería una traición.

—¿Una traición? ¿Una traición? —repitió el profesor Mochuelo, y al punto se hundió en profundas cavilaciones. Ya sabe que las cavilaciones del Mochuelo son siempre productivas.

En tanto, la noticia traída por el Camaleón causaba un revuelo de ira.

—¿Dicen eso? ¡Qué insolentes son esos deslenguados! —bramó el General Caricare, furioso.

—El sistema de los que nada valen ha sido siempre negar a los que valen, porque les dan sombra —manifestó el Doctor Rabipelado—. El Cachicamo, el Chigüire y el Oso Melero nunca han servido más que para enlodar con sus bajezas los nombres esclarecidos de los protectores de la Patria. Es cierto lo que usted dice. General: son unos deslenguados.

—La verdad es siempre deslenguada —sentenció el Cigarrón—. El deber de todo animal honrado es perseguir acérrimamente la verdad,

porque no sólo socava los cimientos de su sociedad, sino que ataca la misma razón de su existencia.

Pero, con un sentido más práctico, el Querrequerre preguntó:

—¿No le parece, ilustre jefe, que debo detener inmediatamente a esos calumniadores e imponerles un arresto correccional por quince días por irrespeto a la autoridad?

—¿Arrestarlos...? ¿Arrestarlos...? —repitió, irresoluto, Tío Tigre, no muy seguro ni de la justicia ni de la utilidad de tal medida.

—¿Una traición? ¿Una traición? —continuaba a todo esto murmurando el profesor Mochuelo. En tal instante fue cuando sus lucubraciones se vieron coronadas por una idea grandiosa.

—No —propuso—. Lo que debe hacer Tío Tigre es enjuiciar a Tío Conejo como traidor a la Patria.

Pero nadie reparaba aún en sus manifestaciones.

—Sí, se les debe arrestar en el acto— gritaba furioso el Doctor Rabi-pelado.

—Yo también lo creo así —exponía el Azulejo—. Semejante abuso no puede quedar impune.

—Son unos corrompidos —insistía el Camaleón.

En medio de la baraúnda, el Mochuelo porfiaba:

—Haber pactado con el toro Parapara es un delito de lesa animalidad. Finalmente, el General Caricare reparó en sus sugerencias.

—¿Cómo dices tú? —interrogó de pronto, y su gruesa voz dominó las demás, acallando la discusión.

El profesor Mochuelo pudo explicar su pensamiento.

—Nuestro honorable jefe. Tío Tigre, debe llevar ante la Corte animal a Tío Conejo bajo acusación de haberse confabulado con el peor de

nuestros enemigos, con el abominable Toro. Es un delito espantoso, contemplado, no sólo en los códigos escritos, sino en las leyes morales de la animalidad, y en nuestra carta fundamental. En efecto, el artículo segundo de esta sabia constitución estipula que, después del hombre, los animales que están al servicio del hombre son los seres más abyectos; y que cualquier trato, convenio, comercio, pacto, negocio o combinación con ellos es pecado gravísimo, sobre el cual caen penas infamantes y definitivas.

Un profundo silencio, un silencio de anunciación, acogía ahora sus palabras, las que parecían abrirles las puertas luminosas del cielo, descorrer los sombríos telones que les habían tapado momentáneamente la verdad, la bondad, la justicia, la sabiduría y la moralidad.

—¡Caracoles! Tiene razón. Tiene completa razón— opinó General Caricare; y el propio Tío Tigre se dignó dar señal de su asentimiento.

—Hay que enjuiciarlo —declaró.

La causa fue incoada con una rapidez extraordinaria. El Doctor Cardenal, famoso entre los jurisconsultos con que contaba el reino de los animales, se hizo cargo de la acusación. El Doctor Cardenal en nada procedía a la ligera: con una voluminosa cartera, diose a recorrer juzgados y tribunales, bufetes y cuerpos colegiados, archivos y bibliotecas. Tomaba notas aquí, registraba datos allá, acumulaba citas, compulsaba autores, descifraba la procesada letra de antiquísimos documentos; se calaba las gafas de cadenita de oro y metía la picuda nariz dentro de centenarios manuscritos, tan antiguos que se le deshacían en menudo polvo entre los dedos, con lo que pescaba continuos catarros; pero también iba adelantando poco a poco, con aquella erudita minuciosidad que le había hecho célebre, el violento libelo.

—¿Cómo va eso? ¿Cómo va eso? —le preguntaba Tío Tigre impaciente.

—Así, así... —replicaba el Doctor Cardenal—. He encontrado cierta disparidad de opiniones en las autoridades sobre la materia. El eminente Rinoceronte, llamado, por su equidad el *buen juez del Sahara*, tiene un enjundioso tratado *Sobre la naturaleza del Pacto*, en 33 tomos, que me ha sido de gran utilidad. El gran Rinoceronte define setenta y cinco categorías de pactos, cada una de las cuales debe ser enfocada desde un ángulo diferente de la jurisprudencia. Hay pactos por acuerdo, hay pactos por desacuerdo, hay pactos por tregua, hay pactos por dilación; hay pactos por afinidad, homogeneidad, disparidad o paridad de conceptos; hay pactos por posición, oposición, disposición, aposición, contraposición, yuxtaposición o multiplicación. Nadie pretenderá que sea lo mismo el pacto en que ambas partes hayan ido de antemano con la firme intención de efectuarlo, real y jurídicamente, es decir, con el *animus contractandus*, que el pacto ocasional, nacido de una momentánea coincidencia de intereses y cuya efectividad está determinada, por lo mismo, por la duración de dicha coincidencia. El espíritu en uno y otro es totalmente antagónico, y la ley ha de considerarlos como actos de naturaleza plural. Debe entonces prever el legislador si el *animus contractandus* existió antes o después del acto, si fue su antecedente o su consecuente, y si, al mismo tiempo, se mostró de una manera pura, prístina, normal, aquilatada y específica, cuanto en Derecho se requiere, o si, por el contrario, aparece amalgamado con elementos extraños a su esencia original.

—¡Qué sabiduría! ¡Qué sabiduría! —musitaba el Caparro, y todos los demás estaban, también, boquiabiertos.

—Hay pactos que se hacen para cumplirlos —continuó el Doctor Cardenal, arrebatado por su elocuencia— y hay pactos que se hacen

para infringirlos. Hay pactos que se celebran para dar y hay pactos que se combinan para quitar. Hay pactos que abren una litis o que la cierran. Hay pactos para avenirse, hay pactos para romper, hay pactos para hacer la paz y hay pactos para hacer la guerra, hay pactos para tomar las armas o para deponerlas, para legalizarlas, para condenarlas, para esgrimirlas contra terceras personas, para disfrazarlas, para escamotearlas, para descansar de ellas o para reincidir en nuevas luchas. Hay pactos que son una inocencia y pactos que son una asechanza, hay pactos incautos y pactos alevosos. Hay pactos que se llevan a cabo para engañar a la persona con quien se pacte, o para engañarse uno mismo, o para engañar a todo el mundo, o para no engañar a nadie. Finalmente, y aunque parezca increíble, hay también pactos de buena fe: pero son tan esporádicos, que no están contemplados en los códigos. La ley puede prever en toda su infinita variedad los casos en que se pone de manifiesto la multiforme majadería animal.

Abrumado bajo el peso de tanta erudición, sus oyentes no decían una palabra. El Doctor Cardenal continuó, desbocado:

—En cambio el australiano Ornitorrinco, reputado como el padre de las teorías modernas del Derecho, con su condición característica y la fuerza expresiva de su estilo, aduce que «pacto es pacto, y quienes lo contraen están obligados a cumplirlo». *Pactum pactum est, et contractantes coendis sunt*. Tal en su admirable apotegma, y en este autorizado dictamen es que yo me voy a apoyar para...

—Pero, bueno, ¡al grano! ¡al grano! —lo interrumpió el General Caricare—. ¿Vamos a condenar o no vamos a condenar a Tío Conejo?

Finalmente, cuando el Doctor Cardenal hubo terminado acusación, la hizo copiar con una linda letra de escribano un grueso infolio atado con un balduque azul y coquetón y la presentó en el juzgado. Entonces comenzaron las actuaciones legales. Dada la trascendencia del litigio y

su naturaleza excepcional, se creyó conveniente instituir una corte marcial *ad hoc*, y el nombramiento de juez supremo para presidirla recayó en el General Caricare.

El día que se abrieron las audiencias constituyó resonante acontecimiento social. Una compacta muchedumbre se agolpaba en el imponente recinto, de amplia bóveda sostenida por columnas de mármol negro, en cuya pared del fondo aparecía el Gran Cóndor Victorioso, insignia de los animales, tallado en bajo relieve de piedra roja, en toda su feroz majestuosidad. Abiertas las dos alas vencedoras del espacio, sus sangrientas garras hurgaban en los intestinos de un toro muerto; y debajo flotaba una divisa morada con el siguiente lema: «No perdona nada».

Doña Váquira del Collar, Doña Danta, Misia Baba, la Marimonda, Doña Pava del Monte, la alta sociedad se había dado cita para el acto, y ocupaba los palcos delanteros, bulliciosa e inquieta, atenta al grandioso espectáculo. La Culebra Sobadora estaba muy nerviosa. La Garza Morena se abanicaba con impaciencia, y de vez en cuando murmuraba:

—¡Ay! Estas cosas de los abogados a mí me asustan...

Cuando, con paso ceremonioso, envuelto en su amplia toga gris y sobre la cabeza el birrete, distintivo de su cargo, salió el General Caricare por una puertecilla lateral, el silencio era grande que se podía palpar con las yemas de los dedos. Con pausada solemnidad recorrió la sala de extremo a extremo, subió al estrado donde estaba su sitial, se sentó ante el pupitre cubierto con un paño rojo, tocó la campanilla y anunció con estridente voz:

—En el nombre de la ley soberana y por facultad de la república de los animales libres, declaro abierto el juicio instaurado por el excelentísimo Tío Tigre contra Tío Conejo por el delito de traición de lesa animalidad.

Un silencio tan grande no existe en lo profundo de la Cueva del Guácharo, a donde nunca llega la luz solar, ni en lo alto del Páramo Temblador, adonde nunca llega el calor de la vida.

Y entonces le tocó el turno al Doctor Cardenal. Si el General Caricare acababa de impresionar al auditorio con su aspecto de fuerza, de seguridad, de inexorabilidad, el abogado lo sigue con su aire de inteligencia, de finura y de irresistible sagacidad. El uno era el juez, el otro el fiscal; el uno aplicaba la ley, el otro la interpretaba. Aquél aparentaba toda su agobiadora pesadez, éste toda su corrosiva elasticidad. Eran la montaña y la filtración, la roca y el hilillo de agua que la corroe, el bloque de hierro y el ácido, el yunque y la lima. Allá, descarga el martillazo que aplasta; de aquí viene la mordedura sutil que llega al hueso. No hay forma de huir de la justicia, porque cae como un lazo corredizo. El General Caricare estaba sentado en lo alto de su tribuna, inmenso, inmóvil, hermético y quieto, porque la ley es hermética e inmóvil; el Doctor Cardenal se movía incesantemente de un lado al otro, hablaba, gesticulaba, se agitaba, porque la ley es móvil y locuaz. Apuntó al rojo Cóndor sobre el muro negro, alzó aún más la voz, la que tronó como la amenaza de un huracán, y sacudió ante los atónitos oídos de la concurrencia las siguientes amenazadoras palabras:

—Hela ahí: tal es su exacta y simbólica representación. «No perdona nada»: tened presente esta advertencia terrorífica. En vano será que queráis oponerle la astucia, el engaño, el fraude, el dolo. Inútil que queráis esconderos de ella, eludir su zarpa tremenda, escapar de su alcance y de su fallo por los tortuosos caminos que os deparan vuestra recalcitrancia y vuestra obstinación. ¡Relapsos! ¡Réprobos! ¡Perjuros! ¡Pérfidos! ¡Inicuos! ¡Díscolos!: no os burlaréis de ella. Puede tardar, pero siempre llega. Ella es la que no perdona nunca. Ella es la Justicia de los animales.

Habiendo sido iniciado con tan estupenda introducción, el proceso, como era de esperarse, se convirtió en un pugilato de elocuencia. Una rotunda pieza oratoria sucedía a la otra; cada discurso era superado por el que le seguía. Los más sabios juriconsultos, los criminalistas más concienzudos, las eminencias en materia penal, rivalizaban en encendidas polémicas y en alegatos apasionantes. En medio del inmenso salón de columnas de mármol negro estallaban, como petardos, los períodos sonoros, las demostraciones apodícticas, las sentencias contundentes; culebreaban, como relámpagos en un día de verano, frases ardientes, imprevistas y lapidarias; chocaban, con el fragor de armas blancas en un combate de caballería, cáusticos dicerios, apostrofes fulminantes, sublimes epítetos, axiomas garrafales, réplicas vivaces, interminables contrarréplicas y preguntas que prolongaban las sesiones hasta muy entrada la noche. El público se retiraba agobiado, pero lleno de pasmo; y los oradores derrengados, se secaban con sus pañuelos de seda gloriosas gotas de sudor.

Entre los testigos de cargo figuraron el Azulejo, el Mapurite y el Matamata. El Azulejo relató, ante la concurrencia enardecida por su genio, el episodio de la lucha entre Tío Tigre y el toro Parapara, y la denodada resistencia del primero, tal como lo había hecho ya en el gabinete del demandante; mas, fuese que la grandeza del momento, las augustas proporciones del salón y lo populoso del auditorio exaltaran sus facultades, o porque hubiese trabajado en hermostrar, pulir y retocar su versión, lo cierto es que rayó a la mayor altura de la perfección, y su ditirambo pasó inmediatamente a ocupar sitio de honor en las antologías, donde figura todavía como una de las piezas maestras en la literatura de los animales.

Tal fue el delirio de los oyentes que las damas arrojaban flores, frascos de perfumes, polveras, cajitas de *rouge*, pañuelos, zapatillas; y Ña Guacharaca, no encontrando a mano otra cosa con qué demostrar

su admiración, le lanzó su dentadura postiza, ocasionando un chichón en aquella cabeza portentosa de donde habían salido pensamientos tan divinos.

En cambio el Mapurite y el Matamata principiaron a acumular sobre el ausente Tío Conejo tal cúmulo de imputaciones horribles, monstruosas y asquerosas, que la Garza Morena sentía náuseas y llevaba su perfumado pañuelito a la nariz, pero no se desmayó; y por último ella y todas sus compañeras hubieron de salir de la corte, descompuestas con semejante porquería.

—No. Ya no es posible soportar más —declaró entonces en alta voz el Oso Melero—. Todo este juicio no es más que una canallada.

Y se levantó de su asiento antes de que los alguaciles, sorprendidos de tan insólito estallido de ira en animal que era muy pacífico por lo regular, lo arrojasen de la sala.

Los amigos de Tío Conejo se reunían, profundamente excitados, en la bodega del Cachicamo.

—No hay una sola prueba de la culpabilidad de Tío Conejo —opinaban— además de que todas las pruebas son falsas.

—El Mapurite no ha hecho sino ensartar calumnias ignominiosas, que a quien deshonran es al mismo que tiene la avilantez de levantarlas —proclamó la Periquita Julieta, indignada.

—El Mapurite y el Matamata, el Cardenal y el Caricare, todos ellos son unos soeces embusteros y unos infames impostores —apoyaba la Lapa.

—No hay duda alguna —manifestó el Sapo—. Tan traidor es Tío Conejo como los pelos que yo pueda tener.

—El proceso entero es un burdo tejido de falsedades que abochornan —dijo el Chigüire.

En esto estaban de acuerdo; pero lo que no sabían es la conducta que debían adoptar para combatir los ruines procedimientos de sus enemigos.

—¿Y qué podemos hacer para impedir la injusticia? — preguntó la Coralita, planteando esta cuestión.

—¿Qué vamos a hacer nosotros, infelices, sin medios y sin fuerzas para nada? —musitó con tristeza el Chigüire.

—¿Qué? —gritó el Caballito del Diablo—. ¡Alzarnos! ¡Alzarnos en guerra! ¡Empuñar las armas! ¡Lanzarnos por el rojo camino de la revolución! Hacerles frente a los usurpadores; arrebatarles el poder que detentan sin el libre consentimiento de los pueblos; arrojarlos de sus altas posiciones; fusilarlos a todos juntos, a ellos, y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, para que no quede ni semilla de tiranos en la futura república de los animales libres; y elevar a la suprema magistratura a Tío Conejo, para que inaugure el reinado de la paz, de la verdad, de la virtud y de la justicia social. ¡Arriba los oprimidos! ¡Abajo los opresores! ¡Viva la revolución!

Sus exaltadas palabras retumbaron en la estrecha pulpería del Cachicamo con sobrecogedoras resonancias. Pareció que las paredes de bahareque se cuarteaban y que el techo pajizo se cimbraba bajo el soplo de un huracán. Nunca, desde que se tenía noticia, habían sido dichas con tanto ímpetu, frases tan terribles. Un silencio angustioso las siguió por largo tiempo; y, sin embargo, no obstante su dramática novedad, a pesar de cuanto sorprendían y aterrorizaban, algo había en ellas que rechinó en lo escondido de sus corazones; como si, en su quemante audacia, hubiesen logrado desnudar de repente la nuez de subconscientes aspiraciones.

—¿La revolución? ¿La revolución? —tartamudeó el Oso Melero, palideciendo.

Y ni siquiera la Culebra Coralito, siempre adicta a las valentonas del Caballito del Diablo, osó abrazar decididamente su partido en esta ocasión.

El Oso Melero y el Cachicamo decidieron ir a consultar su parecer al propio Tío Conejo. Este habíase retirado a una remota madriguera, en lo alto de las riscosas montañas de la región, en espera de lo que resultase del proceso.

Ascendieron, pues, los dos amigos las empinadas cumbres, atravesaron varias barrancas, escalaron breñas, descendieron quebradas, y, una vez ante su camarada, le expusieron sus preocupaciones y sus dudas.

—No, compadres: no hay que intranquilizarse —les dijo Tío Conejo con una serena sonrisa—. Ninguna prueba concreta existe contra mí. Mi inocencia brillará, porque la verdad y la justicia siempre triunfan sobre la mentira y la arbitrariedad.

Efectivamente, la falta de una prueba decisiva, irrefutable, era el lado flaco del proceso. El propio Doctor Cardenal se daba cuenta de esta deficiencia, y así se lo hizo saber a Tío Tigre cuando fue a darle cuenta del estado de la causa.

—Necesitamos una buena, sólida, irrecusable prueba —le confesó—. Tenemos indicios, sospechas, posibilidades, verosimilitudes, preveniciones y presunciones; tenemos hermosos y robustos testimonios, aseveraciones vehementes, declaraciones rotundas, piezas de convicción abrumadoras; tenemos, incluso, pruebas: pruebas circunstanciales, accesorias, secundarias, concomitantes y coincidentes. Se ha demostrado que Tío Conejo es felón, truhán, bribón, rufián, follón y malandrín; que practica todos los vicios, perpetra todos los crímenes, acostumbra a todas las abominaciones, carga sobre sí los estigmas de las culpas más horrendas y de los más abyectos hábitos. Basta contemplar la longitud de sus orejas para convencerse de que es el autor de la traición que se

le imputa: yo estoy convencido, usted está convencido, los jueces están convencidos, el público está convencido. Al mismo tiempo se han comprobado, ilustre jefe, y hasta la saciedad, el valor, la nobleza, la honradez, la rectitud y demás prendas morales que lo adornan a usted, de las cuales no se podía esperar otra cosa que la heroica resistencia que le opuso al bárbaro Parapara. Pero convicciones no bastan, generoso señor: necesitamos una prueba, una buena prueba fehaciente del hecho concreto de la traición, y, ¡ay!, no la tenemos.

—¿Qué necesidad hay de pruebas para condenar a un pobre diablo? —exclamó, lleno de santa ira, el General Caricare, y en este arranque de indignación sus oyentes reconocieron, admirados, el metal de su alma superior.

A medida que el juicio adelantaba, aproximándose a su etapa final, aumentaba la excitación entre los animales inferiores. A la caída de la noche, cuando la ciudad entera dormía un sueño reparador después de las emociones de la jornada judicial, veíanse siluetas furtivas que se deslizaban silenciosamente, se saludaban con señales misteriosas, se decían al oído rápidas frases en clave y después desaparecían como por ensalmo por una puertecilla excusada o detrás del recodo de una callejuela. En su condición de jefe civil, el Coronel Querrequerre no se daba punto a reposo en la vigilancia de la población. Los elegantes flamencos, guardias de seguridad, y los acuciosos aguaitacaminos, que forman el servicio secreto, andaban atareados por sobre toda ponderación, y tenían que hacer patrullas y rondas nocturnas, avizores a cualquier signo alarmante.

A pesar de ellos, grupos de descontentos se reunían con frecuencia para discutir los sucesos. La pulpería del Cachicamo, la casa de pensión de la Lapa, la escuela del Arrendajo, el puesto de hortalizas del Mato, el taller de fotografía del Jején, la casa de campo del Puerco-espín, en las afueras de la ciudad, y la redacción de *El Animal Independiente*, periódico que

dirigía el Pica-y-huye, eran sitios de subversivos conciliábulos, en los que se desataba la elocuencia jacobina del Caballito del Diablo, filosofaba sobre el sentido de la justicia el Escarabajo y hasta el diminuto Curruftatá lanzaba arengas nihilistas.

—La revolución. Sí: la revolución. Hay que llegar a ella —repetía siempre el Caballito del Diablo, contemplándose de lado en un espejo de cuerpo entero que reflejaba su apostura marcial—. Si condenan a Tío Conejo, nuestro deber es recurrir a las armas y acabar, de una vez por siempre, con esta odiosa tiranía.

Y aquella palabra virulenta que, la primera vez que fue pronunciada, causó tan honda conmoción en los que la escucharon, ahora, a fuerza de ser recordada cada vez en un tono más firme y de hallar siempre un estado de ánimo más propicio, era aceptada sin sorpresa y considerada sin sobresalto. Ni el tímido Chigüire se asustaba ya de ella.

Una mañana amanecieron las fachadas de numerosas casas cubiertas con letreros hechos con tiza, que decían:

«Tío Conejo es inocente.
Tío Tigre es un muérgano».

Por supuesto, el Querrequerre hizo borrar tamaña insolencia inmediatamente; pero los animales respetables, amantes de la seguridad y del orden, se impusieron de la gravedad de ese síntoma. Por donde quiera advertíanse movimientos sospechosos, indicadores de preparativos bélicos. Se notaba, por ejemplo, un inusitado ir y venir de Ratoncitos Arrieros a lo largo de los caminos vecinales; se decía que acarreaban explosivos, y, aunque en distintas ocasiones fueron detenidos varios de ellos y registrados de pies a cabeza sin que se les encontrara nada de particular, el rumor no se aquietó.

Por lo demás, una cosa era evidente: aquella plebe se mostraba día a día con mayor desvergüenza en abierta oposición. Cierta tarde, a la salida de la vista del proceso, el Doctor Rabipelado se encontró con el Cucarachero, quien, en la plaza pública, en medio de un corro de sapos, hormigas, tucusitos, tuqueques y otra gentuza por el estilo, cantaba a viva voz esta copla indecente:

«Caricare está perplejo
pensando quién le declara
que el testuz de Parapara
era oreja en Tío Conejo».

Como es natural, el Cucarachero recibió su merecido, y fue a dar con su menguada humanidad a un calabozo de la policía, convirtiéndose así, por sus aficiones musicales, en la primera víctima de aquellos históricos acontecimientos.

No había transcurrido una semana de este desagradable suceso, cuando otro más grave vino a dar pábulo a la inquietud de los guardianes de la ley y de los defensores de la paz nacional.

Venía, con su humilde y desteñido trajecito verde, la Periquita Julieta de dar clase en el colegio y por la misma acera iba la pomposa Guacharaca a reunirse con sus amigas en la botillería del Guácharo. En ese sitio la vía se estrechaba mucho porque tenían en ejecución obras municipales, de suerte que dos animales no cabían por el pasadizo, y uno de ellos tenía que descender, para dar paso al otro, al arroyo, convertido en un lodazal negro y putrefacto. Sin inmutarse, la Guacharaca avanzó en línea recta, y otro tanto hizo la Periquita, hasta que se encontraron ambas en la mitad de la angostura. Entonces la Guacharaca contempló

de arriba abajo a su rival, sin dignarse dirigirle la palabra; dábale a entender con sus ojos fulgurantes que a ella le tocaba la preferencia. Tan muda y arrogante como ella, la Periquita Julieta sostuvo su mirada, y no se movió.

Varias horas permanecieron en esta posición. Los transeúntes que por allí discurrían se quedaban parados, en espera del resultado de aquella original competencia. En breve tiempo el círculo de curiosos fue numeroso. En vista de que oscurecía, y de que la oponente no daba demostración de desmayar en su terquedad, la Guacharaca mandó a buscar a su casa comida y una silla. Impávida, sin pestañear, la Periquita Julieta permanecía de pie ante ella.

La noche pasó sin que ocurriese ninguna alteración. A la mañana siguiente la concurrencia reunida en torno de los dos animales había crecido enormemente. Discurrió el día, y la segunda noche, y una nueva jornada, y ambas seguían en sus trece. Noticias de tan singular situación circulaban por la ciudad. Todo el mundo quería asistir al espectáculo, y, apostándose allí, aguardaban a que una flaquease o cediese la otra. Quiénes, eran partidarios de ésta; quiénes, de aquélla. Emitían sus opiniones disímiles; discutían entre sí; trataban de convencer con variados argumentos de la razón que les respaldaba. Algunos alegaban que la situación favorecía a la Guacharaca porque, siendo mayor el trayecto recorrido por ella en el pasadizo, quedaba dicho que había entrado primero y que la asistía la prioridad en el tiempo. Para comprobarlo, concurrieron con cintas a fin de medir las respectivas distancias.

—Aquí no se trata de tiempo ni de medidas —respondió la Coralito, vibrante—. Aquí se trata de la igualdad de derechos, de la igualdad ante la ley; de la petulancia y del orgullo de una casta privilegiada que quiere imponer sus egoístas intereses, y de la necesidad de hacerle frente y resistirle, como lo está haciendo la Periquita Julieta.

—Sí, es cuestión de principios —apoyó la Zamurita.

Inquietos por el giro y las proporciones que iba asumiendo la cuestión, el coronel Querreque y otros prominentes personajes creyeron útil enviar embajadas a la Guacharaca para moverla a que transigiese en bien de más altas conveniencias.

—¿Qué? ¿Humillarme yo delante de esa zarrapastrosa? Prefiero que me saquen una a una todas las plumas del vestido; y que me asen a fuego lento ensartada en una escarpia —contestó.

Cuando hubieron corrido cinco noches y cuatro días, y a la mañana del quinto continuaban las dos antagonistas mirándose frente a frente, sin dormir, sin comer en debida forma, sin bañarse y sin hacer ninguna de sus otras necesidades naturales, la enorme muchedumbre que se había congregado en el lugar las consideraba como dos heroínas; y, dividida en sendos bandos según que fuesen partidarios de una u otra, se insultaban de lejos, se mostraban los puños, cruzábanse llameantes miradas, se endilgaban recíprocos improperios y se amenazaban de muerte.

—Todos ustedes son unos pillos, unos ladrones y unos traidores, al igual que su jefe Tío Conejo —les insultó la Culebra Sobadora con tono silbante.

—¡Viva Tío Conejo! ¡Abajo Tío Tigre! —respondió de súbito la Palomita Torcaz,

Y ésta fue la señal de combate.

La Culebra Sobadora se lanzó encima de ella y la agarró por el moño; por su parte, la Torcaz le dio un picotazo terrible tan cerca del ojo que por un tris se lo saca. La Soisola, viendo a su prima empeñada en lucha tan desigual, acudió a ayudarla en contra de la Sobadora. El Profesor Araguato se aproximó también al grupo; su intención era apartarlas, pero el Mono Capuchino, que le vio poner las manos sobre las damas,

tergiversó sus propósitos, y creyó que era un deber de su acendrada galantería intervenir a favor de éstas: bonitamente se le llegó por detrás al Araguato y le asestó tan fuerte mandoble con su bastón de vera que lo tumbó bañado en sangre. Ver esto el Curruñatá, las Acuritas, la Culebra Coralito, el Comején, las tres Mariposas, el Caballito del Diablo, y, en fin, todos los discípulos del malherido, y precipitarse en su ayuda, fue lo mismo. Por el otro lado vinieron las Arañas, las Comadreas, las Lechuzas, la Mapanare y la aristocrática familia de las Garzas. El Comején se agarró con la Cucaracha, el Cotejo con el Morrocoy, la Arditá le dio un tremendo mordisco a Doña Pava del Monte, el Oso Melero se lió a trompicones con el Zorro Guache. Disparaba sus agudas saetas el Puerco-espín, sin reparar mucho en quién hería. Una guija arrojada por el aire con la velocidad de un obús vino a dar al traste con la ecuanimidad del Profesor Mochuelo: sin sombrero, aturdido por el golpe y desconcertado en medio de la refriega general, buscaba a gatas los lentes que había perdido.

Los adictos a la Periquita Julieta y a Tío Conejo eran más débiles y pequeños, pero mucho más numerosos, y llevaban la mejor parte en la contienda. Impasibles, en el centro de la muchedumbre encrespada, indiferentes a los golpes, los gritos y las embestidas, las dos heroínas continuaban de frente, inmóviles, sin decir una palabra ni hacer un solo movimiento; hasta que la ola de violencia las rodeó cada vez más cercanamente, rebasó el borde del puentecillo en que estaban hacía cuatro días con cinco noches, las arrebató en su vorágine, y, lanzándolas al cieno infecto, vino a terminar a la vez con su gesto estatuario y con el motivo de la lucha.

A raíz de este escandaloso acontecimiento, Tío Tigre, por insinuación del Coronel Querrequerre, convocó urgentemente a consejo de ministros, y en él se decidió, en vista de la gravedad de la situación así como

para prevenir nuevas algaradas populares, acelerar los procedimientos judiciales, terminando cuanto antes el juicio que se seguía a Tío Conejo.

—Conste que me someto a este dictamen muy a mi pesar —declaró el Doctor Cardenal—. Todavía me faltaba por desarrollar en mis informes una teoría magistral acerca de las consecuencias de la traición, tanto desde el punto de vista estrictamente jurídico, como del filosófico, del sociológico y del moral. He estado trabajando concienzudamente y por largo tiempo en esta tesis; llevo hecho un gran acopio de material, y es con profundo pesar que me resigno a no leer mi trabajo, que hubiera sentado un valioso precedente en los anales del Derecho de los animales. Está bien: acabemos de una vez con Tío Conejo; pero que quede constancia de mi voto salvado.

El tercer día de la luna creciente del segundo mes de la estación seca, tuvo efecto la sesión definitiva de la causa. El jurado estaba formado por el Matacán, el Azulejo, el León, el Paují de Copete y el Caparro. Después de haber permanecido media hora retirados en una piecita lateral, entraron en procesión en la sala de audiencias, y en medio de la ansiedad y de la expectativa generales, Don Paují de Copete se levantó, a nombre de sus compañeros, y pronunció esta sola, lacónica palabra:

—Culpable.

Basándose en tan acertado veredicto, el General Canearé, juez de la causa, emitió su sentencia:

—Por autoridad de la ley, por imposición de la justicia y con el corazón y el espíritu puestos en la noble insignia de la república de los animales —y alzó su diestra al Gran Cóndor Victorioso, tallado en piedra roja y rodeado de la leyenda: «No perdona nada»—, declaro a Tío Conejo culpable de traición de lesa animalidad, y por tanto le condeno al destierro eterno, al ostracismo, a la expulsión, a la pérdida de todos sus derechos civiles y corporales, a la negación de su ciudadanía, ahora

y para siempre y para todos sus descendientes y deudos consanguíneos y colaterales. Vergüenza, oprobio e infamia para cualquier animal que, en adelante, tenga ninguna clase de trato con ellos.

Una tempestad de exclamaciones acogió sus palabras. Macilenta y aporreada, cubierta de lastimaduras, rasguños y cardenales por el episodio de que fue protagonista, Ña Guacharaca se levantó, llorosa de emoción:

—¡Gracias sean dadas a Dios! ¡La justicia ha resplandecido por fin! — exclamó.

Y se desmayó en brazos de sus amigas. Le era imposible resistir la emoción que le producía la vindicta pública satisfecha.

Al ver esto, la Garza Morena se desmayó también.

En cambio, de las gradas y de las localidades donde se apiñaban las clases menos favorecidas de la sociedad descendió un vendaval de rechiflas y protestas, seguidas un minuto después, por una andanada de guayabas, mangos, plátanos, huevos podridos y otros proyectiles de la misma laya. Enardecidos con esta demostración inicial, los partidarios de Tío Conejo se precipitaron afuera, y recorrían las calles en ruidosas manifestaciones, conducidos por el Caballito del Diablo y el Curruñatá.

Ordenes perentorias fueron dictadas por las autoridades. En los puestos de policía los flamencos sustituían sus rolitos, emblemas del respeto ciudadano, por máuseres y sables, signos del terror. Los aguaitacaminos no se atrevían a salir, porque uno de ellos que se aventuró fuera del recinto de la guardia fue despedazado por los amotinados a los gritos de:

— ¡Mueran los espías! ¡Mueran los delatores!

Colocábanse retenes; ocupábanse los lugares estratégicos; se guarecían las posiciones que dominaban la ciudad. El Subteniente Basilisco fue a despedirse de la Zamurita porque la tropa se iba a acuartelar. Y, recorriendo las avanzadas, midiendo con su pupila de avezado guerrero las

medidas adoptadas con el fin de debelar la insurrección, todavía con la mancha de un tomatazo sobre el ojo derecho, pero majestuoso y sereno, el General Caricare repetía:

—Me voy a dar el gusto de barrer esa canalla como acabé con el Rey de los Zamuros.

La situación, sin embargo, no se presentaba tan clara como lo anunciaba su valiente corazón. Los bachacos, zorrococos, hormigas, comejenes, los grillos, las chicharras, las langostas, millones y millones de minúsculos animalitos se acercaban poco a poco, procedentes de los más apartados rincones de la república, dispuestos a sostener la inocencia del Conejo. Tan patente era la superioridad de estas fuerzas que el Camaleón, atemorizado, corrió a la pulpería del Cachicamo a decirles:

—Yo estoy con ustedes, muchachos. Recuerden que yo siempre he estado con ustedes.

El tímido Chigúire, tan manso de costumbre, tuvo el placer de propinarle una patada en el trasero.

Por último, la balanza de la fortuna pareció inclinarse definitivamente del lado de los conejistas cuando el célebre General Moriche, viejo revolucionario, veterano de mil guerras y dueño de un extendido prestigio militar, bajó a la ciudad, procedente de las cumbres donde residía desde veinte años atrás, a ofrecerles el concurso de su brazo poderoso, el auxilio de su genio guerrero, la ventaja de sus largas experiencias y la decidida colaboración de su oficialidad.

La aurora, de rosados dedos, del día siguiente iluminó con su delicado resplandor un vasto y tremendo espectáculo, como nunca habían contemplado sus ojos cándidos, hechos a los temblores adormilados de las hojas en los bosques húmedos y al dulce espejear de las luces en los manantiales escondidos. Desde las altas cimas de las montañas hasta las vegas primaverales, arrebujadas, todavía a esas horas, en espesos copos

de neblina, se escalonaban las fuerzas revolucionarias. Las alturas estaban ocupadas por los monos titís, tropas ligeras, ágiles, de armas arrojadas, propias para el asalto rápido, para el hostigo incesante y para la implacable persecución. En las laderas de las serranías se veían pulular guerrillas de arrendajos, de pericos, de gonzalitos, de turpiales, de torcidos: su invasión es desastrosa y su paso queda marcado por la devastación. Legiones de acures y de ratas desplegábanse ordenadamente en las sabanas, listas para entrar a la acción con una ferocidad inexorable. Los zamuros, las golondrinas y las cucarachas formaban la vanguardia, ya en los arrabales de la ciudad.

Una inmensa turba de güirirís formó escuadrillas de aeroplanos de caza, y se llamaban a sí mismos *El escuadrón de la muerte*. Los pesados aviones de bombardeo estaban a cargo de los garzones, de los gavanés y de los alcaravanes, y los veloces de reconocimiento se hallaban tripulados por los tucúsitos.

Una división de tanques estaba constituida por cachicamos, de cuerpo acorazado, y por espinosas iguanas. Otra, de artillería pesada, agrupaba chucutos, macacos, machangos, carasnegras y monas, que gustaban de arrojar consistentes proyectiles. Sapos, lirones y chigüires se alineaban en cuerpos anfibios, tan capacitados para pelear en tierra firme como en blandos lodazales. De las remotas selvas llegó una brigada de gallitos de Río Negro, de vistosos uniformes; de las costas del mar hidroaviones tripulados por gaviotas, alcatraces y tijeretas.

No faltaban los batallones de ingenieros, a los que pertenecían el gusano geómetra, el pegón y el ciempiés, ni los de zapadores, en que figuraban lombrices de tierra y congolochos. Las legiones de tábanos, mosquitos, jejenes y pica-y-huyes estaban destinadas a acosar al enemigo por todos lados; las de tortugas, terecayes e hicoteas a introducirse en su seno como una cuña, pesada, lenta e invulnerable.

Por sobre aquella multitud uniformada y compacta, en cuyos corazones se albergaba la indomable resolución de combatir y de triunfar, la guarura derramaba sus sonidos agudos, prolongados y armoniosos; el grillo, la estridencia de sus gritos; el carrao, sus alaridos escalofriantes; el chirulí, la música de sus flautas y su marcial clarinada el pájaro campanero.

Ciñendo su sable de comandante en jefe, el General Moriche pasó revista, despaciosamente, desde la eminencia que ocupaban, al abigarrado ejército, y su rostro reflejó la satisfacción y la confianza. Entonces se volvió a Tío Conejo.

—Con esta gente —afirmó— yo garantizo el triunfo. No nos podrán resistir mucho tiempo. Dentro de cuatro horas las fuerzas usurpadoras de Tío Tigre y del General Caricare estarán destrozadas, y, bajo mi palabra de honor, esta tarde entraremos victoriosos a la ciudad.

A los pies de ellos, semivelada aún por las sombras violetas del amanecer, la población se extendía, amable y linda doncella codiciable.

—Formaremos en seguida una junta de gobierno —añadió el Oso Melero—. Haremos elecciones generales, llamaremos al pueblo a una convención, nos daremos leyes nuevas, leyes justas y equitativas; reconstruiremos la república de los animales libres, donde no puedan existir jamás la opresión, la tiranía ni la conculcación; y usted. Tío Conejo, será nuestro presidente, y el General Moriche nuestro ministro de guerra y marina.

Tío Conejo sonrió: estaba sereno y tranquilo. Miró a lo lejos la ciudad dormida. Paseó su vista reposada por sobre los rostros decididos de sus partidarios. Entonces, con su suave voz, comenzó a hablar.

—Cierta vez tuve un sueño —dijo—. Ahora me doy cuenta de que fue un sueño profético. Soñaba con que yo era presidente de la república y Tío Tigre el más humilde y perseguido de los animales. Mis

colmillos, mis uñas y mis ambiciones iban creciendo parejamente, y se hacían agudos e implacables. En cambio, las orejas de Tío Tigre aumentaban en longitud, y su rostro perdía poco a poco su fiera majestad. Yo estaba sentado en un trono, con un foete en la mano, y obligaba a mi antiguo adversario a fabricarle una cuna al Conejín. Ustedes, mis queridos amigos, se habían convertido en mis ministros, en mis secretarios, en mis ayudantes; sostenían mi autoridad, pero ya no existían entre nosotros nuestros antiguos lazos de cariño, comprensión y cordialidad. Si me rodeaban, no era más por el sano respeto que engendra una sincera estimación, sino por el temor que inspira una fuerza superior. A su vez, ustedes, Oso Melero, Cachicamo, Araguato, Periquita Julieta, imponían sus opiniones y sus modos de pensar por medio de la violencia y de la iniquidad. Por debajo de nosotros, una muchedumbre desdichada, miserable y melancólica sufría en silencio y aguantaba con resignación, y ponía ahora sus esperanzas en Tío Tigre quien, desarmado y acorralado por el momento, alguna vez habría de derrocar aquel aborrecido régimen. De nuevo había opresores y oprimidos, con la diferencia de que ahora nosotros éramos los opresores y ellos los oprimidos. Y todo estaba igual.

Hizo una pausa. El Oso Melero, el Cachicamo, el Profesor Araguato, el General Moriche, le escuchaban en emocionado silencio. Allá abajo, los ejércitos esperaban la orden para empezar a batallar.

—No, compañeros —siguió Tío Conejo—. Es inútil. No es éste el camino. Derramaremos sangre, destrozaremos vidas, derrocaremos, por la violencia, un gobierno que se sostiene por la violencia; y por la violencia necesitaremos continuar sosteniéndonos, y la violencia seguirá entronizada en medio de las vidas plácidas de los animales.

—No, compañeros —repitió—. No está en el ejercicio del poder, ni en el trueque de los gobiernos y de los gobernantes el secreto de la

felicidad de los pueblos; no está, tampoco, en los giros de la engañosa política, porque la política es sólo una manifestación exterior, muy superficial y frívola, y casi siempre desquiciada, de lo que reside en la profunda alma de los animales; y la felicidad no es más que esto último: el tono de esa alma, su categoría y su nobleza.

Hizo un gesto vago que se desdibujó en la pálida mañana.

—Vuélvanse ustedes, compañeros, a su misión y a su trabajo. Recomiende cada quien la obra que le está encomendada. Regrese el Oso Melero a su reflexión y a su sabiduría, el Cachicamo a su paz y a su laboriosidad, el Profesor Araguato a su enseñanza, el General Moriche a sus montañas, donde su aislamiento voluntario es vivo signo de dignidad altiva y de incorruptible austeridad. Dejemos para otros pueblos, para otras razas, para otros seres estúpidos, atormentados y despreciables, dejemos a los hombres la ciega credulidad en la virtud todopoderosa de la política; y trabajando nosotros día a día, en el silencio de nuestros afanes solitarios, en el empeño de elevarnos cada vez más, de perfeccionarnos nosotros mismos y de elevar con ellos el nivel de las vidas de nuestros semejantes, en la callada labor heroica de nuestros talleres, fábricas, campos, laboratorios y bibliotecas, lleguemos a tal grado de superación que esa misma política, que ahora se nos antoja sustancial, se muestre reducida a su risible insignificancia, y que ese monstruoso despotismo tan dominante en apariencia que es capaz de precipitarnos al odio, al derramamiento de sangre y al exterminio por derribarlo, Tío Tigre, y el General Caricare, y Ña Guacharaca, y todos nuestros amos, y todos nuestros males, se desprendan de nosotros, como una cascarilla seca y arrugada se desprende del fruto sano.

Los contempló una última, melancólica vez.

—En cuanto a mí —concluyó— ¡adiós, compañeros! Aunque injusta, acepto mi condena: prefiero sufrir la injusticia a violentarla. No será llegado

el reino de Tío Conejo el día en que el espíritu agresivo de Tío Tigre entre en su espíritu y, apoderándose brutalmente de él, lo incite a sus propios comportamientos. El día del reinado de Tío Conejo vendrá cuando su espíritu entre en el espíritu de Tío Tigre y, posesionándose dulcemente de él, cante la victoria del pacífico gozo de vivir.

Desde entonces Tío Conejo anda por la espesura de los matorrales; se aleja cautelosamente de las demás criaturas; huye con rapidez al menor ruido, amenazado siempre por infinitas persecuciones; y, parándose a veces, alza la oreja, en la esperanza de escuchar, allá, a lo lejos, himnos armoniosos, noticias de que haya principiado por fin, sobre el mundo, un más plácido vivir.

Crean que es un animal cobarde; yo sé que, en el fondo de su cobardía, reside la más valerosa de las heroicidades.

Vocabulario

A

ACURE.— (Del caribe curi, con a protética). Nombre que se da a varios roedores subungulados de los géneros *Cacia* y *Dasyprocta*. El acure casero se llama propiamente acurito, el de las sabanas, curi, el de los montes, picure. Tienen orejas pequeñas y pelo rojo y áspero. Conejillos de Indias.

AGUAITACAMINOS.— *Nycddromus albicollis*. Especie de chotacabras, de pico corto, boca ancha, guarnecida de cerdas, ojos grandes; vuelo corto, bajo y silencioso. Debe su nombre a que durante el crepúsculo, se apostan a las orillas de los caminos, y a la aproximación de los viandantes vuelan en trechos cortos delante de él, para repetir más allá la maniobra. Oyenselas cantar por la noche, y el pueblo afirma que dicen las palabras «tú judío». En la Argentina, *pájaro atei* (*atei* en guaraní es perezoso). En Costa Rica, *cuyeo*.

AGUIRRE, El TIRANO.— Personaje histórico de los tiempos de la Conquista en Venezuela, que ha pasado a las leyendas populares. Perteneciente a una expedición que bajaba por el Marañón y Amazonas, se sublevó contra sus jefes, se hizo capitán de ella, llegó a las costas venezolanas, primero dominó la isla de Margarita y luego entró hasta la ciudad de Barquisimeto, asombrando a las comarcas por sus proezas de valor temerario y su ferocidad. Cercado, por último, por las fuerzas que se enviaron contra él, prefirió darse muerte antes que rendirse, no sin inmolarse antes a su propia hija «para que no la llamasen la hija de un tirano». Ciertos fuegos fatuos que se observan en las sabanas al sur de Barquisimeto y en Barinas son llamados «el alma del Tirano Aguirre».

¡AIJÓ!— Exclamación con que se llama la atención a una persona distante.

APAMATE.— *Tecoma pentaphilla*. Juss Bignoniáceas. Árbol espectacular, de 15 hasta 25 metros de altura; tronco erecto, que alcanza 1 metro de diámetro, con una corteza gris y rimosa. La corona más o menos redondeada. Inflorescencias corimbosas y terminales; flores grandes, con el tubo de la corola amarillo por dentro y blanco por fuera, y el limbo rosado. Las flores aparecen cuando el árbol está todavía desprovisto de hojas, y es entonces hermosísimo espectáculo el de aquel derroche de color rosado en las vegas y serranías; motivo por el cual el árbol es usado como ornamento de parques y jardines. También se hace gran consumo de su madera, liviana, de color moreno claro con estriaciones oscuras, a la que se le da el nombre de roble, roble colorado o roble negro.

APURE.— Segundo río en importancia en Venezuela, tributario del Orinoco.

ARAGUATO.— *Mycetes seniculus*. Mono platirrino, de cabeza redonda, ojos apartados; pelaje rojo pardusco; 70 a 80 centímetros de cuerpo y 70 centímetros de cola. Forman largos conciertos durante los crepúsculos en las selvas, alrededor de un macho anciano que es como el maestro de coro. Su aullido recuerda el gruñido del cerdo cuando se le sujeta o molesta. La voz proviene del caribe *arábata* o *aráuata*. Hay otras especies semejantes, como el *M. ursinus*, el *M. caraya* y el *M. stramineus*.

ARDITA.— Ardilla americana. *Sciurus aestuans*.

ARREDAJO. — *Cassicus persicus*. Pájaro dentirrosto, de pico largo y cónico, alas y cola largas, uñas largas, corvas y agudas. Cuerpo negro, alas

con sendas cobijas amarillas, timonel amarillas con las puntas negras, pico amarillo limón. Poco hábil para cantar, pero muy diestro en imitar todo grito, voz o sonido que oiga. Otras especies son el *C. albirostris* y el *C. baemorrhous*, este último pintado de rojo por encima. Forma sus nidos de una paja fina y suave que teje en las ramas delgadas de los árboles, quedando así colgados en forma de botellas.

ARRIERO, RATÓN.— *Mus musculus*. Nombre dado en los Llanos a una especie de ratones.

ASTROMELIA.— *Lagerstroemia indica* L. Litráceas. Arbusto notable por sus hermosas flores de color morado, rosado o blanco. La voz es transformación popular del nombre genérico.

ATABAPO.— Río tributario del Orinoco. En su desembocadura sobre este último está San Fernando de Atabapo, antigua capital del Territorio Amazonas.

B

BABA.— *Yacaré punctulata*. Saurio, de la familia de los aligatóridos, más pequeño que el caimán, y que se caracteriza por su hocico ancho.

BACO O VACO, PÁJARO.— Varias especies *Tigrisoma* y *Nycticorax*. Aves zancudas, cuya voz suena como el mugido del toro. Habitualmente, se mantienen escondidas en los juncos y yerbas acuáticas, inmóviles, y con el pico levantado al cielo. Las especies comunes son *T. Lineatum*, *T. brasiliensis*, *N. Gardoni*, *N. violaceus*.

BAHAREQUE.— Bajareque. Pared de palos entretejidos con cañas y barro.

BARBA DE PALO.— *Tillandsia usneoides* L. Bromeliáceas. Planta epífita de color gris, que en su conjunto se parece a una masa de lana gruesa. Crece en las ramas de los árboles, alambres telegráficos, etc.

BARBASCO.— *Jacquinia revoluta* Jacq., *J. mucrolunata* Blake. Teofrasáceas. Arbustos de hojas persistentes, de un color verde oscuro *Clibadium barbasco*. Compuesta. *Cracca cinerea*. *C. toxicaria*. Papilionácea. El zumo de todas estas plantas, y en la última sólo de la raíz, tiene la virtud de entumecer los peces, y esta propiedad estupefaciente es aprovechada en procedimientos de pesca, generalmente prohibidos, que consisten en echar dicho zumo en pozo donde abunden, lo que llaman «embarbascarlo». Varbasco, verbasco.

BARINAS.— Ciudad de Venezuela, capital del estado del mismo nombre, situada en la región de los Llanos.

BATATILLA.— *Ipomoea, batatilla. I. fastigiata*. Convolvuláceas. Varias otras especies de *Ipomoea* reciben también este nombre, todas plantas comunes.

BEJUCO (VOZ caribe).— Diversas plantas sarmentosas, cuyos tallos, largos y delgados, se extienden por el suelo o se arrollan a otros vegetales. Por su flexibilidad y resistencia se emplean para toda clase de ligaduras y jarcias, tejidos, muebles, bastones, etc. Algunas especies son: *Vitis caribaea*. Vitaceas, *Baubinia splendens*. *Ipomoea carnosa*. Convolvuláceas, *Serjania diversifolia*, Sapindáceas; *Arrabiáea Sieberi*. Bigoniáceas; *Abrus precatorius* L., Papilionáceas.

BOA.— *Boa constrictor*. Pitónidas. Serpiente americana, la mayor de las conocidas, pues llega hasta 10 metros de largo. Cubierta de escamas encima y de placas cortas y apretadas abajo en el vientre y cola. Cabeza chata y pequeña, destacada sobre el cuello delgado. La boca,

anchamente hendida puede abrirse y dilatarse desmesuradamente. Color pardo en el lomo, amarillento en los costados, con grandes manchas negruzcas. No es venenosa, pero tiene tanta fuerza que sujeta a los mamíferos más o menos grandes, comprimiéndolos hasta descoyuntarlos y darles muerte; envuelve a su presa en una especie de baba antes de tragarla. Su digestión es lenta y laboriosa. La llaman también *tragavenado* y *sarura*, esta última voz indígena, del guajiro *sarrul*.

BOLAS O BOLOS.— Juego popular de Venezuela, que consiste en acercarse lo más posible, con cuatro bolas de madera de que dispone cada jugador, y lanzándolas a la distancia, a una más pequeña llamada *mingo*.

BUCARE.— Nombre dado a todas las especies del género *Erythrina* de las Papilionáceas, como *E. glauca* Willd; *E. umbrosa*, *E. micropteryx* Poepp; *E. velutina* Willd, y *E. corallodemdron*. Son árboles, algunos de ellos usados para dar sombra a las plantaciones de café. El último de los nombrados tiene flores de un color carmesí intenso, que aparecen, antes que las hojas, en macetas apiñadas y densas.

C

CABALLITO DEL DIABLO.— Varios insectos neurópteros de la familia de los Libelúlidos. Pertenecen a los géneros *Libellula*, *Diastatops*, *Gynacantha*, *Calopteryx*, *Agrión*, *Aeshna*. Tienen cuatro alas reticulares estrechas e iguales, y abdomen muy largo y filiforme. En muchas especies las alas son de color en los machos y transparentes en las hembras.

CACAO.— *Theobroma cacao*. L., *I. leiocarpa* Bernoulli. Sterculiáceas. (Del mexic. *cacachuatl*). Árbol de 10 a 12 metros de altura, cuyo fruto, de forma elíptica y aristada, de 20 cms. de largo, contiene de 20 a 40

semillas carnosas, que se tuestan para servir de principal ingrediente del chocolate.

CACHICAMO. (Voz tamanaca).— Armadillo. Mamíferos del orden de los Desdentados, familia Dasipódidos, género *Dasyopus*, cubiertos desde el hocico hasta el arranque de la cola por placas córneas dispuestas en bandas transversas que forman una coraza movable. Extremidades cortas de garras arqueadas. Viven en madrigueras de 1 a 2 metros de largo que ellos mismos se fabrican. Ven mejor hacia atrás que hacia adelante. Las especies más conocidas son *D. sexcinctus*, *D. novemcintus* y *D. gigas*.

CACHIMBA, CACHIMBO. (Voz africana).— Pipa de fumar.

CADILLO.— Nombre de todas las plantas de frutos o semillas pequeñas, provistas de ganchos diminutos, con que se pegan de los animales, vestidos, etc., para su diseminación. Algunas especies son *Cenchrus echinatus* L. y *C. viridis* Spreng, Gramíneas; *Triumfetta semitriloba* Jacq. y *T. Lappula* L., Tiliáceas; *Bidens hipinnatus* L., Compuestas; *Medicago denticulata* Willd, Papilionáceas.

CAIMÁN (del caribe *acayumán*).— Saurios de la familia de los cocodrílidos, género *Alligator*. Se distinguen por el hocico ancho y obtuso y porque las patas posteriores están provistas de una membrana interdigital completa. Viven en los ríos y lagos. Alcanzan de ordinario una longitud de 3 a 6 metros. Caminan con gravedad, nadan con suma rapidez y corren con ligereza en línea recta; pero no pueden cambiar de dirección sino con dificultad. Este anfibio no puede comer debajo del agua, por lo que sale a tierra para devorar su presa. Especies comunes son: *A. niger*, *A. sclerops*, *A. trigonatus*, etc.

CALZONCILLO, CALZONCITO.— *Psittacus melanocephalus*. Loro muy pequeño, gracioso y hablador. Vive en bandadas. Véase las voces cotorra, perico y sietecolores.

CAMPANERO, PÁJARO.— *Chasmarbynchus niveus*. Contingidas. Pájaro de cuerpo recogido, alas obtusas que cubren la mitad de la cola, pico tan largo como la mitad de la cabeza, aplanado, muy hendido. Son pequeños y raros, y su canto suena como un campanillazo.

CANARIO DE TEJADO.— *Sycalis brasiliensis*. Fringílicas. Pequeño pájaro, cuyo tamaño y color le dan cierta semejanza al canario europeo. Otra especie es la *S. flaveola*, llamada por los brasileños *canario da terra*, y en lengua tupí *gira-ñeengatú*, esto es, ave canora.

CANDELILLA, CANDELILLO.— *Pellicularia Koleroga*, un hongo que ocasiona daños en las plantaciones de café; y, por extensión, cualquier enfermedad de las plantas cuyos efectos se perciban en las hojas.

CAOBO, CAOBA.— *Swietenia Candollei* Pittier. Meliáceas. Hermoso árbol, cuya madera es de grano fino, rica en colores, los que varían desde el amarillo pálido hasta el rosado o rojo oscuro. Es muy preciada.

CAPARRO.— *Lagotbrix Humboldtii*. Mono platirrino de estatura robusta, cabeza grande y redonda, ojos pequeños, pelaje negro y suave. Mide 70 cms. de largo y 68 la cola. La cara es triste; sus movimientos son pesados. Duerme mucho y es muy goloso.

CAPUCHINO.— *Cebus capucinus*. Mono platirrino, ojijunto, cara lampiña y negra, cola muy peluda. Color pardo en el lomo, cabeza y cola. En la cabeza tiene el pelo recortado como los frailes, y desde las orejas le sale una hermosa barba que le llega al pecho; lo que le vale su nombre. Con el mismo nombre se conoce otro mono platirrino, el *Brachyurus chiripotes*, de pelo rojo castaño y cola de un pardo negruzco. Es de hábitos tristes, y pone particular esmero en no mojar la barba cuando bebe, sujetándola con la mano.

CARANEGRA.— *Brachyurus rufiventer*. Mono de hocico aguzado y negro, la cara del mismo color; el cuerpo de un gris ceniciento; la punta del pelo termina en una tinta leonada, más visible sobre el lomo. El cuello y el vientre son de un blanco puro. Carece de la petulancia habitual en los monos.

CARACOL LADRÓN, SOLDADO.— Crustáceos marinos, de la especie *Pagurus*, que se apoderan de las conchas abandonadas por ciertos caracoles (p.e. el *Solarium bisulcatum*) y las llevan consigo tierra adentro. Mudan cada año de habitación. Si a varios de ellos se les despoja de sus conchas, dejándoles una sola, se la disputan con encarnizamiento.

CARATO.— Bebida más o menos espesa, hecha exprimiendo o cocinando en agua algunas frutas y semillas, y la que sirve de refresco.

CARDENAL.— *Cardinalis phoeniceus*. Pájaro de librea roja a la que debe su nombre. También hay el *Phoenicothera rubra*. Tanágridas, de pico cónico, plumaje rojo anaranjado, y la cabeza con un moño puntiagudo.

CARDÓN.— Llevan este nombre todas las Cactáceas terrestres, desprovistas de hojas y usualmente columnares. Algunas especies conocidas son *Cereus repandus* Mill, *Cephalocereus moritzianis*, *Lamprocylindropuntia deficiens*, *Cephalocereus russellianus*, etc.

CARIBE.— Nombre dado a varios peces de los géneros *Serrasalmo* y *Pygocentrus*. Los primeros de cuerpo giboso, delgado y comprimido; dientes grandes, triangulares, agudos, puestos en hileras en ambas mandíbulas y reforzados por otros en el paladar, escamas diminutas. Una aleta dorsal muy alta y otra anal muy larga. Los del segundo género carecen de dientes palatinos. Su abdomen es afilado y dentado, y están provistos de agujijones. Estos peces son terribles por su voracidad y tremendas

mordeduras, y se excitan en presencia de la sangre fresca. Las especies corrientes son *S. Caribe*, *S. Natterei*, *P. nigricans*, etc.

CARICARE, CARICARI.— *Polyborus vulgaris*. (Del caribe *karácará*). Ave rapaz diurna, notable por su librea. Parte superior de la cabeza, negra; el espacio entre pico, ojos y mejillas, desnudo y de un bello color rojo; pico azulado; pies amarillos; garganta y costados del cuello casi blancos; parte superior listada transversalmente de pardo y blanco; lo mismo el cuello, pecho y cobijas superiores; los remos blanquecinos listados y punteados de pardo, y terminados en negruzco.

CARPINTERO, PÁJARO.— Diferentes pájaros trepadores de las familias de los Dendrocaláptidos y Pícididos, los que han ganado este nombre por su destreza en taladrar los troncos con el pico. Son aves de pico comprimido, puntiagudo, tienen tres dedos delante, de igual longitud, y uno detrás más corto. Aastas de las timoneras con punta fuerte y tiesa, que permiten al ave servirse de la cola para apoyarse cuando trepa. Las especies principales son el *Campephilus Malherbi*, el *C. melanoleucus*, el *Dendrobates maculatus* y el *D. passerinus*. Otras especies son el *Dendrocolaptes procerus*, el *D. longirostris*, el *D. obseletus*, el *Picummus squamulatus*, el *Dryocopus lineatus*, etc.

CARRAO.— Ave zancuda de regular tamaño; color castaño con pintas blancas; pico largo y un poco encorvado; canto agudo, de cuyo sonido origina el nombre; gritan mucho de noche y cuando vuelan; y su triste chillido se tiene como de mal agüero.

CARUTO.— *Genipa Caruto* H.B.K. Rubiáceas. Árbol de 6 a 8 metros de altura, cuyo fruto contiene un zumo que se torna azul oscuro al aire y puede usarse como tinta. Lo usan los indios para pintarse. Otra especie es el *Genipa americana* L.

CASCABEL.— *Crotolaria striata* D. C. Papilionáceas. Hierba erecta, de flores amarillas con líneas moradas, y legumbres cortas y gruesas, en las que, una vez secas, suenan las semillas; a lo que debe su nombre.

CASIQUIARE, CAÑO.— Brazo que, desprendiéndose del Orinoco, desemboca en el Río Negro. Como este último, a su vez, es tributario del Amazonas, queda así establecida una comunicación fluvial entre el Orinoco y el Amazonas.

CATALINEJA.— *Cathartes Aura*. Vulturida. Ave rapaz diurna, de cabeza desnuda, roja; mitad superior del cuello desnuda y de color de carne; lo demás de un color negro con vivo verdoso metálico. Pico amarillo, pies blancuzcos. Catalufa Oripopo.

CEIBA.— *Ceiba pentandra*. Bombacáceas. Árbol muy grande, de tronco barrigudo y liso; hojas lampiñas; flores blancas, que aparecen antes que las hojas; cápsula fusiforme, en unos 16 cms. de largo, con muchas semillas envueltas en una lana blanca. Esta lana, el *kapok* de Oriente, tiene aplicaciones comerciales.

CERBATANA.— Serranía que pertenece al sistema de la Parima, en el sur de Venezuela.

CERVANTES, GATO.— *Felis Yaguarundi*. Carnicero de cabeza pequeña y orejas redondeadas; color pardo gris; longitud 55 cms.; cola 32 cms.

CIMARRÓN.— Bravío, montaraz, salvaje.

CLAVEL DE MUERTO.— *Tagetes erectus*, *T. patulus* L. Plantas oriundas de México, cultivadas en muchas variedades, de flores amarillas con el centro casi negro.

COMPADRE, COMADRE.— Estos términos son usados a menudo con prescindencia de su sentido sacramental, como expresión cariñosa entre amigos.

COMEJÉN.— Insectos pseudoneurópteros, de la familia de los Termítidos, pertenecientes a los géneros *Termes* y *Calotermes*, que anidan en sociedades organizadas, ya en madera y árboles, como el *T. destructor*, ya en tierra, como el *T. fatale*. Fabrican vastas construcciones. Otras especies son el *T. Morio*, el *T. ater*, el *T. testaceus*, el *T. grandis*, *T. dirus*, el *C. castaneus*, etc.

CONGOLOCHO, CONGORROCHO.— Insectos quilognatos, pertenecientes a varios géneros y familias, por ejemplo: *Julus*, *Spiróbulus*, *Spirotreptus*, *Polydesmus*, que tienen la propiedad de arrollarse en espiral cuando se los toca. Son de color pardo, negro o amarillo, y tienen dos pares de patas en cada segmento.

CORAL, CULEBRA.— *Elaps corallinus*, *E. dissoleucus*, *E. Spixii*. Serpiente con el cuerpo cubierto de escamas lisas e iguales, que se convierten en escudetes sobre la cabeza; abertura bucal reducida; cabeza plana; ojos pequeños; color rojo coralino en 14 franjas transversales, coloreadas de blanco y negro a intervalos regulares.

COTEJO.— *Thecadactylus rapicaudus*. Pequeño lagarto, de color amarillo con rayas negras y una longitudinal blanca sobre el espinazo, que suele andar por las paredes. Tuqueque.

COTOPERIZ, COTOPRIZ.— (Palabra de origen chaima). *Talisia olivaeformis*. Sapindáceas. Árbol de mediano tamaño, hojas glabras, flores blancas, fruto ovalado, liso, verde, con una semilla. El mesocarpio blanco y dulce se come.

COTORRA.— *Chrysotis leucocephalus*. Un loro pequeño, con las mejillas cubiertas de plumas, de diferentes colores vivos, en los que predomina el verde; muy hablador.

CUAIMA.— Serpiente de 1 metro más o menos de largo, en extremo ponzoñosa. Su piel es leonada con pintas blancas, la cabeza chata como la de un sapo. Durante el día está sumida en profundo sueño. Muy ágil y fiera cuando se la irrita. Es voz chaima.

CUCARACHITA MARTÍNEZ o MARTINA.— Este, lo mismo que Ratón Pérez, Tío Tigre y Tío Conejo, y otros varios, son personajes de relatos populares de Venezuela y muchas naciones americanas.

CUCARACHERO.— *Thryoturus rutilus*. Troglodíticas. Pajarillo pequeño, vivo e inquieto, de cabeza y lomo de un gris leonado con estrías transversales y cola fuliginosa, mosqueada de negro. Su canto es un gorgeo recio. Hay otro, el *T. modestus*, que probablemente es el *chinchiribí* o *leñatero* de la Argentina.

CUCHIVANO.— Río de Venezuela, afluente del Orinoco.

CUEVA DEL. GUÁCHARO.— Situada en el estado Monagas, Venezuela, esta cueva, que es una interesante curiosidad natural, fue visitada por Humboldt.

CUNAGUARO.— *Felis pardalis*. Pequeño felino parecido al gato, aunque su cola es más pequeña en proporción. Tiene cerca de 4 pies de largo, su piel es rojiza, adornada con manchas negras, las que son oblongas sobre el lomo y costado y redondeadas en vientre y patas.

CUNAVICHE.— Río de Venezuela, tributario del Orinoco.

CURARE — Veneno muy activo que fabrican varias tribus indígenas. Extráenlo del mavacure, y lo espesan con el jugo de otro palo llamado

kiragüero. Con ese veneno embadurnan las puntas de sus flechas. No es pernicioso, sino cuando se pone en contacto con la sangre.

CURRUATA, CURUATA.— *Clorophonia Pethii*. Tanágridos. Ave pequeña, de lindos colores, muy viva, alegre y cantadora.

CH

CHICHA.— Bebida fermentada de maíz.

CHICHARRA.— Varios insectos homópteros, análogos a la cigarra de Europa. El mayor de ellos es la *Cicada grossa*. Otras especies, pertenecientes a los géneros *Tettigonia* y *Cercopus*, son más pequeñas.

CHIGÜIRE.— *Hydrochoerus Capybara*. Subungulados. Roedor anfibio, de cuerpo grueso y tosco; hocico romo, labio superior hendido; ojos grandes; orejas cortas, redondeadas; patas posteriores más largas que las anteriores; membranas natatorias cortas y fuertes. Pelaje escaso y áspero, de color entre rojo amarillento oscuro y pardo. Llega a más de un metro de largo. Habita de preferencia en el agua. Es muy tímido. Corre y salta poco, pero nada bien. Carpincho.

CHIRULÍ.— Pájaro pequeño, de pico cónico, alas largas, con 16 remeras, cola angosta. Mejillas, nuca y dorso de negro azulado metálico; vértice amarillo; parte inferior de un amarillo claro. Remeras negras con una mancha blanca, así como las timoneras.

CHUCUTO.— *Brachyurus melanocephalus*. Mono de cabeza oval, cara aplastada; pelaje espeso, brillante, pardo claro, más pálido en el pecho y el vientre, gris pardo en la espalda, negro en la cabeza y cola. Longitud, 50 cms., cola 15 cms.

D

DANTA.— *Elasmognatus americanus*. Imparidigitado de cabeza gruesa y comprimida, nariz prolongada con una trompa móvil, ojos pequeños, orejas largas, patas anteriores con 4 dedos, posteriores con 3. Piel gruesa, con pocas arrugas, cubierta de pelos cerdosos muy esparcidos. Color pardo. Longitud 242 cms., cola 8, altura 100. La *anta* o *gran bestia*, como la llamaron los colonos españoles, es animal de hábitos nocturnos. Escoge, para vivir, la espesura, en la que abre caminos trillados. Nada bien; báñase con frecuencia en el agua o el fango. Las especies corrientes son el *E. terrestris* y el *D. Dowii*. Tapir.

DUIDA.— Monte del sistema de la Parima, al sur de Venezuela. 2.430 metros.

E

¡EPA!— Exclamación para llamar la atención. ¡Ea!

ERIZO.— *Echynomys hispidus*, *E. cayenensis*, etc. Roedores cuyo cuerpo está cubierto por encima de pelo y de púas aplastadas; cola larga cubierta de pelos y escamas; patas delgadas, con 4 dedos en las anteriores y 5 en las posteriores; orejas grandes, membranosas, ovalares. Pelo castaño rojizo, más claro por debajo. Largo 14 pulgadas.

ESCOBA AMARGA.— *Parthenium Hysterophorus* L. Compuestas. Planta anual, común en escombros y lugares incultos.

ESMERALDA.— Población de Venezuela, a la orilla del Orinoco, cerca del cerro Duida.

F

FERNANDO DE ATABAPO, SAN.— Población de Venezuela. V. Atabapo.

FRONTINO, OSO.— *Ursus ornatus*. *U. nasutus*. Se da el nombre de oso, oso frontino y oso salvaje, a varias especies más pequeñas que las del Viejo Continente, pero de las mismas costumbres. Son de pelaje suave y color negro; trepan sin dificultad por los árboles y atraviesan ríos a nado. Su índole intrépida y prudente los hace parecer raros; circulan en torno de ellos numerosas leyendas populares. El frontino debe su nombre a una mancha blanca, más o menos grande, en la frente. Oso salvaje.

FUNDACIÓN.— Hato o hacienda alejada, sobre todo en sus comienzos.

G

GALERÓN.— Aire y cantar populares.

GALLINETA.— *Numida Meleagris*. Es la gallina pintada o de Guinea. La gente del pueblo la tiene por ave ominosa.

GALLITO DE RÍO NEGRO.— *Rupicola crocea*. Pípidas. Pájaro dentirrosto, de cuerpo grueso, pico mediocre, plumaje abundante, rizado en las alas y cola; las plumas de la frente y cabeza forman una cresta. Color anaranjado intenso. Habita en las selvas. Pelean los machos erizando las plumas como los gallos, y bailan para festejar a las hembras. Gallito de Roca.

GARRAPATERO.— *Tyrannus melancholicus*. Pájaro de cabeza y lomo grises, pecho y vientre amarillo cetrino, alas y cola negras encima, grises debajo, remeras y timoneras ribeteadas de blanco. Es insectívora, y se posa sobre el lomo de bestias y reses en busca de garrapatas. El mismo nombre recibe el *Crotophaga Ani*, *Cucúlidas*, de plumaje negro intenso con reflejos azulados y violáceos.

GARZA.— Aves de la familia de las Ardeidas, de pico agudo, largo y hendido, alas poco desplegadas en el vuelo, tarsos escamosos, dedos largos y separados con palmeadura extrema notable, uña del medio cortante y festonada. Las principales son: la garza aplomada, *Ardea Cocoi*, es la garza mora o *baguarí* de la Argentina (*Nbaguarí en guaraní*); la azul, *A. cerulea*, la blanca, *A. Eguetta* y *A. Nivea*, más pequeña la segunda; la Chusmita, *A. candidissima*, la carriza, *A. sibilatrix*, la garza morena, *A. virescens*, de pico verdeoscuro, occipucio y dorso verde brillante, pecho y cuello bermejos; brida amarilla, rectrices de un verde dorado; la tigrera, *A. tigrina*, etc. También se le dice garza morena a la aplomada.

GARZÓN.— *Ardea Coco*. Una garza grande. También se llama garzón soldado al *Mycteria americana*, cicónidas; especie de cigüeña de pico largo y fuerte; patas largas, fondo blanco, cabeza y cuello negros, remeras y timoneras de un negro purpurino. Su nombre en guaraní es *tuyuyú*.

GAVILÁN.— Con este nombre genérico designábase diferentes aves rapaces diurnas, caracterizadas por el pico corto, casi siempre dentado, cabeza y cuello cubiertos de plumas. Los más corrientes son *Erythrocnemus unicintus*, de talla más que regular, alas castañas en la base, negras en la punta; el *Busarellus nigricollis*, de pico y ceroma negros, patas blancas con matices rosados; el *Thrasaetus Harpyia*, de gran tamaño y fuerza; el *Falco meridionalis*, *F. magnirostris*, *Herpetotheres cacchianans*, etc.

GAVILUCHO.— *Sarcobambus Cryphus*. Vulturidas. Ave rapaz de plumaje negro con visos de azul de acero; un collar de plumas largas y blancas.

GAVÁN, GABÁN.— *Tantalus loculator*. Cicónidas. Ave zancuda más pequeña que el garzón. Tiene cabeza y cuello desnudos por encima, pico grueso, plumaje blanco, excepto en remeras y timoneras que son negras con reflejos verdes, cabeza y cuello negros. Vive en bandadas.

GOLONDRINO.— *Euphorbia prostata*. Euforbiácea. Planta rastrera de hojas pequeñas.

GONZALITO.— Varias especies de pájaros de los géneros *Icterus* y *Xanthornus*. Por lo general son de color amarillo, alternado con negro, y su canto es agradable y melodioso. Especies principales: el *I. aurocapillus*, el *I. vulgaris*, el *I. giraudii*, *I. mesomelas*, *X. Chrysocephalus*.

¡GUA!.— Interjección: ¡bah! ¡eh! ¡calla!

GUACAMAYA.— Varias especies de Ara o *Macrocerus*, *Platicercinas*. Son aves escansoras crecidas, de carrillos implumes, alas largas y agudas, cola prolongada y cónica, y librea de variados colores. La voz, del quechua *huakamayu*, tiene relación con su grito. Especies comunes: *M. Macao*, *M. severus*.

GUACHARACA.— Aves del género *Penélope*, cuyo grito es muy estrepitoso. La especie común es de color pardo aceitunado, garganta y pecho con pintas lineales blancas, cola larga, tarsos rojizos. Salta de rama en rama por ser pesado su vuelo. La voz viene del caribe *uasaraka*. Especies comunes: *P. argyrotis*, *Ortalida ruficanda*, *O. ruficrisa*.

GUÁCHARO.— *Steathornis caripensis*. Pájaro escansor de pico fuerte, comprimido, encorvado en la punta; abertura de la boca muy ancha; pies cortos, dedos separados; plumaje gris azulado, cabeza, alas y cola tachona-

das con grandes pintas blancas, ribeteadas de rojo. Da su nombre a la cueva del Guácharo. (Véase).

GUACHE, ZORRO.— *Nasua socialis*. Ursidos, Carnicero digitígrado, cuerpo largo y delgado; cabeza prolongada, hocico en forma de trompa, con mostachos; orejas cortas; cola muy larga, peluda; pelaje largo, espeso, brillante. Lomo rojizo o gris pardo, vientre amarillento, sendas manchas redondas y blancas sobre los ojos. Mide 1.05 m. de largo, incluida la cola, de 50 cm. Su olfato es finísimo. Viene del *galibi kuachi, tupí kuati*.

GUADUA.— *Guadua latifolia* Kunth. Gramínea gigante, de tallos arborescentes, que crece en los bajos húmedos a lo largo de los grandes ríos.

GUAINÍA O RIO NEGRO.— Río tributario del Amazonas; nace en Colombia con el primer nombre, y le sirve en parte de frontera con Venezuela. Por el caño Casiquiare se comunica con el Orinoco.

GUANÁBANO.— *Annoma muricata* L. Anonáceas. Árbol pequeño, cultivado por sus dulces frutos, que tienen semillas negras envueltas en una pulpa agrídulce muy agradable y perfumada. Es voz haitiana.

GUANIPA.— Mesa situada en el estado Anzoátegui, de Venezuela.

GUÁRAMO.— Salud, pujanza, energía, valor. «Tener guáramo», equivale al «tener rejo» castellano.

GUARURA.— Con este nombre se designan muchos y diversos caracoles, o sea moluscos gasterópodos univalvos. La concha del *Strombus gigas*, por ejemplo, puede alcanzar un pie de largo; úsanla para tocar a modo de bocina. Es voz carinaca.

GUAYABO.— *Psidium Guayaba Raddi*. Mirtáceas. Árbol casero, cuyas frutas son comestibles y existen muchas variedades. La carne interior es

blanca y rosada. Se usa también en la confección de jaleas. Hay otros varios árboles y arbustos, de frutos semejantes, conocidos con el mismo nombre, casi todos de la familia de las Mirtáceas.

GÜIRIRÍ.— *eñocygna viduata*. Anséridas. Patos pequeños, por lo general pardo-oscuros con manchas blancas y negras. Vuelan en grandes bandadas. Su nombre responde al grito que emite.

H

HICOTEA.— *Cynosternum scorpioides*. Tortuga palustre o galápago. Voz taína.

I

IGUANA.— *Iguana tuberculata*. Lagarto de cuerpo alargado y comprimido, cabeza larga, cuello corto, extremidades fuertes, cola prolongada; tiene una gran papada debajo del cuello, fuertemente dentada, y el lomo recorrido por una cresta espinosa. Es animal arborícola, pues por su color se confunde con el follaje al ganado. La voz es taína.

¡IJA!.— Interjección con que se azuza a las bestias, sobre todo al ganado

INÍRIDA.— Río de Venezuela, afluente del Orinoco.

J

JABILLO, HABILLO.— *Hura crepitans*. L. Euforbiáceas. Uno de los árboles más grandes y comunes de los bosques de tierra caliente; el tronco alcanza hasta

15 metros de las raíces a las primeras ramas, con un diámetro basal de cerca de 3 metros. Sus cápsulas, maduras, revientan con una fuerte detonación. La madera es blanda, más o menos clara, y poco duradera: te tuerce mucho.

JEFE CIVIL. — Primera autoridad civil de los municipios de Venezuela.

JEJÉN.— Diminuto díptero alado, de menos de 1 mm. de longitud, que vive en enjambres, y durante los crepúsculos hostiga con sus picaduras, las que causan escozor y una pápula achatada en la piel. Voz taína *xexen*.

JOBO.— *Spondias lutea* L. Anacardiáceas. Árbol que alcanza enormes dimensiones, con flores blancas y una fruta druposa, comestible, de pericarpio amarillo con sabor ácido.

L

LAPA.— *Paca*, esta última voz del quichua *paco*, rojizo. Mamífero roedor de unos 50 cms. de largo, pelaje espeso y lacio, pardo por el lomo y rojizo por el cuello; cola y pies muy cortos, hocico agudo y orejas pequeñas y redondas.

LECHOZA, LECHOSA.— Papaya. *Carica Papaya* L. Caricáceas. Planta muy conocida, de frutas sabrosas y sanas.

LEÓN.— El león americano es el puma (voz quichua), *Felis concolor*. Mamífero carnívoro, de cuerpo delgado, cabeza pequeña, color rojizo oscuro uniforme. Mide hasta 1.20 m. de largo y la cola 0.65 m. Altura en la cruz 0.60 m. Corre velozmente, sube con facilidad a los árboles y da grandes saltos.

M

MACACO.— (Del portugués). Mono americano. Cara sin pelo, de color pardo oscuro; patillas largas y negras; pelo y cuerpo pardos. Es pequeño y gracioso, y de una vivacidad extraordinaria.

MACAUREL.— *Xiphosoma caninum*. Serpiente cuya cabeza está cubierta de escamas lisas, y el hocico de escudos simétricos. Cuerpo muy comprimido lateralmente, cola prensil. Por encima es verde, con manchas dobles o fajas a los lados; por debajo verde amarillento. Puede llegar a 3 o 4 metros. No es venenosa; pero hay otra macaurel *cuatro-narices*, de la especie *Lachesis*, llamada así por la conformación del hocico, que sí lo es, y mucho.

MACHANGO.— *Cebus Apella*. Mono bastante común, de cara de color aplomado, lomo y costados pardos, piernas, pies y cola más oscuros. Ágil y vivo. La voz es africana de origen.

MALABAR.— *Gardenia florida* L. Rubiáceas. Arbustillo de flores blancas, de penetrante aroma, a menudo cultivado en jardines.

MAMEY.— *Mammea americana* L. Gutíferas. Árbol grande, flores solitarias, blancas, fruto grande, redondeado, con un pericarpio dulce y aromático, que entra en la preparación de dulces y refrescos.

MANATÍ.— *Manatus australis*. Sirénidos. Mamífero acuático, de cuerpo pisciforme terminado en una aleta simple, oval; alas pectorales grandes; mamas pectorales que hacen relieve y se hinchan durante la gestación; piel grosísima. Llega a tres metros. Vive en los grandes ríos y lagos. Hay otra especie, el *M. americano*.

MANCHA DE GANADO.— Rebaño, manada, tropilla.

MANOA.— Ciudad imaginaria en la comarca fabulosa de El Dorado.

MANTA.— El pez luna, *Ortagoriscus*, de piel lisa, plateada y fosforescente, que alcanza más de un metro de largo.

MAPANARE.— *Lachesis mutus*, *L. Lansbergii*. Serpiente muy venenosa; por lo común, tiene por encima una cadena de negro y amarillo sucio, y por debajo un amarillo que degenera sensiblemente en blanco; por esta parte tiene dos hileras de escamas movibles. La cola es prensil en algunas, y en otras está provista de una especie de uña en el extremo; estas últimas son las más temibles. Una frase popular dice: «ser alguien una mapanare de las de uña en el rabo». Alcanzan 2 metros de longitud.

MAPURITE.— Varios carnívoros de la especie *Mephitis*, familia de los mustélidos, de cuerpo esbelto, cabeza pequeña, nariz larga y abultada, orejas muy cortas y redondeadas, patas cortas, pelaje espeso, color vario según las especies, desde el gris hasta el negro brillante, con dos listas blancas que nacen de la frente y corren por el lomo hasta la raíz de la cola. Posee el animalillo, para su defensa, un líquido oleoso, amarillo, segregado por dos glándulas voluminosas, que puede lanzar lejos de sí a favor de un músculo especial, el cual líquido es en extremo pestilente. Las especies más conocidas son el *M. Mapurite* y el *M. suffocans*. La voz viene del caribe *mapíritu*.

MARACAIBO.— Ciudad de Venezuela, a orillas del Lago de su mismo nombre, capital del estado Zulia. También se llaman así el lago y el golfo donde el primero desemboca.

MARIMONDA.— Ateles Belzebub. Mona de cuerpo cenceño, cabeza redonda, brazos y dedos larguísimos, vientre abultado, cola muy larga y prensil. Camina a menudo sobre las patas traseras, llevando los brazos y la cola levantados y moviéndose a la manera de una monstruosa araña.

En Brasil hay el *marimondo* y en Bolivia el *marimono* que corresponden más bien al *A. pariscus*.

MATACÁN.— *Cervus simplicicornis*. Venado, ciervo de talla pequeña. Otras especies de ciervos del Nuevo Mundo son el *C. rufus*, el *C. virginianus* y el *C. simplicicornis*.

MATAMATA.— *Chelys fimbriata*. Quelonio de espaldar muy poco abovedado, con placa cervical, doble placa caudal y tres filas de gibas longitudinales aquilladas; boca hendida, nariz prolongada en forma de trompa; cuello largo, cabeza con un lóbulo sobre cada oído y varias barbillas; cola con punta córnea, pies con membranas natatorias. Color castaño encima, amarillo verdoso debajo, con seis fajas longitudinales negras. Longitud 1.30 m. Es un animal feísimo y nauseabundo.

MATAPALO. — *Ficus dendrocyda*, *F. prinoidea*. La primera es un árbol elevado, que se cría en otros árboles y poco a poco los envuelve con sus raíces y troncos, literalmente estrangulándolos. La segunda se cría en la tierra directamente. Son moráceas.

MATO. — *Tejus Teguxim*, *T. nigropunctatus*. Son lagartos, el primero de color pardo negruzco por encima y amarillo rojizo por debajo, el segundo de gran tamaño, abigarrado.

MEDIO (real). — Moneda venezolana de veinticinco céntimos de bolívar.

MELERO, OSO.— *Cercoleptes caudivolvulus*. Ursidos. Carnicero plantígrado, de cuerpo prolongado, cabeza redonda, ojos grandes, orejas pequeñas, lengua alargada y protáctil, patas cortas, pelaje largo, espeso, suave y lustroso. Cuerpo amarillento claro. Mide 0.90 m. de largo, incluyendo 0.47 de cola, y 0.17 de alto. Es de hábitos nocturnos, apacible y domesticable. Cuchicuchi, cuycui.

META.— Río de Venezuela, tributario del Orinoco.

MISEA, MISIA — Mi señora; tratamiento familiar que se usa para con las señoras, anteponiéndolo al nombre de pila.

MORICHE. — *Icterus chyscephalus*. Pájaro de pico pequeño, arqueado, negro; alas hasta la raíz de la cola, cola larga y obtusa. Cuerpo negro con una especie de caperuza amarilla en la cabeza y dos manchas del mismo color en los encuentros de las alas. Canto melodioso. También se llama moriche una palmera, la *maurilia flexuosa*.

MORROCOY. — *Testudo tabulata*. Tortuga terrestre, de espaldar elevado, muy convexo, compuesto de 5 placas centrales, 4 a cada lado y 23 más pequeñas por el borde. Crecen con gran lentitud, viven muchísimo y son frugívoros.

MUÉRGANO. — Sujeto ruin.

N

NIGUA. — *Pulex penetrans*. Insecto parecido a la pulga, de la que se diferencia por tener blanca la parte posterior del cuerpo. La hembra vive parasíticamente en los mamíferos; se enquista sobre todo en los pies.

Ñ

ÑA, ÑO. — Abreviación de señora, señor. Es término un tanto despectivo.

ÑAPA. — Akehala. Del quichua *yapa*. En esta última forma se usa en Argentina, Chile, Perú y Ecuador.

ÑARAGATO, ARAÑAGATO. — *Fagara Pterota* L. Rutáceas. Arbusto espinoso, de hojas pinadas y flores pequeñas, verdes.

ÑONGUÉ. — *Datura Stramonium* L. D. meteloides, Dunal, *D. candida*, *D. Mete* L., Solanáceas. Diversas plantas, de flores blancas y moradas, de hojas narcóticas, que contienen un alcaloide, venenoso en dosis fuertes.

O

ORINOCO. — Principal río de Venezuela, el tercero de la América del Sur, 2.400 km.

ORIUPO. — V. Catalineja.

ORORE. — *Pithecolobium ligustrinum*. Mimosáceas. Árbol hasta de 10 metros de altura, hojas compuestas, flores blancas en espigas, legumbre encorvada.

P

PÁJARO BOBO. — *Sula leucogaster*. Ave marina. Cuando se halla fatigada se posa sobre las vergas de las embarcaciones y se deja coger con facilidad, de donde le viene el nombre.

PÁJAROS. — Baco, Campanero, Carpintero. Véanse.

PALMA REAL. — *Roystonea regia*. Palmeras. Palmera alta, de tallo más o menos ventricoso, coronado por un hermoso penacho de hojas largas y pinatisectas. Chaguaramo.

PALTÓ-LEVITA. — El chaqué.

PARAPARA. — Semilla del paraparo, *Sapindus Saponaria* L., Sapindáceas. El árbol es de mediano tamaño, y aquéllas son redondas y negrísimas, de perispermo óseo, muy duro.

PARAULATA. — *Turdus fumigatus*. Pájaro de dorso gris oscuro, pecho y vientre cenicientos, remeras negras con manchas blancas, timoneras negras con las puntas blancas. Es de un canto armonioso y dulce.

PÁRAMO DEL TEMBLADOR. — Pico en la cordillera de los Andes en Venezuela.

PARIMA. — Sistema montañoso al sur de Venezuela, en los límites con el Brasil.

PASCUAS. — *Ipomoea cairica*. Convolvuláceas. Planta de hojas pequeñas y palmipartidas y flores relativamente grandes, de corola rosada.

PASÓTE, PAZOTE. — *Chenopodium ambrosioides* L. Quenopodiáceas. Hierba de hojas sésiles y flores pequeñas. Toda la planta desprende un olor fuerte y bastante desagradable. La voz deriva del náhuatl *apazotl*.

PAUJÍ. — Aves pertenecientes a la familia de las Pelópidas, *Crax*, de pico fuerte, carrillos emplumados, alas amplias, muy cóncavas; cola regular. El plumaje, por lo regular, es negro. Frecuentan los bosques en pequeños grupos, y se mueven despacio entre el ramaje. El paují de copete, de un color negro intenso y brillante, con el vientre blanco y las

plumas del cuello fimbriadas del mismo color, debe su nombre a una cresta de plumas rizadas en la cabeza.

PAVA DEL MONTE. — *Penélope cristata*. Es el ave más grande en su género, pues alcanza hasta 2 1/2 pies. El color de su cuerpo es negro intenso o bronceado; las plumas de la cabeza forman copete que el animal puede levantar o bajar a voluntad; la mayor parte de cuello y pecho está mosqueada de blanco; cada pluma tiene un ribete de este mismo color. Las mejillas, desnudas, son de un color violeta purpurino. Debajo del cuello tiene una piel de un escarlata brillante.

PAZ DEL ALMA. — *Petunia violácea*. Solanácea. Cultivada en muchas variedades como planta de adorno bajo el nombre de *petunia hybrida*.

PEGÓN. — Insectos himenópteros de varios géneros, que reciben este nombre por el modo de defender sus nidos, que es pegándose a los cabellos y vestidos de las personas o animales que los molestan, merced a una sustancia viscosa de que están cubiertos.

PENDARE. — Varios árboles pertenecientes a *Mimusops*, Sapotáceas. Lo mismo que el *masarandú* y el *purguo*, producen gomas que entran en el comercio bajo los nombres de *balatá* y *chicle*. Algunas especies son el *M. surinamensis*, Miquel, el *M. globosa* y el *M. balata*.

PÉREZ, RATÓN. — Véase Cucarachita Martínez.

PEREZA. — Perezoso. Desdentado de cabeza redonda, ojos dirigidos hacia adelante, extremidades anteriores muy largas con 2 o 3 dedos y fuertes uñas. Color general gris. Viven en los árboles, sus movimientos son extraordinariamente pausados. De noche dejan oír su voz, que es un gruñido agudo y lastimero. Pertenecen a diversos géneros, como *Actopithecus flaccidus*, *bradypus torquatus*, *B. tridactylus*, *choloepus didactylus*, etc.

PERICO. — Nombre común de varias especies de *Psittacula* y *Coturnix*, de formas y hábitos análogos a los de los papagayos, y más pequeños aún que las cotorras. Entre sus colores predomina el verde.

PICA-Y-HUYE. — Varias especies de hormigas ponzoñosas, *Myrmica*.

PICO DE PLATA. — Distintos pájaros de los géneros *Loxia* y *Spermophila*, por lo general pequeños, de color ceniciento y canto agradable. Algunas especies son: *L. crassirostris*, *L. angolensis*, *L. grisea*, *S. intermedia*, *S. Minuta*, etc.

PIPA. — *Pipa americana*. Rana verdosa, cuya metamorfosis se efectúa en el dorso verrugoso de la hembra, donde, ya fecundada la freza, deposita el macho los huevos, y entonces se producen celdillas hexágonas con tapa que alojan al renacuajo.

PUERCO-ESPÍN. — Varios roedores Cercolabes, de la familia de Histricidos, cuyo pelaje cerdoso está recubierto de púas eréctiles. Es el *coendú* del Brasil.

Q

QUERREQUERRE. — Varios pájaros dentirrostrados de la familia de los Córvidos, de colores variados y vivos, cuya voz consiste en un graznido chillón y despacible. La *Xanthura caerulocephala* es de los comunes. Es pájaro arisco y huraño.

R

RABIPELADO, RABOPELADO. — Varios marsupiales del género *Didelphys*. Son de hábitos nocturnos, y aunque no muy ágiles ni astutos,

dan bastante que hacer a las aves de corral. Especies comunes: *D. Opossum*, *D. cancrivora*.

REY ZAMURO, REY DE LOS ZAMUROS. — *Sarcohamphus Papa*. Vulturidas. Ave rapaz diurna, cuya cabeza, cuello y ceroma son de un amarillo claro; cresta alta y negra; coronilla y cara rosado carne; vientre blanco; parte anterior del lomo y cobijas superiores de un blanco rojizo vivo; plumas subalares blancas; pennas alares y caudales negras; collarín gris. De 84 a 89 cm. de largo, 180 brazas, 23 de cola. El imperio que este buitre ejerce sobre los zamuros, puesto a veces en duda, es un hecho común en América, y observado también en otras vulturidas del Viejo Continente. Su nombre en guaraní es *irubú-rubichá*, es decir, jefe de los *irubús*. V. Zamuro, Oripopo, Catalineja.

RÍO NEGRO. — V. Guainía.

S

SAMÁN. — *Samanea Samas*. Mimosáceas. Árbol espectacular, de tronco usualmente corto en relación con la corona enorme y tendida. La legumbre es gruesa, derecha, indehiscente, con varias semillas. En tiempo de su florescencia es tal la abundancia de florecillas que forman una verdadera alfombra a sus pies. Es uno de los árboles más frecuentes y conocidos de la tierra caliente.

SAMURO — V. Zamuro.

SIETECOLORES. — Especie de papagayo de mediano porte, notable por su librea, pues la parte superior de la cabeza, ojos, pico y patas son negros, el pescuezo está rodeado de un collar amarillo de dos o tres matices; alas y

lomo verdes; pecho y vientre blancos; muslos amarillo-rojizos; cobijas de las alas de un azul turquí.

SIETE CUEROS. — Nombre con que se designan varios moluscos gasterópodos del género *Vaginulus*, desprovistos de concha; corresponden a los limacos de Europa.

SOBADORA, CULEBRA. — *Dendrophis liocercus*. Culebra larga, no maligna, de color verdegai con una lista negra sobre el lomo, y el vientre verde manzana brillante. Llega hasta los dos metros. Llámamla sobadora porque su maldad consiste en dar latigazos a las personas o animales con su larga cola; brinca desde lejos sobre el objeto que la irrita, fustigándolo con una rapidez extraordinaria.

SOISOLA. — *Crypturus obsoletus*. Ave de cola rudimentaria, con 3 dedos anteriores anillados y el posterior más alto que los demás. Anida en el suelo; anda con presteza, y cuando alza el vuelo sube primero verticalmente y a cierta altura se aleja por el aire.

SULÚ.— *Maranta arundinácea*. Aráceas. Planta herbácea, cuya raíz, tuberosa o en forma de rizoma prolongado, contiene una fécula muy fina. Es el *arrow-root* de los ingleses.

T

TACAMAHACO. — *Protium heptaphyllum*. Burseráceas. Árbol de mediano porte, el tronco como de 10 metros de altura y 65 cm. de diámetro, la corteza rojizo oscuro, el corazón de la madera de un rojo subido. El tronco, las ramas y los frutos contienen un óleo-resina perfumado. El mismo nombre se aplica también a *Protium Icicariba glabrescens* y a

otras varias especies del mismo género. Es voz derivada aparentemente del náhuatl.

TAMARINDO. — *Tamarindus indica* L. Cesalpináceas. Árbol de grandes dimensiones, de hojas paripinadas, con legumbre indehisciente que encierra una pulpa azucarada. Esta es laxante y se usa para refrescos y dulces.

TARA. — Mariposa en general; y, por extensión, ciertos hemípteros. Langosta.

TÁRTAGO. — *Ricinus communis* L. Euforbiáceas. Planta que alcanza en los trópicos las proporciones de un verdadero árbol, hasta 5 metros y más de altura. Es importante por el aceite que contienen sus semillas, que, además de laxante, es uno de los mejores lubricantes conocidos. Ricino, higuerrilla, castor.

TICOPORO. — Selva situada en los estados Portuguesa y Barinas, de Venezuela.

TIGRE. — En Venezuela se le da este nombre al jaguar, *Felis Onca*, carnívoro amarillo, cabeza, tronco y cuello sembrados de manchas negras, más o menos ocladas en los costados. Partes inferiores blancas con manchas negras. Es el carnicero más grande del Nuevo Mundo, pues alcanza a 1.45 y aun 2 metros, fuera de la cola que tiene 68 cm. Altura en la cruz 80 cm. Trepa y nada muy bien, caza monos, chigüires y otros mamíferos, persigue los ganados, y es, en suma, ferocísimo. Jaguar viene del tupí *yaguara*.

TIJERETA. — *Milvulus tynannus*. Tiránidas. Pájaro de pico fuerte y ganchudo, alas largas y agudas, plumaje suave, cola larguísima, en la que es visible durante el vuelo una profunda escotadura. Cabeza

y mejilla negras, lomo ceniciento, rabadilla blanca. También se llama tijereta la *Rynchops nigra*, ave acuática del tamaño de una paloma, de plumaje blanco, cabeza y mantos negros con una lista blanca en cada ala. Vive en las costas del mar.

TIÑA. — Este nombre se da a todas las Lorantáceas parásitas, que pertenecen a los géneros *Loranthus*, *Phoradendron*, *Phtirusa*, *Strutthantus* y otros.

TÍO TIGRE y TÍO CONEJO. — Personajes de relatos populares de Venezuela. Véase Cucarachita Martínez.

TITÍ — *Pithesciurus sciurens*. Mono platirrino de cuerpo esbelto, cabeza grande y oval, ojos grandes, muy unidos, orejas regulares; cola semiprensil. Pelaje fino, color rojizo negro por encima. Mide 80 cm. de largo, incluida la cola que tiene 50. Andan en manadas numerosas, asociados a veces con los capuchinos. Es tímido, alegre y afable.

TITIRIJÍ. — *Asio accipitrinus*. Rapaz nocturna, la mayor entre las de su familia. Cabeza grande y redonda con dos penachos u orejuelas; orejas y disco facial pequeños; pico corto. Color pardo con numerosas pintas blancas. La voz viene del ronco y siniestro grito que emite de noche. Búho.

TONINA. — *Innia amazónica*. Delfínidos. Cetáceo de hocico prolongado; cada mandíbula con unos 68 dientes gruesos; aletas pectorales largas, dorsal muy baja. Color azulado pálido por encima, rojizo sonrosado por debajo. Longitud 2 a 3 metros. Hállanse en los grandes ríos. En el mar hay otros géneros, como el *Delphinus Delphis*, *Steno rostratus*, etc.

TORCAZ, PALOMA. — *Columba plumbea*. Es de pluma gris oscuro con partes bermejas, violáceas o de un gris oscuro en la cabeza, pecho

y cuello, verduscas sobre las coberturas menores de las alas y azules apizarradas en el bajo vientre.

TUATÚA. — *Jatropha gossypifolia* L. Planta herbácea, con tallos hasta de 1,20 cm., de hojas palmatífidas, flores en corimbos terminales, pétalos de color rojo subido. Las semillas son oleaginosas.

TUQUEQUE — Pequeños saurios de la familia de los Ascalabotos. Uno de ellos es el Cotejo; véase; otras especies semejantes son *Phyllo-dactylus tuberculatus*, *Gonatodes vittatus*, etc.

TURPIAL, TURUPIAL. — Varios pájaros dentirrostrós, como el *Icterus xanthornus*, cuyo plumaje está exornado principalmente de amarillo y negro. Tienen las costumbres de los estorninos. Suelen andar en bandadas, y su vuelo es leve y rápido. Hacen sus nidos con primor, o se apoderan de los de otros pájaros.

V

VÁQUIRA, BÁQUIRA. — Pécarí. Designase con este nombre dos o tres especies de puercos monteses del género *Dicotyles*, que pueden ser contados como los jabalíes del Nuevo Mundo. Tienen trompa corta, orejas pequeñas, 4 dedos en las patas anteriores, 3 en las posteriores. Las especies corrientes son el *D. labiatus*, o pinque, y el *D. torquatus*. En caribe *pakari*.

VENADO. — Los ciervos del Nuevo Mundo, que difieren en los cuernos, reducidos a dos cercetas cortas. Véase Matacán.

VENTUARI. — Río de Venezuela, tributario del Orinoco.

VICHADA. — Río de Venezuela, afluente del Orinoco.

VIUDITA. — *Callitrix torquata*. Pequeño mono platirrino de cabeza redonda, nariz roma, ojos vivos, cola muy larga no prensil; cuerpo cenceño, miembros delgados. Tiene el pelo suave, lustroso, de un bello color negro. Cubre su faz una careta cuadrada de un color blanquecino que tira a azul. El cuello tiene por delante una zona blanca, de una pulgada de ancho, que forma un semicírculo. Las manos anteriores son blancas por fuera y de un negro reluciente por dentro. En estas marcas o manchas creen ver los misioneros el velo, el pañuelo del cuello y los guantes de una viuda de luto. Es tímido y en extremo delicado.

Y

YA-ACABÓ. — ¿*Clauvidium ferox*? Es un pájaro que con su canto triste pronuncia la voz que le da su nombre; suele cantar de noche, y en los bosques parece una voz humana.

YAGRUMO. — *Cecromía peltata* L., *C. palmata* Willd, *C. humboldtiana* Klotzsch. Varios arbustos, del género *Cecropia*, cuyos tallos están divididos interiormente por tabiques transversales en un gran número de compartimientos, que sirven de refugio a ciertas especies de hormigas. Son las primeras plantas leñosas que aparecen en tierras de cultivo abandonadas.

YAGUA. — *Attalea Humboldtiana* Spruce. Palmera de 6 a 14 metros de altura y hojas de 10 de longitud, con racimos enormes, colgantes entre las hojas, con cerca de 1.000 drupas ovoideas. Estas contienen un aceite excelente.

Z

ZAMURO, SAMURO. — *Cathartes atratus*. Vulturídas. Rapaz diurna, provista en la piel de la cabeza de arrugas transversales; pico alargado, ceroma extendido. Plumaje negro; pico blanquecino. Longitud 60 cm. Cola 18. Brazas 136. La voz parece contener la raíz *urú* del nombre guaraní de este ave, que es *urubú* o sea pájaro negro, lo que también sucede en sus otros nombres: aura, orihuelo, olaya, y en oripoco (véase).

ZANCUDO. — Dípteros alados de la familia de los Culícidos, pertenecientes a varios géneros. Hay especies determinadas que transmiten la malaria. Mosquito.

ZORRO. — *Canis azarae*. Carnicero de senos frontales muy abovedados, coronilla aplastada, pupila circular, cola colgante. Pelaje y color variados: rojizo, pardo, etc. Longitud 90 cm. a 1 metro. Es análogo en costumbres a la raposa del Viejo Mundo. Véase guache.

ZORROCLOCO. — Especie de hormiga grande y bravía.

* *

Autoridades consultadas para este vocabulario:

Real Academia Española. *Diccionario*. XVI edición. 1939.

Alvarado, Lisandro. *Glosario del bajo español en Venezuela*.

Alvarado, Lisandro. *Glosario de voces indígenas en Venezuela*.

Pittier, Prof. H. *Manual de las plantas usuales de Venezuela*.

Codazzi, Agustín. *Resumen de la Geografía de Venezuela*.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-7301-98-5

Depósito legal

DC2021001188

Caracas, Venezuela, agosto de 2021

La presente edición de
TÍO TIGRE Y TÍO CONEJO
fue impresa
en los Talleres
de la Fundación
Imprenta de la Cultura
durante el mes
de agosto de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantua para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Tío Tigre y Tío Conejo Un tigre taimado y pretencioso, y un conejo pícaro y ocu-
rrente protagonizan divertidas situaciones en las que el enorme felino siempre ter-
mina burlado. Ni su físico ni su poder le permiten a Tío Tigre ganarle a Tío Conejo,
quien lo enreda con todo tipo de astucias. Estos dos personajes del imaginario po-
pular venezolano le sirvieron a Antonio Arráiz para escribir una serie de cuentos que
caricaturizan a la sociedad y la política venezolanas de su tiempo. Sus siete historias
ridiculizan las pretensiones de “superioridad” social de ciertas personas y retrata la
“viveza criolla” en su peor sentido.

Publicado en 1945, este libro denuncia el atraso y los vicios del gomecismo, pero lo
hace con tanto ingenio y humor que puede resultar entretenido hasta para el público
infantil. Al mismo tiempo, es una mezcla de discurso literario e interpretación socio-
lógica y conductas o actitudes arquetípicas del comportamiento humano. Cada uno
de los animales que intervienen posee un perfil psicológico definido, así Tío Tigre
puede verse como el representante que ostenta un poder mientras que Tío Conejo
puede ser visto como un obrero o proletario. Y las anécdotas que cuenta muestran la
eterna contraposición entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

